

BAJO LA MISMA LUNA



NIDAL GHÁNEMI

«Bajo la misma luna»

«Bajo la misma luna»

Nidal Ghánemi

© Nidal Ghánemi Pilar, [2026]

ASIN: B0GX2SL45Z

Todos los derechos reservados.

A mi hija Lucía.

Índice

Un día más en la oficina

Barbacoa

Montenegro

La vuelta al cole

Tetuán

Halloween

El Día de Todos los Santos

Navidad

Algeciras

Cumpleaños

La capital de Al-Ándalus

Fin de Curso

Fieles al Juramento

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

Un día más en la oficina

Aunque a Iván siempre le gustó el olor del café, nunca le gustó cómo sabía. Si tenía que tomarse uno, debía ser con leche y con mínimo dos cucharadas de azúcar. Sabía que lo iba a necesitar. Iba a ser un día largo y aburrido, y la noche anterior no había dormido ni mucho ni bien. Hacía ya varias noches que le habían vuelto las pesadillas y además esta misión no le daba buena espina. Era demasiada tranquilidad para un creyente en la Ley de Murphy y tenía esa impresión de que en cualquier momento podría torcerse todo, y lo peor no era eso, sino que empezaba a pensar que, en el fondo, lo estaba esperando.

—Qué asco de café tío, a éste le tenía que haber echado un sobre más de azúcar —dijo Iván mientras se terminaba el último sorbo de un vaso desechable—.

—Tanto azúcar no puede ser bueno, al final te va a salir diabetes. ¿No te empalagas?

— No, además yo lo quemo todo... o eso me gusta pensar —añadió sin mirarle, más como una costumbre que como una broma.

—Ya te cambiará el metabolismo. Por desgracia, no vamos a ser jóvenes eternamente.

Fran Buyo era como un hermano para Iván. A sus treinta y seis años ya llevaba diez en el Centro Nacional de Inteligencia y trabajaban juntos desde hacía tres. A simple vista parecería un tipo corriente, de estatura media, ojos negros y con la cabeza rapada. Siempre solía llevar vaqueros, camisetas de grupos musicales, deportivas y unas gafas Hawkers. A pesar de su aparente normalidad, Fran era Ingeniero en Sistemas de la Información, conducía cualquier vehículo con ruedas, hablaba con fluidez inglés, francés y ruso y era muy buen tirador, en especial con su revólver, un Smith and Wesson M686. Iván sabía que podía confiar plenamente en las capacidades y preparación de Fran, sin embargo,

siempre tenía una constante preocupación por no defraudarle, pues sabía que su último compañero dejó el listón muy alto antes de dejar el CNI. Su paso por el Ejército y su experiencia como guardia civil eran un añadido, pero el trabajo de inteligencia era algo diferente de aquellas etapas.

—Oye tío, confírmame la placa que aparece en el informe a ver si es que no me acuerdo bien —pidió Fran algo extrañado, lo que sacó a Iván de sus pensamientos—.

—Ocho, cero, tres, nueve, cero, seis —contestó Iván con seguridad mientras cerraba un portafolios marrón— ¿Por qué?

—Porque el Mercedes que está detrás de aquel taxi tiene todos los números que copié de la foto menos el que debería ser un tres, que es un dos —dijo Fran mientras señalaba hacia un viejo Mercedes 240 de color gris—.

Iván siguió la dirección que le indicaba Fran con la mirada, sin girar del todo la cabeza, apenas lo justo para no llamar la atención, y durante un instante tuvo la sensación de que aquel coche llevaba demasiado tiempo en el mismo sitio, como si no encajara del todo con el movimiento del tráfico que lo rodeaba.

—A ver, espera que lo compruebo —Iván, que hablaba árabe, comprobó que la matrícula estaba algo desgastada—. ¡No me jodas! ¡Sí que coincide! ¡No es un dos, es un tres desonchado!

—Pues vámonos antes de que lo perdamos, que ya es nuestro —apuntó Fran mientras arrancaba el coche—. Esta vez tenemos que encontrar esa casa.

A las diez de la mañana el tráfico era bastante intenso en El Cairo, lo cual en una persecución podía ser una ventaja, pero en un seguimiento era un inconveniente. Existía la posibilidad de perder al objetivo en algún semáforo o cruce, pero pegarse demasiado podría alertarles y echar a perder todo el trabajo realizado hasta ahora. Después de quince minutos habían cruzado al oeste del Nilo a través de Isla Gezira y bajaban por la avenida Charles de Gaulle dejando a

su izquierda la Torre y la Ópera de El Cairo, después el Casino Barrière.

—¿A dónde crees que va por aquí? —preguntó Iván mientras sacaba fotos del Mercedes durante el trayecto.

—Ni puta idea tío —contestó Fran mientras permanecía atento a los movimientos del resto de conductores—. Pero lo que yo no sé es cómo no se mata más gente aquí, nunca me acostumbraré a que conduzcan tan mal.

Después de coger un desvío a la derecha de la avenida y atravesar el Jardín Botánico de Orman, el Mercedes gris comienza a detenerse en el campus universitario. El campus universitario estaba compuesto por la Facultad de Ingeniería, la de Comercio, el edificio de dirección, el Consejo Supremo de Universidades y la Facultad de Economía y Ciencias Políticas, frente a la cual se detuvo el objetivo.

—Fran, párate aquí, déjale distancia, que se va a bajar.

—¿Le sigues tú a pie?

—Sí, yo me encargo. A ver dónde va. Me llevo el auricular, atento a la radio, canal 1.

—Ten cuidado y que no sospeche.

Iván aceleró discretamente el paso hasta ponerse a una distancia de unos cincuenta o sesenta metros, y con un ejemplar de un periódico local en una mano y el móvil en la otra, simulaba estar desubicado, como buscando algo, mientras no perdía de vista a aquel hombre. Era un hombre de unos cuarenta años aproximadamente, alto, metro ochenta y cinco, de piel muy morena, pelo negro muy corto, casi rizado y con un notable bigote. Vestía una camisa blanca, un pantalón de traje azul y zapatos marrones. Llamaba la atención un reloj en su muñeca que no parecía ser nada barato, y unas gafas de sol estilo aviador colgando del bolsillo de su camisa. Iván tenía una cosa clara, aquel hombre sabía dónde iba. No

consultaba ninguna señal ni preguntaba a nadie, iba directo sin ningún titubeo.

—De 'Chusta' para 'Cebra', ¿Va todo bien? Cambio —escuchó Iván desde el auricular de su radio—.

—De 'Cebra', todo bien. El objetivo se mete en lo que parece una biblioteca o sala de estudio —susurró Iván en un tono apenas imperceptible—. Se ha sentado en un ordenador y parece que está escribiendo un correo, cambio.

—'Cebra', interrogo si puede sacar algo sobre ese correo o el destinatario —Iván percibía que Fran empezaba a impacientarse—.

—Negativo 'Chusta', pero le envió fotografías del objetivo, cambio —susurró nuevamente Iván mientras desactivaba el flash de su móvil y hacía varias fotos con zoom de aquel hombre tratando de que se viese lo mejor posible su cara, al menos de perfil—.

Iván vio que aquel hombre empezaba a cerrar ventanas en la pantalla de aquel ordenador, intuyendo así que ya había acabado. Decidió entonces no arriesgarse a un cruce directo. Volvió al vehículo y esperó allí para continuar con el seguimiento.

—'Chusta', aquí 'Cebra', regreso a su posición, cambio.

—De 'Chusta', recibido.

Se apresuró a volver al vehículo, sin prisa, pero sin pausa. Se trataba de no llamar la atención, pero de estar preparados lo antes posible para continuar el seguimiento. Sin embargo, a medida que se iba acercando al vehículo, percibió enseguida que la cara de Fran mostraba una notable preocupación.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

—He subido las fotos, le han identificado como Ben Farraj. Si es él, aquí hay algo gordo —explicó Fran con notable seriedad, algo que contrasta con su habitual carácter en el que nada parece afectarle—.

Iván ya había oído ese nombre antes. Sospechoso de estar relacionado con la organización y financiación de una célula yihadista, pero todo era tan circunstancial que no se realizaron detenciones. Su nombre completo era Hassan Ben Farraj, tenía cuarenta y dos años y era de origen saudí. No pertenecía a ninguna familia noble o adinerada, sin embargo, heredó una fortuna de un jeque para el que trabajaba, cuando éste perdió a sus tres hijos tras la Segunda Guerra del Golfo, ya que se unieron a las filas de Al-Qaeda movidos por sus ansias de poder y su odio hacia occidente. Con esta fortuna, Ben Farraj adquirió una mansión a las afueras de El Cairo, la cual ha ido llenando de cuadros, esculturas y demás objetos de valor, movido por su afición al arte. Unos minutos después, con paso lento y como si acabase de quitarse un peso de encima, apareció Ben Farraj, arrancó su Mercedes gris y condujo hacia las afueras. Fran reanudó el seguimiento, dejando al principio dos coches de separación hasta que el tráfico al salir de la ciudad se volvió menos denso, donde dejó un tercer coche. Iván sabía que toda precaución era poca en los operativos de seguimiento. Aunque el coche que llevaban no era una de las pick-up Nissan de incógnito que se solían usar en las zonas de operaciones reconocidas, sino un antiguo Fiat 128 de por lo menos cuarta o quinta mano, ellos destacaban por su apariencia caucásica que, aunque tratasen de disimular, tarde o temprano llamaría la atención si se fijaban en ellos con detenimiento. Después de unos veinte minutos de carretera hacia el sur, aquel Mercedes gris conducido por Ben Farraj comenzaba a reducir la velocidad, claramente con intención de coger la siguiente salida, la cual llevaba a una urbanización. Se podía percibir que era una urbanización muy lujosa, con casas de dos plantas, una arquitectura donde abundaban los arcos de estilo árabe y muy sobrecargada con detalles y adornos. En la última casa a la derecha, que tenía más palmeras y más altas que el resto, comenzaba a alzarse el portón de una cochera donde, con una perfecta armonía, entró aquel Mercedes casi de forma automática, como si lo hiciese por enésima vez.

—Bueno, pues hemos confirmado el coche, hemos encontrado la casa y encima el coleguita es el puto Hassan. Yo creo que por hoy está bien.

—El hijo de puta escribe desde la universidad para que no le relacionen con los correos. Tenemos que averiguar lo que escribe y a quién.

—¿Qué tienes pensado, Fran?

—Tú tranquilo, sé lo que haremos. La próxima vez me quedo yo en la biblioteca y tú le sigues hasta allí. Me avisas cuando se monte en el coche y yo ocupo el ordenador. Después me avisas cuando llegue y se baje del coche, le pongo el USB con el keylogger y me piro. Y luego a ver que nos dicen los analistas. Fran se mostraba muy seguro de su plan, y no era para menos. Su intención era colocar un dispositivo USB entre la conexión del teclado y el puerto del pc, que registra todas las pulsaciones del teclado y una vez retirado y leído el registro, permite ver todo lo que se ha escrito.

—Pues por hoy ya estaría —dijo Iván interrumpiendo los pensamientos de Fran—. Vámonos de vuelta al hostel y comemos algo por el camino.

—Mejor nos compramos unos bocatas y nos los comemos en la habitación. Tengo que hacer el informe de hoy y tenemos que ver por dónde nos puede salir todo esto.

Iván y Fran se hospedaban en el hostel Vienna. Un pequeño y humilde hostel de dos estrellas situado en el centro de la ciudad que les permitía mantener la tapadera como reporteros de un diario ficticio. Tras una lenta media hora conduciendo entre el caótico tráfico habitual de El Cairo y una temperatura muy alta para no tener aire acondicionado en el coche, llegaron al aparcamiento del hostel. Iván llevaba una bolsa con la comida que habían comprado por el camino, en una bocatería cercana al bazar Jan el-Jalili. Fran recogió la llave de recepción, y nada más entrar, se pusieron manos

a la obra. Era una habitación muy pequeña y humilde, con dos camas pequeñas de madera envejecida, con sendas mesitas de noche a juego, sobre la que se apoyaban dos lámparas clásicas de dudoso funcionamiento. El cuarto de baño era diminuto, y estaba situado en una esquina. Estaba compuesto por una placa de ducha sin mampara, un lavabo y como inodoro, una placa turca, consistente en un agujero y dos reposapiés. Las paredes de toda la habitación eran de un tono amarillo pálido que resultaba el colofón al aspecto vintage que parecía tener aquella decoración. Fran se sentó en su cama, abrió su portátil y comenzó a redactar su informe, con un mezze (bocadillo tradicional egipcio) al lado derecho, al que cada varios párrafos pegaba un buen bocado y una lata de Mirinda de naranja en la mesita de noche, a la que no prestaba mucha atención. En aquel informe, detallaba todo lo sucedido aquel día, desde que entablaron contacto con el objetivo hasta que volvió a su casa, incluyendo horas, itinerarios, la parada en la universidad, etc.

Mientras tanto, Iván, con un kebab en la mano, no hacía más que darle vueltas a un plano de la ciudad al que le acababa de caer una gota de salsa.

—¡Joder! ¡Ya la estoy liando! ¿Será posible?

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Fran.

—Nada, que he manchado el plano, pero es poco y se quita.

—No te rayes, abajo en recepción hay más planos de esos de la oficina de turismo.

—Ya lo sé, pero éste lo tengo ya marcado con las rutas y demás.

Iván había estudiado las rutas más viables para ir desde el hostel hasta la mansión de Ben Farraj, desde la mansión a la biblioteca de la universidad también para llegar a ésta última desde el hostel.

—Voy a echar un cigarro —dijo Fran mientras cerraba su portátil—. Que ya he acabado el informe.

Fran se dirigió al pequeño balcón del salón, desde donde las vistas eran bastante limitadas. Prácticamente solo se veía la fachada del edificio de enfrente, del que le separaba una calle tan estrecha que podría saltar de un balcón al otro sin apenas esfuerzo. En la mesa, Iván ya había acabado de comer y ahora terminaba de realizar algunas anotaciones más en el plano, al que había conseguido limpiar aquella mancha sin estropear demasiado. Acto seguido, dobló y guardó su plano, y se recostó sobre su cama, esperando relajarse un poco y quizás echarse una siesta que sabía que necesitaba. Cerró los ojos mientras pensaba en cuántas veces le habrá dicho ya a Fran que dejase de fumar, pero él siempre le decía que, si en ese trabajo llega a la jubilación, entonces lo deja. Que mientras lo puedan matar cualquier día, el cáncer era la menor de sus preocupaciones. Pensó también en la familia de Fran, de la que alguna vez le había hablado. Su mujer, Merche, que trabajaba como encargada de ventas en un gran almacén de muebles y sus dos niños, Javier y Abraham que aún iban al colegio. Comenzó a sentir una envidia sana por Fran y por todo lo que le esperaba siempre que volvía a casa al finalizar una misión. Pero sus pensamientos fueron desplazados por los recuerdos. Comenzó a recordar vagamente la habitación de un hospital, la sala de vistas de un juzgado, una comisaría de la Policía Nacional. De repente se sintió angustiado, le costaba respirar, ni siquiera era capaz de llenar más de la mitad de sus pulmones de aire.

—¡Nooooooo! —Gritó Iván sobresaltado al tiempo que abría los ojos.

Estaba empapado en sudor a la vez que tiritaba de frío. A pesar de que las puertas del balcón estaban cerradas, se escuchaba la llamada a la oración de una mezquita cercana. Su reloj marcaba las ocho y once, y como no veía a Fran por ningún lado, cogió el

móvil para enviarle un mensaje. Fran se le había adelantado con otro mensaje de texto, justo una hora antes.

- «Estoy en la tetería de la esquina reuniéndome con un viejo conocido. Ya compro yo la cena.»

A la mañana siguiente, y sin que hubiera amanecido aún, Iván ya llevaba una media hora vigilando la mansión de Ben Farraj. Estaba en el asiento de copiloto del coche, aparcado al final de la calle para no llamar la atención, y con el suficiente espacio para salir rápidamente del estacionamiento para realizar el seguimiento en cuanto el objetivo saliese de allí. Por otra parte, Fran estaba en el hostel, comprobando el correcto funcionamiento del dispositivo USB que iba a utilizar, cargando su móvil y su walkie, y revisando su revólver. Después de casi cuatro horas de aburrida vigilancia, el garaje de aquella mansión comenzó a abrirse. Iván aprovechó para cambiarse al asiento del conductor y darle un toque a Fran antes de que aquel Mercedes saliese, y cuando lo hizo, comenzó a seguirle a una distancia bastante prudencial para no ser descubierto hasta que hubiese tráfico que utilizar para ocultarse. Hicieron el mismo recorrido que el día anterior, hasta llegar al mismo punto, donde Ben Farraj se bajó del coche en una rutina tan similar que bien podría confundirse con un déjà vu.

—'Chusta', aquí 'Cebra', interrogo cómo me recibe, cambio.

—De 'Chusta', le recibo fuerte y claro, cambio.

—De 'Cebra' para 'Chusta', le informo que 'El Artista' se dirige a su posición, cambio.

—De 'Chusta' para 'Cebra', recibido. Todo preparado, abandono posición y permanezco a la espera.

Fran, que llevaba un buen rato simulando escribir un artículo y consultar unas noticias para justificar estar haciendo uso del ordenador, se levantó y mientras recogía sus cosas disimuladamente, desconectó el teclado de la torre, lo conectó al USB y volvió a

conectar el USB a la torre. Después se marchó a otra zona de la biblioteca, se sentó en una mesa y comenzó a leer un ejemplar del Al-Ahram, un periódico local. A los cinco minutos, apareció Ben Farraj. Como de costumbre, seguía vistiendo con relativa elegancia, con una camisa celeste, pantalones de traje en esta ocasión grises, y unos zapatos de vestir negros. Seguía llevando el mismo reloj, pero esta vez llevaba las gafas puestas. Se sentó nuevamente frente al ordenador, se quitó las gafas, colocándolas debajo de la pantalla, y abrió el navegador. Parecía no tener prisa, no impacientarse por lo lento que funcionaba el ordenador y lo que tardaba en cargar el proveedor de correo electrónico. Comenzó a escribir, sin percatarse de que Fran estaba tres mesas detrás, controlando cada uno de sus movimientos. Cuando terminó, cerró sesión, se levantó del ordenador, y se dirigió a la salida.

—‘Cebra’, aquí ‘Chusta’, ‘El Artista’ abandona mi posición dirección salida, cambio.

—De ‘Cebra’, recibido.

Una vez que hubo avisado a Iván, se dirigió nuevamente al ordenador, extrajo el USB, volvió a conectar el teclado, pero cuando se giró para irse de allí, Ben Farraj apareció de nuevo entrando a la biblioteca, y se dirigía hacia el ordenador. Por unos instantes, Fran pensó que había sido descubierto. Quiso echar mano a su revólver, pero se arriesgó. Antes de que Ben Farraj se acercase más, se agachó a hacer como que se ataba los cordones, y Ben Farraj pasó de largo por su lado hasta llegar al ordenador, donde debajo de la pantalla seguían sus gafas de sol. Cogió sus gafas y volvió a salir de la biblioteca, al tiempo que Fran suspiraba aliviado. Desde fuera, Iván vio como Ben Farraj se montaba en su Mercedes y se iba, probablemente de nuevo a la mansión. Pero esta vez no habría seguimiento, en cuanto Fran se montó en el coche, arrancó dirección al hostel.

—Te noto tenso. ¿Todo bien?

—¡Joder si tan bien! ¡Casi se jode todo!

—¿Y eso?

—El hijo de puta se dejó las gafas y volvió a por ellas. Casi me pilla quitando el USB.

—Si que nos la hemos jugado bastante, pero ya tenemos la información, a ver qué nos dicen los analistas.

—A mí el cuerpo me dice que necesito un cigarro. Y unas vacaciones, joder, ya que estamos.

Barbacoa

A Sofía le encantaba el olor a tierra mojada que se respiraba en el ambiente. Había estado lloviendo toda la noche, y en aquel enorme bosque lleno de árboles no quedaba un rincón donde no pudiera apreciarse ese peculiar aroma. Hacía una mañana de neblina, en la que un tímido sol aparecía sólo a ratos en un cielo lleno de nubes blancas. A pesar de todo ello, no hacía demasiado frío. Sofía era feliz, todo lo feliz que puede ser una niña de ocho años mientras corre por el campo con su perro. Su largo y rizado pelo negro azabache se le había alborotado y algunos mechones se le habían salido del moño jugando con Yako. Estaba sudorosa de correr, sus enormes y negros ojos brillaban de haber estado riéndose, y un moco que era más agüilla que otra cosa, le resbalaba por su fina nariz.

—¡Sofía, hora de comer! —Dijo Emilia—. ¡La carne ya está lista!

—¡Ya voy, mamá! —Se apresuró en contestar Sofía mientras corría hacia donde estaba su madre—.

En aquella mesa de piedra estaban ya preparados varios platos de plástico, con pan cortado en rodajas, salchichas, pechuga de pollo, panceta, aceitunas, patatas fritas y varios vasos también de plástico con refrescos y zumos.

—Cariño, ¿Sabes lo que se nos ha olvidado comprar? —Preguntó Emilia con cierta decepción.

—No. ¿Qué? —Manuel estaba sorprendido porque juraría que se había encargado de todo.

—La salsa barbacoa —En el tono de Emilia se percibían claramente la decepción y el reproche—. ¿Ahora qué hacemos sin salsa? ¿Dónde compramos salsa un domingo?

—Que no, que tiene que estar en alguna bolsa, que yo estoy casi seguro de que la eché en el carro.

—Pues ya he mirado en todas las bolsas y no está en ninguna. A ver si se ha salido y está por ahí suelta en el maletero...

—Podría ser, voy a mirar.

Manuel se levantó, y con una mezcla de preocupación y duda en su cabeza, recorrió la distancia que separaba aquella mesa de piedra del merendero, del aparcamiento de coches. A medida que se aproximaba a su coche, un Ford Mondeo del 2003 de color azul oscuro y el único que había en aquel aparcamiento, otros pensamientos asaltaban su mente. Tenía un importante viaje de trabajo, a Murcia ida y vuelta, por lo que debería salir bastante temprano al día siguiente si pretendía tener algo de tiempo al volver de allí. Manuel tenía treinta y seis años. Era agente comercial de una pequeña empresa de publicidad. Desde que dejó la hostelería no es que sienta que tiene más tiempo libre, pero al volante de su coche en la solitaria carretera siente mucha más tranquilidad, y en cierto modo, era lo que buscaba. Manuel metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y sacó el mando de su coche a la vez que pulsaba el botón de apertura de maletero. Aún no había llegado al coche y ya podía ver desde lejos el bote anaranjado que tal y como recordaba, era la salsa barbacoa. Lo agarró con algo de prisa y dándose la vuelta, volvió con Emilia y Sofía. Durante el trayecto, los flashes que salían del móvil que Emilia sostenía en alto con su mano derecha, delataban que una nueva sesión fotográfica estaba teniendo lugar.

—¿Ya estás otra vez con las fotitos? —Preguntó Manuel mientras negaba ligeramente con la cabeza.

—Son para una amiga, que me ha preguntado que qué hago, pero en ninguna salgo bien.

—Pues dile a tu amiga que se nos enfría la comida.

—La última ¿Vale? Salga como salga.

Sofía no solía quejarse, pero en el fondo no le gustaba sentarse a la mesa. Desde pequeña tenía un permanente debate interno entre lo mucho que le gustaba la comida y lo poco que le gustaba tener que parar su mundo de fantasía para comer. A menudo cualquier distracción por pequeña que fuera le interrumpía y por costumbre acababa siendo la última en terminar. Ya había pasado casi una hora cuando Sofía estaba a punto de terminarse sus últimos bocados.

—Mamá, ¿Puedo irme a jugar con Yako?

—Todavía no has terminado, además te falta el postre.

Emilia respondió sin levantar la vista del móvil, con un tono más plano de lo habitual, como si tuviera la cabeza en otro sitio.

—¿Y si termino rápido y me llevo el postre?

—Venga, termínate eso y llévate un plátano antes de irte, están en esa bolsa —Dijo Emilia sin levantar la vista del móvil y señalando una bolsa de plástico en el centro de la mesa.

En cuanto metió el último trozo de bocado en su boca, Sofía echó mano a la bolsa, agarrando un plátano y corriendo hacia el interior de la arboleda seguida por un Yako que parecía maldecir el fin de su siesta, pero también sentirse obligado a seguir sus pasos en todo momento.

—¿Quieres una cerveza? —El ofrecimiento de Manuel era una clara excusa para abrirse él una.

—Vale, pásamela, que yo estoy liando cigarros para los dos.

Manuel abrió la tapa de la clásica nevera portátil azul, rebuscó con su mano en una sopa de agua muy fría y trozos de hielo, y una tras otra sacó dos latas de cerveza Steinburg. Le acercó una a Emilia, y aprovechó para coger el cigarro que ella le había liado antes de volver a sentarse y abrir su lata.

—¿A qué hora sales mañana, cari? —Preguntó Emilia con cierto desinterés.

—Supongo que, sobre las seis de la madrugada, un poco antes de que amanezca.

—Intenta no hacer mucho ruido al salir, que estos días estoy durmiendo regular, será que todavía no me he acostumbrado al cambio.

Manuel asintió, pero durante un instante se quedó mirando la mesa sin decir nada, como si se le hubiera olvidado por completo lo que iba a hacer a continuación.

—Ya te acostumbrarás, era lo mejor para todos.

—Sí, después de tanto tiempo supongo que ya no tendré problemas por aquí —Dijo Emilia, poniéndose en pie.

Emilia se puso frente a Manuel, y tras un apasionado, pero breve beso, miró a su alrededor y tras ver que no había ni un alma cerca, se arrodilló a sus pies y lentamente desabrochó la cremallera de sus pantalones...

Sofía se había adentrado tanto en la arboleda que no recordaba exactamente cómo había llegado a parar a aquel claro, pero el descubrimiento de aquel parque infantil era lo único que ocupaba su mente en aquellos momentos. Eran dos bloques de madera clara de dos niveles cada uno, techados y con unas pequeñas aberturas cuadradas a modo de ventanas. Estaban separados por un puente colgante de cuerda y madera. En uno de los bloques tenía una escala para subir y en el otro una barra para bajar deslizándose. Todo el conjunto estaba rodeado por un pequeño vallado bajo también de madera similar al de las típicas granjas de los cuentos. En su imaginación, ese pequeño parque acababa de transformarse un enorme fuerte abandonado, aunque

no por mucho tiempo. Ahora que Yako y ella estaban allí, el fortín tenía nuevos dueños. Pero la emoción por el hallazgo se fue difuminando cuando comenzó a caer en la cuenta de que no había nadie para intentar conquistarles el fortín. A pesar de todos los niños a los que había conocido y con los que había jugado a lo largo de su vida, Sofía no tenía a ninguno que se hubiera prolongado en el tiempo. No recordaba a nadie en concreto que tuviera ese significado relevante que todo amigo de la infancia debía tener. Recordaba vagamente que Manuel jugaba mucho con ella, que solían hacer cosas juntos, pero no recordaba en qué momento el cambió, porque hacía mucho, muchísimo que ya no era así. Comenzaba a levantarse un ligero viento que traía consigo algunas nubes, ocultando el sol de forma intermitente. Sofía comenzó a notar esa bajada de temperatura, y notando que la camiseta amarilla de manga corta que llevaba empezaba a ser insuficiente para mantenerla en calor, así que después de un breve rato fantaseando por su fortín, se adentró de nuevo entre los árboles. Yako, anticipándose a sus intenciones y como si supiera que no recordaba bien el camino de vuelta, se puso delante haciendo que la vuelta transcurriese sin pérdida posible.

—¡Sofía! ¡Echa una mano a recoger, que nos vamos ya!

La mesa estaba ya casi desierta, todo estaba ya metido en dos bolsas de la compra y en una gran bolsa de basura negra. Emilia agarró dos bolsas de la compra, Manuel cogió la nevera y se encaminaron hacia la zona de aparcamiento.

—Vale mamá, yo llevo la basura—. Sin acabar la frase, Sofía ya corría tras ellos con la bolsa en la mano.

—Métela en el maletero.

—Ya está.

Manuel ya estaba sentado al volante, cigarro en mano, esperando a que Sofía y Yako entrasen. Cuando lo hizo, Emilia automáticamente revisó que su cinturón de seguridad estaba bien

puesto, y cerró la puerta para sentarse en el asiento del copiloto. Sofía se acomodó en el asiento trasero, pero no dijo nada; había algo en el ambiente que no terminaba de entender. Manuel tiró lo poco que le quedaba de cigarro por la ventanilla y se puso en marcha con especial precaución. Aunque todavía no estaba anocheciendo, las nubes que tapaban el sol intermitentemente habían decidido ahora hacerlo ya para al menos lo que quedaba de día. La carretera CO—3408 que separaba aquel camping y parque periurbano de la ciudad tenía alguna que otra curva algo cerrada, pero la mayoría de conductores solían ir por ella siempre a una velocidad por encima del límite. Se podía llegar desde Los Villares a Córdoba en aproximadamente poco más de un cuarto de hora. Durante el trayecto, en la radio se escuchaba a varias personas discutiendo sobre el último partido del F.C. Barcelona. Sofía no llegaba a entender por qué era malo una acumulación de tarjetas, pero Manuel estaba totalmente concentrado en la radio. Emilia, sin embargo, no levantaba la vista del móvil. Emilia Martín tenía 28 años. La formación académica y la independencia económica y laboral nunca fueron una prioridad para ella. Desde pequeña, lo único importante para ella era no distanciarse mucho ni por mucho tiempo de la familia. Pero ese sentimiento hogareño resultó para ella en un arma de doble filo, provocando la ausencia de todo atisbo de ambición por el desarrollo y crecimiento personal. En el ámbito económico tampoco ha tenido muchos quebraderos de cabeza, pues cuando no se hacían cargo sus padres, lo hacía la pareja que tuviera a cada momento, aportando ella a cambio el trabajo en el hogar. Aunque gracias a las redes sociales había descubierto algunas maneras de conseguir un dinero extra, y había elegido una que estaba muy de moda: la distribución. Se trataba de recopilar pedidos de empresas de cosméticos como AVON o de suplementos alimenticios como Herbalife, hacerse cargo de recibir el producto y luego hacer la entrega a los clientes finales. Para ello, pasaba bastante tiempo en redes sociales. Una parte subiendo fotos de los diferentes sabores de batidos, combinaciones, aportes calóricos y otra subiendo fotos de diferentes paletas de colores de productos de cosmética de todo tipo. Batidos y cosméticos que ella misma

probaba, para demostrar a los seguidores su buen funcionamiento. Cuando levantó un poco la vista del móvil, se dio cuenta de que era la segunda vez que daban la vuelta a la misma rotonda, lo que le indicaba que ya habían llegado al barrio y estaban buscando aparcamiento. En Córdoba se llega muy rápido de un sitio a otro, aunque encontrar una plaza de aparcamiento que no esté reservada, o que no esté obstaculizada por otro coche invadiendo la zona lleva a veces más tiempo que el propio desplazamiento.

—¿Encuentras sitio?

—Por aquí cerca no, vais a tener que bajar con las cosas y me voy yo a aparcarlo más lejos.

—Vale. Prueba por donde el Salazar.

Después de un par de semáforos en rojo y algún que otro peatón saliendo del Mercadona, Manuel se paró en el hueco de una cochera, tiró del freno de mano y puso las luces de emergencia.

—Sofía, hemos llegado.

—Un momento mamá. Que me estoy quitando el cinturón—. Contestó Sofía poniendo todo su empeño en que el cable de sus auriculares no se enredase.

—Manu, te dejo en el maletero la basura y la tiras cuando aparques, ¿Vale? Que yo voy a esperar a que el perro haga sus cosas antes de subir.

—Vale, pero llévate la nevera que no se calienten las cervezas que quedan.

—Sí, yo me las llevo no te preocupes. No tardes.

—Hasta ahora cari.

Manuel quitó las luces de emergencia, bajó el freno de mano y se incorporó a la avenida Medina Azahara para buscar de nuevo aparcamiento, esperando esta vez tener un poco más de suerte. Al

llegar de nuevo a la rotonda, tomó la tercera salida hacia Gran Vía Parque y tomó la primera calle a la derecha. Una vez allí, volvió a tomar la siguiente calle a la derecha y en la calle Periodista Quesada Chacón encontró un aparcamiento con algunas plazas libres. Tampoco había tardado tanto en encontrar aparcamiento y estaba en una buena zona para salir al día siguiente ya que la salida daba a la Avenida América, uno de los principales ejes del tráfico de la ciudad. Una vez que había aparcado, Manuel sacó la basura del maletero y cerró el coche con su mando. Mientras depositaba la basura en un contenedor cercano, observó en la otra acera un pequeño bar que al menos desde fuera, parecía totalmente vacío. En ese momento, un impulso del subconsciente le empujó a entrar. Entró directo hacia la barra al tiempo que se llevaba la mano a su cartera buscando un billete de diez euros.

—¡Ponme una caña! — Manuel fue directo al grano.

—Ahora mismo.

Mientras le servían la cerveza, echó un vistazo rápido y allí encontró lo que andaba buscando, la máquina tragaperras. Manuel pagó con su billete, cogió su vaso de tubo con la mano izquierda, el cambio con la derecha, y fue directo a la máquina. ‘La Fortuna del Lejano Oeste’ ilustraba el frontal de aquella máquina, donde el juego principal consistía en alinear pistolas, diligencias y el clásico número siete. Manuel comenzó a introducir monedas de veinte céntimos, una tras otra hasta completar ocho. Entre juego y juego iba alternando tragos de cerveza y monedas. Ya no le quedaban más monedas y casi tampoco cerveza, así que dejó el vaso en la barra y se encaminó a casa. Miró la hora en su reloj, un viejo Casio cromado y se dio cuenta de que ya estaba tardando demasiado para sólo aparcar un coche y tirar la basura. Manuel era nuevo en la ciudad. Aunque era natural de Murcia, la gran parte de su vida la había pasado en Granada. En verano, se entregaba totalmente a un sector hostelero siempre en ebullición gracias a los jóvenes universitarios y el turismo, mientras que en invierno sobrevivía a base de unas chapuzas por un lado y unos negocios por otro.

Necesitaba cambiar de vida, y no dejó pasar la oportunidad cuando Emilia le sugirió la idea de volver juntos a Córdoba, donde encontró su trabajo actual. Yako se despertó sorprendido y corrió ladrando hacia la puerta de entrada, mientras olfateaba nervioso el hueco inferior de la puerta. Emilia supuso que Manuel estaba a punto de llegar y el sonido de unas llaves golpeando contra la cerradura lo confirmaban.

—Ya estoy aquí—. Dijo Manuel en cuanto la puerta se abrió, sin esperar siquiera a ver a Emilia.

—¿Tan lejos has tenido que aparcar?

—Un poco, pero al final he encontrado sitio.

—Voy a hacer la cena en breve.

—Yo no voy a cenar, me voy a dormir ya que mañana salgo temprano.

—¿Seguro?

—Sí, necesito dormir algo.

—Bueno, pues buenas noches.

—Buenas noches cari.

Manuel entró en el dormitorio, cerró la puerta tras de sí y se tumbó en la cama. Sacó su móvil del bolsillo y puso una alarma para las seis de la mañana. Siete horas y quince minutos restantes parecía suficiente tiempo para descansar. Puso el móvil a cargar, se quitó la ropa y apagó la luz. Intentaba no pensar en el día siguiente, pero no podía evitarlo. Mientras tanto, Sofía que estaba en su cuarto empezaba a tener hambre, así que se plantó en el salón buscando a Emilia, pero el salón estaba vacío. Emilia estaba en la cocina sartén en mano y una fina columna de humo se extendía por encima de su cabeza.

—Mamá, ¿Qué hay de cenar? Tengo hambre.

—Revuelto de verduras, ya está casi hecho. Ve poniendo la mesa.

—¿Y Manu?

—Ha llegado hace un rato. Está durmiendo que mañana conduce.

Sofía comenzó a buscar cubiertos, vasos, servilletas y a llevar cosas a la mesa. Le encantaba echar una mano en lo que hiciera falta y sentirse útil ya sea poniendo la mesa, recogiéndola, metiendo ropa en la lavadora, recogiéndola del tendedero, etc. En cuanto la mesa estuvo preparada llegó Emilia con los dos platos, recién servidos de la sartén y que también estaban humeantes.

—Ten cuidado que quema, espera un poco.

—¿Podemos ver una película?

—A ver qué están echando.

A Emilia no le importaba mucho qué ver, así que viendo que no había nada interesante, decidió poner alguna película de Disney, y la primera que le llamó la atención del menú fue 'Buscando a Nemo'.

—¿Dejamos ésta?

—Vale.

El sonido de la alarma despertó a Manuel, que intentando abrir los ojos lo mínimo indispensable, la aplazó cinco minutos. Notaba como Emilia, que no se había inmutado de nada, le aplastaba una pierna con la suya propia. Al sacar la pierna e incorporarse, intentó no molestarla demasiado y fue directo al baño. Una vez hubo terminado, regresó al baño, se vistió tratando de no hacer ruido, cogió su móvil y se fue a la cocina. Allí se preparó un café bien cargado y echó un vistazo a Facebook mientras se lo tomaba. Al acabar, soltó el vaso en el fregadero, y se marchó. Hacía algo de frío en la calle, vacía y silenciosa en aquella hora. Podía escuchar sus propios pasos en la acera mientras pensaba en que tenía que repostar antes de salir y en las pocas ganas que tenía de hacer aquel viaje. En realidad, preferiría no tener que ir, y más porque no era precisamente por trabajo, sino algo personal. Emilia no tenía que enterarse bajo ningún concepto, pero era indispensable saldar algunas cuentas que quedaron abiertas antes de la mudanza. El

coche estaba frío, pero en cuanto arrancó, el climatizador se puso en marcha para que la temperatura interior llegase a unos agradables veinticinco grados centígrados. Unos toques de limpiaparabrisas eliminaron todo el rocío del parabrisas y en la radio podía escucharse a Carlos Herrera justo antes de que Manuel cambiase de emisora buscando alguna canción que le motivara al menos durante el inicio de su viaje. Si no recordaba mal, ahora tenía que tomar la salida hacia la Ronda Este en dirección a un polígono industrial donde había un Media Markt y luego buscar la salida N—432 en dirección Granada. En la autovía había algún que otro coche más que en las vacías calles. Sobre todo, furgonetas que parecían ser de reparto, una ambulancia y algún coche patrulla. El color negro del cielo comenzaba a adquirir franjas añiles que se tornaban azules en su parte más baja. Estaba amaneciendo, y Manuel esperaba que el inicio de éste nuevo día pudiera suponer el final de algunos de los problemas que tanto le perseguían desde que la mala fortuna le hizo perder algunas apuestas. Pero la suerte no puede estar en contra eternamente, Manuel sabía que alguna vez tendría que estar de su lado, y cuando eso pasara, él tenía que estar allí.

Montenegro

La luz de una ostentosa lámpara colgante le ganaba la partida a los pocos rayos de sol que entraban por las dos ventanas situadas a ambos lados del altar, delatando que el atardecer estaba a escasos minutos de culminar. Esa luz, que iluminaba las paredes de la pequeña y humilde iglesia de Santa María de Punta, decoradas con frescos y lienzos de numerosos santos ortodoxos de colores llamativos y adornos dorados. En el centro de la sala se situaba un atril de madera con un pequeño cuadro del que aquel hombre no levantaba la mirada. Su silueta se veía nada más cruzar la puerta, y su sombra se alargaba hasta los tres arcos que se situaban a la entrada. Fran no le quitó ojo desde que cruzó la puerta y con un paso lento que retumbaba en cada rincón del sagrado templo, se puso al lado de aquel hombre, de unos cincuenta años, mediana estatura, con una marcada alopecia y que vestía unos pantalones chinos color caqui, un polo blanco con franjas rojas y unos zapatos marrones sin cordones.

—¿Savić? ¿Dejan Savić? —preguntó Fran con un leve susurro mientras enseñaba discretamente sus credenciales.

—Sí. Usted debe ser Fran Buyo —contestó Dejan con un marcadísimo acento de Europa del Este mientras mostraba una sobrecargada placa que no dejaba lugar a dudas de que era el hombre indicado.

—¿Tiene buenas noticias para nosotros? —Fran conocía la eficiencia de la ANB (agencia de inteligencia de Montenegro) y la estrecha colaboración que mostraban desde la Guerra de los Balcanes—.

—No sé si serán buenas. Hemos encontrado la dirección IP que nos pidieron. Está aquí en la ciudad, en la zona.

—Entonces, ¿Cuál es el problema?

—La dirección corresponde a un club de la zona frecuentado por los Sekaric.

Mientras decía esto, Dejan se sacaba con la mano izquierda del bolsillo trasero una nota doblada por la mitad y se la entregaba discretamente a Fran, quien, tras echarle una ojeada, sacó su cartera y la guardó entre su tarjeta de crédito y su carnet de conducir.

—¿Y esos qué hacen? ¿Narcotráfico, trata?

—Protección, contrabando, juego y tráfico de armas.

—Muy polifacéticos. ¿Algo más que debamos saber?

—No, pero estad atentos. Budva es una ciudad más pequeña aún de lo que parece.

—Lo tendremos en cuenta, hasta otra.

Fran abandonó la iglesia con la misma aparente calma con la que había entrado, sin embargo, no hacía más que preguntarse qué podría querer Ben Farraj de un clan de Europa del Este. El auricular de su radio le sacó de sus pensamientos.

—De 'Cebra' para 'Chusta' interrogo situación, cambio.

—Aquí 'Chusta' me dirijo a su posición.

—De 'Cebra' recibido.

Iván aguardaba al volante de un robusto Land Rover Defender, con la carrocería verde y el techo blanco, aparcado a escasos metros del Casino Avala, a tres calles de la iglesia. Las ventanillas bajadas permitían entrar una leve brisa salada procedente del mar y que vaticinaba una noche fresca. Ver las olas romper cerca de la orilla le traía viejos recuerdos de castillos de arena, muñecos, un rastrillo de juguete...Iván desterró rápidamente aquellos recuerdos de su mente mientras se centraba en la carretera por donde se aproximaba un Fran Buyo cuya expresión de su rostro

mostraba justo lo contrario que su tranquilo caminar. Tenía pinta de que no le había gustado nada lo que le había contado el contacto de la ANB, y en breve sabría de qué se trataba.

—¿Todo bien, Fran? —preguntó Iván con voz baja, notando la tensión en su compañero—. Tienes cara de preocupado.

—Bueno, me acaban de dar la ubicación —respondió Fran con un suspiro pesado, como si el peso de la información le cayera encima otra vez—. Es un club de aquí cerca, el 'Cascada Club', donde va gente relacionada con un clan local conocido como los 'Sekaric'.

—¿Y qué coño tiene que ver esa gente con Ben Farraj? —insistió Iván, con el ceño fruncido por la sorpresa y un leve tono de incredulidad.

—Eso mismo me he preguntado yo —admitió Fran, pasándose la mano por la cabeza rapada con gesto cansado—. Tú tírale para el hotel que tenemos que ver cómo manejamos este tema.

Iván arrancó el coche, y se puso en camino hacia el Hotel Tatjana, que se encontraba al lado oeste del río Grdevica. El recorrido era fácil y rápido, de unos escasos diez minutos. Sólo tenía que incorporarse a la Autovía del Adriático y tomar la salida que hay justo antes de la gasolinera EKO, luego seguir hasta el final de la calle y atravesar un pequeño callejón, aunque por las medidas contra seguimiento acabarían dando algún rodeo y tardando un poco más.

—¿Haces tú el informe, Fran?

—Si me sirves un whisky y pones tú la pizza en el microondas.

—Hecho.

Iván se sirvió otra copa, y mientras esperaba que el microondas diese la señal, salió a sentarse en una tumbona, en la

terrazza de aquel segundo piso. Desde allí fijó la vista en la piscina del hotel, de típica forma rectangular, pequeña y corriente como la de cualquier comunidad de vecinos. El reflejo de las estrellas en el agua en calma le trajo a la mente una estrofa de una antigua canción que aprendió en su paso por el Ejército.

*«El nombre de las estrellas
saber quería
y un beso en cada uno
yo le pedía.
Qué noche aquella
¡Eo!
qué noche aquella
¡Eo!
en que le di mil nombres
¡Eo!
a cada estrella.
¡Eo!»*

—¿Vas a hacer balconing o qué? —preguntó Fran irrumpiendo de repente a través de la cristalera, con su copa en la mano izquierda y un cigarro en la derecha—.

—Puede. Algo tendrá cuando a los ingleses les encanta.

—Déjate de rollos Iván, sé lo que estás pensando. No te machaques más, algún día aparecerá.

—Supongo... Dicen que nunca es tarde, ¿no? Aunque la vida pasa.

—Sí, pero también dicen que el tiempo es el juez más severo, y que lo pone todo en su lugar.

La campana del microondas interrumpió la conversación. Nada más entrar en el salón podía notarse en el ambiente el olor a masa caliente, y las rodajas de aceitunas negras esparcidas por toda la superficie delataban que era una pizza romana.

—Buen provecho Iván. Mañana husmeamos en el club.

—Pues que así sea, a ver qué encontramos.

El Club Cascada se situaba a la derecha del río Grdevica, en primera línea de playa de la bahía de Luka, justo enfrente del Hotel Aleksandar. No era muy diferente de cualquier club moderno, con música electrónica, reggaetón, trap, camareras de muy buen ver y caros reservados. Desde uno de ellos, Fran sonreía a la camarera rubia de ojos verdes y amplio escote mientras ella servía en la mesa un par de whiskeys y le acercaba el datáfono.

—Por mucho que le pongas ojitos, la ronda hay que pagarla —comentó Iván en tono jocoso—.

—Es que con esas pintas me las espantas —dijo Fran refiriéndose a la camisa de estampado hawaiano que se había puesto Iván para la ocasión—.

—¿Tienes algún problema con mi camisa?

—Si tío, que te creías que ibas a parecer Tony Montana o Superdetective en Hollywood y pareces Ace Ventura en la película esa que busca a un delfín.

Iván vestía unos pantalones de lino azules, una camisa de estampado de palmeras estilo hawaiano con colores azules, amarillos y rojos y unos zapatos deportivos grises; mientras que Fran llevaba puestos unos pantalones estrechos ligeramente por encima del tobillo, un polo blanco y unos náuticos marrones.

—No sé tío, por lo menos no me compro pantalones de talla de niños —añadió Iván en tono bromista—.

—¡Calla! ¡Mira ahí! En esa barra de la izquierda, el que está hablando con la camarera —Fran señaló con la mirada a un joven de pelo muy corto, casi rapado con pantalón de traje gris y camisa blanca sin corbata y con el cuello abierto y remangada que hablaba en tono serio con una camarera desde dentro de la barra.

—¿Quién es ese? No le hemos visto en toda la noche, un trabajador no es, tiene pinta de encargado del club o algo.

—¡Date la vuelta! ¡Vamos a echarnos una selfie! —Aunque las condiciones no eran muy buenas para una foto con la cámara frontal, Fran esperó a que aquel hombre mirase de manera más frontal y alguna luz rotativa de la pista de baile le iluminase un poco el rostro. Quizás el programa de reconocimiento facial les diera a posteriori alguna respuesta.

—Nos terminamos esto y le esperamos fuera, ¿No?

—Claro, tú conduces.

Fran e Iván salieron con naturalidad hacia el coche, que estaba en un aparcamiento a pocos metros, frente al estadio Lugovi y desde donde podían ver quien entraba o salía del club. Era ya la 1:39 y apenas había mucho movimiento fuera, sin embargo, de repente apareció un taxi blanco, un Skoda Octavia que se detuvo a la entrada del club, lo que llamó la atención de Fran.

—Ya sale el colega —dijo Iván a la vez que arrancaba el vehículo. 'El Encargado' estaba cruzando la calle en dirección al taxi y no había lugar a dudas sobre que iba a subirse en él.

—Déjale su espacio, no hay mucho tráfico y no queremos dar el cante.

'El Encargado' se subió al taxi tal y como estaba previsto, y les siguieron por todo el paseo marítimo hacia el oeste por la avenida Topliski y luego hacia al norte por la avenida Obilaznica. Llegando a una zona residencial frente a una tienda de electrónica llamada Technomax, el taxi comenzó a reducir y a frenar hasta que se detuvo. Iván hizo lo propio bastantes metros antes, llegando incluso a salir ligeramente de la carretera y apagar las luces del vehículo. Con la ayuda de un telémetro que guardaban en la guantera, Fran observó a qué casa se dirigía aquel hombre y tomó algunas fotos con geolocalización. La observación y las fotografías

cesaron en cuanto el misterioso hombre cerró la puerta de su casa, entonces Fran lanzó un suspiro a la vez que guardaba el telémetro en la guantera.

—¿Listo? —preguntó Iván.

—Sí, vámonos ya al hotel.

—Pues vamos allá —Iván arrancó, dio media vuelta volviendo a la carretera, y a los pocos metros encendió las luces de cruce—.

La música clásica que comenzó a sonar gradualmente en aquel salón le resultaba muy familiar a Iván, aunque no lograba reconocer de qué pieza se trataba.

—¿Bailas conmigo? —Le preguntó una niña de pelo negro y rizado con un vestido de princesa mientras el alzaba la mirada intentando encontrar el altavoz por el que salía la música.

—¡Claro bonita! —A pesar de que no era una de sus habilidades, comenzó a bailar con la niña como mejor supo—.

El volumen de la música fue bajando gradualmente, hasta que empezó a sonar de repente y a todo volumen Highway to Hell de AC/DC. Sorprendido, miró a la niña, pero en su lugar sólo vio un maniquí con su vestido.

—¡Coño! — Gritó Iván incorporándose sobre sí mismo sudoroso y con la respiración acelerada de aquel extraño sueño.

—¿Vas a querer café? —preguntó Fran desde la cocina— Todavía estás a tiempo, pero la tostada te la haces tú. ¡Y para ya el despertador!

—Buenos días, ponme una taza, gracias. ¿Sabemos ya algo del 'Encargado'? —Así es como habían decidido apodar al hombre del Club Cascada hasta que tuvieran más datos.

—Malas noticias —se lamentaba Fran—, el programa de reconocimiento facial no ha devuelto ninguna coincidencia.

—Habrá que volver a la casa a ver qué encontramos, huellas o algo.

Mientras Iván vigilaba los alrededores, Fran, que llevaba unos guantes de nitrilo negros, hacía malabares con las ganzúas con una aparente calma, pero apresurándose en abrir la cerradura. En poco menos de un minuto, la ganzúa entró completamente en el bombín y, al girar hacia la derecha, la cerradura se abrió.

—Bueno, ya estamos, vamos al grano —Fran no quería sorpresas, y aunque sabía la hora probable de regreso del 'Encargado' prefería acabar cuanto antes sin ser sorprendidos. Les llamó la atención aquella casa, pues todo estaba muy bien ordenado como si quien habitaba allí sólo estuviese de paso. Algún que otro plato sucio en la cocina, un par de toallas en el baño, y el armario del dormitorio tenía poca ropa y toda de apariencia formal o profesional.

—Fran, tengo huellas completas de la nevera, del pomo del dormitorio, del telefonillo y una parcial del tubo de pasta de dientes.

—Vale, en este cajón hay unas llaves de Opel, luego echamos un ojo por la zona a ver si vemos alguno.

Después de recoger algunas huellas y echar un ojo por la casa sin alterar nada, los dos compañeros salieron de aquella casa alejándose disimuladamente. Dieron una vuelta buscando vehículos, pero no vieron ningún Opel cerca de las casas.

—Vamos a mirar donde la tienda de electrónica.

—Buena esa.

Aunque no había demasiados coches aparcados, sí los suficientes como para que por estadística hubiese allí algún Opel.

Tras un pequeño vistazo, encontraron lo que buscaban.

—¡Iván, aquí está! ¡Apunta la placa!

—Opel Vectra blanco. Bravo, Delta, Bravo, Sierra, nueve, ocho, nueve. Ya la tengo.

—¿Tú ves otro Opel? Porque yo no.

—Que va, habrá que probar con ese, pero como tengamos la misma suerte que con la selfie del club vamos listos.

—¿Estás preparado? —Preguntó Iván.

Fran guardó el telémetro en la guantera y asintió con la cabeza, sin apartar la vista de la casa oscura.

—Sí, estoy. El tipo ha entrado y ha cerrado la puerta. Dirección anotada. Mañana pedimos a la ANB que nos confirme si es uno de los Sekaric o sólo un mandado.

Iván arrancó el Land Rover con las luces apagadas, y cuando estuvieron a una distancia prudencial de unos doscientos metros, las activó. El motor diésel ronroneaba bajo, casi inaudible entre el rumor de las olas. Recorrieron la avenida Obilaznica hacia el oeste, pasando por delante de una gasolinera EKO, que se iluminaba como un faro en la noche. Por las ventanillas bajadas entraba un olor peculiar, como a mezcla de sal y asfalto húmedo. Llegaron al Hotel Tatjana en menos de diez minutos. Era un edificio modesto de tres plantas con balcones que daban al río Grdevica. Subieron a la habitación del segundo piso sin hablar. Fran abrió el portátil sobre la mesa pequeña mientras Iván servía dos vasos de whisky del minibar. El hielo crujió al caer.

—Vamos a ver qué nos ha dado Igor —dijo Fran conectando el pendrive.

La pantalla se llenó de fotos borrosas: dos hombres de aspecto magrebí saliendo de un almacén, matrículas de camiones, coordenadas GPS de una cala al sur de Algeciras. Ningún nombre

completo, ninguna dirección, solo piezas sueltas. Iván salió al balcón. Desde allí se veía la piscina rectangular del hotel, vacía y con el agua quieta reflejando las estrellas. La luna ya empezaba a asomar. El reflejo le trajo un recuerdo fugaz que apartó enseguida. Pensó que, donde quisiera que estuviera todo lo que dejó atrás, estaría bajo la luz de esa misma luna. Iván volvió a entrar a la habitación para dejar atrás ese pensamiento y centrarse en la realidad del caso.

—Ben Farraj lava dinero del hachís marroquí —murmuró Iván llegando a una hipótesis—. Usa el arte como tapadera para justificar los movimientos. Financia en negro algún tipo de material de contrabando que va a Tetuán y de ahí nos entra a España por Algeciras con narcolanchas. Eso es lo que tenemos.

Fran apagó el portátil mientras daba un sorbo al whisky.

—No sabemos ni qué, ni cuándo, ni cómo. Pero sabemos el itinerario: Montenegro → Tetuán → Estrecho.

Iván asintió. No tenían nada más, el resto tendrían que descubrirlo ellos. El silencio de la habitación solo lo rompía el zumbido del aire acondicionado.

—Tenemos que ir a Tetuán —sentenció Iván—. Hay que enterarse de primera mano de lo que se cuece por allí.

—Duerme un poco, mañana va a ser largo —dijo Fran, sabiendo la gran distancia que tendrían que recorrer en el menor tiempo posible si no querían quedarse atrás en su búsqueda.

Iván se tumbó en la cama sin quitarse los zapatos. Cerró los ojos, pero el sueño tardó en llegar. La luna entraba por la rendija de la cortina, fría y blanca, iluminando el techo. La misma luna que brillaba en otro lugar lejano, en el que su ilusión se apagó sin remedio.

La vuelta al cole

Sofía se despertó con el pitido agudo de la alarma del móvil de mamá. El sonido le atravesó la cabeza de golpe, como si alguien hubiera encendido una luz demasiado fuerte dentro de su mente. Durante unos segundos no supo dónde estaba. El techo, la pared, la sombra de la persiana... todo le resultaba extraño, como si el sueño todavía no hubiera terminado del todo. Entonces lo recordó. Primer día de tercero de primaria. El estómago se le encogió de inmediato, dando una pequeña sacudida que le recordó a cuando se columpiaba demasiado alto y durante un instante el mundo parecía quedarse suspendido en el aire antes de caer. La habitación seguía a oscuras. Solo un hilo de luz gris se colaba por la rendija de la persiana, dibujando una línea fina sobre la pared. El aire estaba frío y olía ligeramente a cerrado, a ropa guardada demasiado tiempo en el armario, y aunque todo parecía exactamente igual que otros días, Sofía no podía evitar la incomodidad de habitar un lugar que aún no consideraba un hogar. Emilia gruñó desde la habitación de al lado, estirando el brazo sin abrir los ojos y apagando la alarma de un manotazo seco que hizo vibrar la mesita de noche.

—¡Sofía, levanta ya! ¡No me hagas repetirlo dos veces!

Sofía no contestó. Se incorporó de golpe, todavía con el cuerpo medio dormido, y dejó caer los pies descalzos sobre el suelo frío de baldosas. Un escalofrío le recorrió la espalda. La parte superior de su pijama de ositos se le había subido hasta la cintura; se lo bajó rápido, con movimientos torpes, y buscó con la mirada el uniforme que mamá había dejado preparado la noche anterior. La falda gris plisada estaba doblada con más cuidado del habitual, aunque aun así tenía algunas arrugas en los bordes y algunos pelos de Yako. Al ponérsela, notó cómo le picaba ligeramente en los muslos. La camisa blanca olía a tienda, a plástico y a algo nuevo que no terminaba de gustarle. Se abrochó los botones con dificultad, equivocándose en uno y teniendo que deshacerlo para volver a empezar. Los calcetines le apretaban justo por debajo de la rodilla, y

los zapatos negros —comprados en el chino del barrio— le quedaban un poco grandes. Al caminar, el pie le bailaba ligeramente dentro. 'Así te duran todo el curso', le había dicho mamá. Se miró en el pequeño espejo colgado en la puerta del armario. La imagen le devolvió a una niña que parecía más arreglada que otros días, pero también más pequeña. Se inclinó un poco hacia delante, como si así pudiera verse mejor, y se pasó los dedos por el pelo negro y rizado, intentando ordenarlo sin hacer ruido. Se quedó unos segundos más mirándose al espejo sin saber muy bien qué esperaba ver. Luego salió al pasillo. La casa estaba en silencio. Sólo se oía el leve zumbido de la nevera desde la cocina. Manuel ya estaba allí. Sentado a la mesa, con la espalda ligeramente encorvada, sostenía una taza de café negro entre las manos. Miraba el móvil sin levantar la vista, pasando el dedo por la pantalla con movimientos lentos y repetitivos. La luz azulada le iluminaba la cara desde abajo, marcándole sombras en los ojos y haciéndole parecer más serio de lo habitual. Sofía se quedó parada en la puerta. Durante un segundo dudó si entrar o volver a su cuarto. Tenía la sensación de que estaba interrumpiendo algo, aunque en realidad no estuviera pasando nada.

—Buenos días —dijo al fin, en voz baja.

Manuel soltó un gruñido que sonó como 'mañana'. Ni siquiera la miró, aunque por un segundo su cara mostró esa culpa cansada que Sofía ya conocía de otras mañanas. Sofía avanzó despacio hasta la nevera. Al abrirla, la luz blanca le dio en la cara y tuvo que entrecerrar los ojos. Sacó la leche con cuidado y se sirvió un vaso, procurando no derramar nada. Encima de la mesa había un paquete de galletas abierto. Cogió una, pero estaba blanda. La sostuvo unos segundos entre los dedos antes de morderla. La textura era rara, como si llevara demasiado tiempo fuera. Aun así, la masticó despacio, procurando no hacer ruido. El silencio de la cocina sólo se rompía por el leve tintinear de la cucharilla de Manuel contra la taza y el zumbido constante del frigorífico. Miró a Manuel de reojo. Quería decirle algo. Que hoy era su primer día, que estaba nerviosa, que no sabía si le iba a ir bien. Pero Manuel seguía mirando el móvil, así que no dijo nada. Emilia apareció arrastrando los pies. Tenía el

pelo revuelto, los ojos hinchados y la cara apagada. Llevaba la misma camiseta con la que se había acostado la noche anterior. Olía a una desagradable mezcla de vino tinto y tabaco, una mezcla que Sofía ya reconocía sin necesidad de pensar. Se acercó a la encimera, cogió una taza sucia con restos secos en el borde y se sirvió café sin molestarse en enjuagarla. La mano le temblaba ligeramente al coger la cucharilla, como si el peso de la noche anterior todavía no la hubiera abandonado del todo.

—Vamos, date prisa o llegarás tarde —dijo sin mirar a Sofía—. Manuel, llévala tú al cole. Tengo que llamar a una clienta antes de las nueve.

Manuel levantó la vista por primera vez, con la cara seria y los labios apretados, aunque en el fondo de sus ojos se notaba esa culpa que siempre intentaba esconder detrás del cansancio.

—Joder, Emilia, siempre me dejas lo de la niña. Tengo reuniones todo el día.

Emilia se encogió de hombros con desgana, como si aquello no fuera importante, y dio un sorbo largo al café. Una gota se le escapó por la comisura de la boca y se limpió con la manga sin darle importancia. Lo que Manuel ocultaba, era que esas reuniones a las que se refería ya habían tenido lugar. Su último viaje a Murcia había resultado muy productivo. No sólo consiguió liquidar una cuantiosa deuda de apuestas, sino que lo celebró ostentosamente en un club de carretera compartiendo unos gramos y algo más con una tal Kimberly y una tal Yaiselis. Desde entonces, decidió recuperar viejas costumbres, por lo que aprovechaba el sueño de Emilia para acompañar sus madrugadas con alguna que otra raya.

—Solo es el primer día. Yo la recojo en coche después.

Emilia respondió casi de forma automática, sin mirarla realmente, como si estuviera pensando en otra cosa. Sofía bajó la mirada, sintiendo cómo el nudo en el estómago se hacía más fuerte. Quería que mamá la llevara. Quería que la mirara de verdad, que le dijera algo, lo que fuera. Pero mamá ya no la estaba mirando.

Manuel dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco, se levantó y cogió las llaves con hartazgo.

—Venga, vámonos.

Sofía se colgó la mochila y fue detrás de él. El coche de Manuel era un Ford Mondeo antiguo, azul oscuro, con la pintura apagada y pequeños golpes en las puertas que nadie se había molestado en arreglar. Al abrir la puerta, a Sofía le llegó el olor a tabaco frío mezclado con colonia fuerte y un ambientador barato que no conseguía taparlo del todo. El asiento trasero estaba algo hundido y el cinturón le rozaba el cuello; tuvo que recolocárselo con cuidado antes de que Manuel arrancara sin decir nada. Las calles del barrio estaban todavía medio dormidas. Algunas persianas seguían bajadas, con grafitis que Sofía se esforzaba en descifrar, a veces sin éxito. Un perro olisqueaba una bolsa de basura junto a una farola y, más adelante, un hombre barría la acera levantando pequeñas nubes de polvo que flotaban unos segundos antes de desaparecer. Sofía apoyó la frente en la ventanilla. El cristal estaba frío. Miraba pasar las cosas sin fijarse en ninguna: un bar con las luces encendidas, dos hombres apoyados en la barra, una mujer tirando del brazo de un niño que caminaba arrastrando los pies. Pensó, sin saber muy bien por qué, que a ese niño al menos lo llevaban de la mano. El trayecto era corto, pero se le hizo largo. Nadie habló. Solo se oía el motor, el leve traqueteo del coche al pasar por los baches y el sonido intermitente del intermitente cuando Manuel giraba sin prisa. Al llegar, Manuel no hizo ni el intento de buscar aparcamiento. Detuvo el coche en doble fila, apagó el motor y salió del coche con un movimiento seco. Cerró de un portazo y empezó a caminar hacia la entrada del colegio sin mirar a Sofía. Ella bajó por su lado y se ajustó la mochila antes de esperar a que Manuel rodeara el capó. Tuvo que acelerar un poco para ponerse a su lado. Había más gente de lo habitual. Padres y madres hablando entre ellos, niños con uniformes nuevos, mochilas recién estrenadas, risas que se mezclaban con instrucciones dichas en voz alta. Algunos adultos se agachaban para hablar con sus hijos, otros les colocaban la ropa o le peinaban a última hora. Sofía miró de reojo: una madre le daba un

beso en la frente a su hija; otra le limpiaba algo de la cara con el pulgar; un padre sostenía la mano de su hijo mientras le decía algo en voz baja. Manuel no hizo nada de eso. Caminó junto a ella hasta la puerta, esquivando a la gente sin demasiado cuidado, y se detuvo justo antes de entrar.

—Venga —dijo—. Tira.

Sofía asintió, pero no se movió inmediatamente. Esperó un segundo, como si faltara algo. Manuel ya se estaba girando. Aun así, no se fue del todo de inmediato; se quedó unos instantes mirando hacia la entrada, lo justo para asegurarse de que Sofía cruzaba la puerta. Luego se dio la vuelta y desapareció entre la gente. El patio estaba lleno de ruido. Niños corriendo, gritos, mochilas golpeando las espaldas, pelotas que rodaban sin control. El sonido era continuo, como un zumbido que no dejaba espacio para pensar. Sofía entró al colegio sin mirar atrás, aunque por dentro no podía evitar sentir la incertidumbre de quien llega a un sitio nuevo y desconocido. Avanzó despacio, sintiendo que todo el mundo parecía saber adónde iba menos ella. Buscó con la mirada la puerta de su aula, y junto a ella estaba la que parecía ser la maestra hablando con varios alumnos.

—Hola, tu debes ser Sofía. Bienvenida a clase.

La maestra se agachó ligeramente y le dio un abrazo rápido, cálido pero breve. Sofía sonrió, aunque en cuanto la maestra se separó, volvió esa sensación que no sabía nombrar, ese pequeño vacío que no se iba del todo. Entró en clase y se sentó en su sitio. Las mesas estaban perfectamente ordenadas, aunque algunas tenían etiquetas con los nombres de los alumnos del curso anterior. Algunos niños comparaban estuches, otros enseñaban cuadernos nuevos. Sofía abrió el suyo: todo estaba impecable, los lápices sin usar, la goma limpia. Pasó el dedo por el pupitre. Estaba frío. La maestra repartió el libro nuevo de Conocimiento del Medio; las páginas crujían al abrirse. La clase empezó con la lectura del nuevo tema. Sofía sintió cómo el estómago volvía a apretarse. Uno a uno, los niños fueron leyendo. Algunos lo hacían rápido, otros se equivocaban, otros se reían sin que nadie les dijera nada. Cuando

llegó su turno, Sofía miró las palabras y durante un segundo no vio nada claro. Luego, a pesar de la vergüenza, empezó.

—‘Durante el día, las plantas realizan la foto...fotosíntesis.’

Se equivocó en la última palabra debido a los nervios. Alguien se rio. No fue una carcajada, solo un sonido breve, pero ella sintió que la cara le ardía. Bajó su cabeza tan rápido, que el pelo le tapó los ojos. Por un segundo deseó que el pupitre se la tragara.

—Muy bien, Sofía —dijo la maestra con suavidad—. Sigue.

Pero Sofía ya no quería seguir. Terminó como pudo, sin levantar la cabeza. En el recreo, el ruido era aún mayor. Sofía caminó hasta un banco y se sentó sin saber muy bien qué hacer. Miraba a los demás correr, jugar, gritar, como si aquello fuera algo natural, pero ella no tenía esa facilidad para socializar.

—Eres nueva ¿Verdad? —preguntó una niña que se había acercado sin que Sofía se diera cuenta.

—Sí, me llamo Sofía -contestó con algo de timidez-.

—Yo me llamo Laura. ¿De dónde eres? —quiso indagar la niña.

—Soy de aquí, pero hemos estado fuera un tiempo —Explicaba Sofía, sin recordar siquiera cuando o por qué se fueron.

—Te he visto llegar esta mañana, el coche de tu padre es un poco viejo ¿No? —preguntó Laura.

—No es mi padre, es el novio de mi madre —Explicó Sofía—.

—¿Y dónde está tu padre?

Sofía se quedó callada. Pensó en mamá, en las preguntas que nunca tenían respuesta.

—No sé —dijo al final.

Laura se encogió de hombros y se fue corriendo con sus amigas. Sofía se quedó mirando cómo se alejaba corriendo. Se tocó el pecho sin darse cuenta, como si allí dentro hubiera un hueco que nadie más veía. Se preguntó si todas las niñas sabían algo que ella no sabía. Se preguntó también qué habría sido de su papá, y si se

acordaría alguna vez de ella, aunque fuera un segundo. Aunque intentaba centrarse en lo que tenía delante, había momentos en los que todo volvía sin avisar. Luego se sentó en el banco y no jugó con nadie más. Cuando sonó el timbre, se levantó la última. La vuelta a clase después del recreo fue más silenciosa. El ruido del patio quedó atrás como si alguien hubiera cerrado una puerta, y en el aula solo se escuchaban las sillas arrastrándose y el roce de los lápices sobre el papel. A Sofía le costó concentrarse. Copiaba lo que la maestra escribía en la pizarra, pero lo hacía casi sin pensar, con la mirada yendo y viniendo entre el cuaderno y la puerta, como si esperara que en algún momento ocurriera algo que rompiera aquella sensación de incomodidad que no terminaba de desaparecer. No ocurrió nada. La mañana avanzó despacio, más de lo que recordaba otros días, y cuando por fin llegó la hora del comedor, el cambio de ruido —los platos, las voces, las órdenes de los monitores— no consiguió sacarla de esa especie de distancia en la que llevaba instalada desde que había entrado en el colegio. Se sentó donde le indicaron, con un plato de macarrones delante que empezó a comer sin prisa. A su alrededor, otros niños hablaban de sus padres, de lo que harían por la tarde, de planes que para ellos eran normales y que a Sofía le sonaban lejanos, como si pertenecieran a otro sitio. Una monitora se acercó y le preguntó si estaba bien; Sofía respondió que sí sin levantar la vista, no porque quisiera mentir, sino porque no sabía explicar lo contrario. Terminó de comer despacio, más por inercia que por hambre, y cuando los demás salieron a jugar, ella volvió al mismo banco del recreo. El sol ya caía más recto, calentando el suelo, pero no lo suficiente como para hacerle sentir cómoda. Apoyó la mochila entre las rodillas y se quedó mirando cómo los demás corrían. A veces alguien gritaba, a veces reían, pero nada de eso parecía tener que ver con ella. La espera fue aún más lenta. Cuando acabó el comedor los niños empezaron a salir en grupos, encontrándose con sus padres en la puerta, repitiendo gestos que Sofía había observado por la mañana. Ella se quedó sentada un rato más, sin prisa, esperando a Emilia mientras el patio se fue vaciando poco a poco. Las voces desaparecieron, los pasos dejaron de resonar y al final solo quedaron unos pocos niños junto a

la verja y una monitora vigilando. Cuando por fin vio a Emilia cruzar la puerta, la reconoció antes por la forma de caminar que por la cara. Llevaba gafas de sol pese a que el cielo estaba comenzando a nublarse y avanzaba despacio, como si le pesara el cuerpo. Se acercó a ella con una media sonrisa que no terminaba de sostenerse.

—Perdona, Sofi. Se me hizo tarde con una cosa.

Sofía asintió sin preguntar. Salieron juntas del colegio y caminaron hasta el coche. El interior olía igual que por la mañana, pero con un matiz más fuerte, más reciente. Emilia condujo en silencio, con una mano apoyada en el volante y la otra descansando sobre la palanca de cambios. Sofía miraba hacia delante, sin apoyarse ya en la ventanilla, como si el día hubiera pasado demasiado rápido y demasiado lento al mismo tiempo. En casa, Manuel seguía en el sofá, con la televisión encendida. Una película de coches llenaba la pantalla con ruido y velocidad, pero él apenas parecía prestarle atención. No saludó. Sofía dejó la mochila en el suelo y se quedó un segundo de pie, sin saber si debía decir algo.

—Mamá, tengo que hacer deberes.

—Hazlos en tu habitación —respondió Emilia mientras dejaba el bolso y abría una botella de vino—. Manuel y yo tenemos que hablar.

Sofía no insistió. Cogió la mochila y se fue a su cuarto, cerrando la puerta con cuidado, como si ese gesto pudiera separar un poco lo que pasaba fuera de lo que pasaba dentro. Se sentó en su escritorio con el cuaderno de matemáticas y empezó a escribir. Los números le salían torcidos, desiguales, como si no terminaran de encontrar su sitio en las líneas. Desde el salón llegaban las voces: primero bajas, luego una risa de Emilia, después silencio, y más tarde el murmullo de una conversación telefónica que Sofía sabía que no era con Manuel. Un olor dulce e intenso que no reconocía como el habitual a tabaco comenzó a filtrarse por el pasillo. Sofía dejó el lápiz sobre el cuaderno y se tumbó en la cama boca arriba. Yako, que la observaba desde hace un rato, aprovechó la ocasión para saltar a la cama y acurrucarse junto a ella. Cuando Emilia entró más tarde, no llamó a

la puerta. Se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido en la frente. Tenía los ojos brillantes, algo enrojecidos y la voz ligeramente arrastrada.

—Pronto estará lista la cena, echa una mano a poner la mesa.

Sofía asintió y en cuanto terminó de ponerse el pijama, fue a la cocina para cumplir con lo que le habían mandado. Durante la cena, Emilia y Manuel hablaban de cosas que a ella no le despertaban especial interés, por lo que mantenía la mente ocupada en repasar mentalmente su día y en el deseo de hacerse amiga de Laura para dejar pronto de sentirse tan desubicada en el colegio.

—¿Qué tal tu primer día? —preguntó Emilia por sorpresa, devolviéndole al presente.

—Bien —contestó sin mucho énfasis.

—¿Has hecho amigos? —añadió Manuel.

—Aún no, pero puede que pronto —señaló Sofía recordando a Laura—. Una niña se ha acercado a hablarme en el recreo.

—Qué bien, a ver si congeniáis —contestó Emilia sin mucho más interés, dando por finalizada la conversación, como si de un trámite se tratase.

Sofía se terminó el postre, y después de lavarse los dientes, se despidió de ellos dándoles las buenas noches.

—Buenas noches, mi vida. Mañana te llevo yo al cole, ¿vale?

Sofía asintió. No dijo nada. No hacía falta. Ambas sabían que no ocurriría. Se dirigió a su habitación mientras Yako, que estaba tumbado en una esquina, la siguió. La puerta se cerró y el silencio volvió poco a poco, quedándose solo el murmullo lejano de la televisión. Sofía permaneció unos segundos mirando el techo antes de girarse hacia la pared. Pensó en la lectura, en Laura, en cómo debería haber sido aquel día, pero la idea se deshizo sola antes de poder tomar forma. No era la primera vez. Cerró los ojos con fuerza. No lloró. Se dijo a sí misma que las niñas mayores no lloran, aunque el nudo en el estómago siguiera ahí, igual que por la mañana. La luz

de la luna entraba por la ventana iluminando la habitación. Sofía miró esa luz durante unos segundos, sin saber muy bien por qué. Cerró los ojos con fuerza. No lloró, solo susurró para sí misma, tan bajito que casi no se oyó:

—Las niñas grandes no lloran el primer día de cole.

Y así, sin decir nada y abrazando a Yako, se quedó dormida con esa frase dando vueltas dentro de su cabeza, como una canción que no termina nunca.

Tetuán

El avión aterrizó en el aeropuerto de Tánger poco después del mediodía. Desde la ventanilla, Iván había visto aparecer primero el azul del Estrecho y luego la franja irregular de la costa marroquí, con sus colinas secas y los bloques de edificios que se acumulaban cerca del puerto. Siempre que cruzaba aquel trozo de mar tenía la misma sensación: que la distancia entre dos mundos era absurdamente pequeña. Cuando salieron a la pista, el calor le golpeó de inmediato en la cara. Era un calor distinto al de su ciudad natal, más áspero, cargado de polvo y de ese olor a gasóleo que parecía quedarse pegado a la ropa. Fran caminaba a su lado arrastrando una pequeña maleta negra.

—Nunca me acostumbro a este aeropuerto —dijo mirando alrededor—. Parece que siempre esté a medio terminar.

Iván no respondió. Había estado revisando mentalmente los últimos informes durante todo el vuelo y aún no terminaba de encajar todas las piezas. Sabían que Ben Farraj estaba moviendo dinero a través de operaciones de compraventa de arte. Sabían también que algunos de esos movimientos coincidían con contactos en los Balcanes. Pero todavía faltaba algo que conectara todo aquello con España. Salieron del edificio y cruzaron la zona de taxis. Un hombre con camisa clara y gafas de sol levantó la mano cuando los vio.

—¿Señor Castro? —dijo el chófer—.

—Sí—. Contestó con firmeza Iván a la vez que asentía.

—El coche está por aquí —señaló el conductor, a la vez que tomaba la delantera—.

Caminaron unos metros hasta un todoterreno oscuro aparcado junto a la acera. El conductor abrió el maletero y guardó la maleta de Fran sin decir mucho más. Cuando todos estuvieron dentro, el vehículo se incorporó al tráfico con un movimiento lento. Durante los

primeros minutos apenas hablaron. Tánger se extendía a ambos lados de la carretera con una mezcla extraña de edificios modernos y construcciones más antiguas, de fachadas desgastadas por el sol. En las aceras había vendedores ambulantes, motocicletas que se colaban entre los coches y grupos de hombres sentados en terrazas a la sombra. A Iván le resultaba difícil relajarse en aquel lugar; no era solo el entorno, sino esa sensación constante de estar siendo observado.

—¿Directos a Tetuán? —preguntó el conductor.

—Sí —respondió Fran—. Cuanto antes.

El conductor asintió sin apartar la vista de la carretera. La ciudad fue quedando atrás poco a poco. A medida que avanzaban hacia el este, el paisaje se volvía más abierto. Las colinas del Rif aparecían cubiertas de vegetación irregular, con pequeños pueblos blancos que parecían colgados de las laderas. Iván apoyó el brazo en la ventanilla y miró el horizonte.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Fran.

—En que todo esto tiene demasiadas capas.

—Eso no es ninguna novedad.

—No —admitió Iván—. Pero normalmente las capas encajan antes.

Fran se acomodó en el asiento.

—Repasemos otra vez. Ben Farraj mueve dinero a través de galerías de arte. Parte de ese dinero termina en Montenegro.

—En manos del clan Sekarić —añadió Iván.

—Exacto. Y ahora estamos aquí porque alguien ha visto a gente de ese entorno moviéndose cerca de Tetuán.

Iván asintió lentamente.

—Y porque alguien ha pagado demasiado por un cuadro que no valía ni una cuarta parte.

Fran sonrió brevemente.

—Es lo que tiene el arte contemporáneo.

—No cuando el comprador tiene vínculos con el contrabando —sentenció Iván.

El coche tomó una curva amplia y la carretera empezó a ascender entre colinas. A lo lejos se veían campos irregulares, algunos olivares y casas aisladas con tejados planos.

—¿Crees que aún estamos a tiempo enterarnos de la película? —preguntó Fran.

Iván tardó un momento en responder.

—No lo sé.

—Puede que ya esté todo el pescado vendido —comentó Fran con la evidente preocupación de alguien que no controla todas las variables.

—Esperemos que no, por el bien de todos —respondió Iván en un intento de quitarle hierro al asunto, pero consciente de que, si la cosa salía mal, no importan sus resultados anteriores, acabarían relegados a labores de oficina.

El conductor encendió la radio a bajo volumen. Una emisora local emitía música árabe mezclada con anuncios en dariya, un dialecto del árabe que Iván no entendía bien del todo. Después de unos kilómetros más, apareció el cartel que indicaba la dirección hacia Tetuán. La ciudad se adivinaba al fondo del valle, extendida como una mancha blanca bajo el sol de la tarde.

—Ahí la tienes —señaló Fran con la mirada.

Iván observó el perfil de los edificios.

—Demasiado cerca del Estrecho —apuntó Iván.

—Eso siempre ha sido una ventaja para algunos.

—Y una jodienda para nosotros —lamentó Iván con cierta resignación.

El coche se internó en las primeras calles de la ciudad. El tráfico era más caótico que en Tánger: taxis antiguos, furgonetas cargadas

hasta arriba y peatones que cruzaban sin mirar demasiado.

—El contacto nos espera en la medina —dijo Fran.

—¿En serio? —preguntó Iván levantando una ceja.

—Es donde se siente cómodo.

—Perfecto. Nada como un laberinto para una reunión discreta —dijo Iván con cierta ironía.

El conductor se detuvo cerca de una plaza llena de puestos de fruta y vendedores de especias. El aire estaba cargado de olores: comino, pan recién hecho, pescado.

—A partir de aquí iremos a pata —dijo Frán, cerrando la puerta del coche y mirando a su alrededor.

Caminaron hacia una de las calles estrechas que se abrían entre las casas blancas de la medina. El ruido del tráfico quedó atrás poco a poco, sustituido por el murmullo constante de voces, pasos y puertas que se abrían y cerraban.

—Nuestro hombre se llama Yusef —dijo Fran en voz baja—. Lleva años pasando información cuando le conviene.

—¿Y hoy le conviene? —desconfió Iván, con cara de escepticismo.

—Eso espero.

Avanzaron entre puestos de telas y pequeñas tiendas donde colgaban lámparas de metal brillante. El suelo estaba irregular y en algunos tramos apenas cabían dos personas caminando una al lado de la otra. Al final de una calle especialmente estrecha, Fran se detuvo frente a una puerta de madera oscura. Golpeó dos veces. Desde dentro se escucharon pasos. La puerta se abrió apenas lo suficiente para que apareciera un hombre delgado, con barba corta y una mirada inquieta.

—Llegáis tarde —dijo en voz baja.

—Llegamos cuando podemos —dijo Iván mirándolo con calma—.

—Entrad —Yusef abrió la puerta un poco más, dejándolos pasar y mirando que no hubiese nadie más en la calle—.

La casa era fresca y oscura después del calor de la calle. En el centro del patio interior había una mesa baja con tres vasos de té. Yusef cerró la puerta detrás de ellos con un golpe suave.

—Bien —dijo con una sonrisa cansada que no llegaba a los ojos—. Supongo que no habéis venido hasta aquí sólo para tomar té.

—Queremos hablar de barcos —dijo Fran sentándose frente a él y apoyando los codos en la mesa con gesto serio.

Yusef hizo un amago de soltar una leve sonrisa, como si la frase le hubiera hecho gracia.

—Aquí siempre se habla de barcos.

Iván lo miró fijamente, con la mandíbula tensa.

—Esta vez no hablamos de fardos.

Yusef dejó el vasito en la bandeja con un pequeño golpe seco, respirando hondo.

—No —suspiró —no lo son.

Iván sostuvo la mirada unos segundos más, sintiendo la tensión en el pecho.

—Entonces dinos qué cojones están moviendo.

Yusef apartó la vista lentamente, cogió el vaso de té y lo llevó a los labios con calma, como si necesitara ganar tiempo.

—Siempre tenéis prisa —dijo finalmente, con un tono resignado.

—Y tú siempre das muchos rodeos antes de decir nada —Fran se inclinó ligeramente hacia delante, con los ojos entrecerrados empezando a impacientarse.

—Eso es porque a diferencia de vosotros, yo vivo aquí —comentó Yusef con cierta seriedad —no sois vosotros los que os jugáis el tipo.

El patio interior estaba en silencio. Desde algún lugar de la casa llegaba el sonido apagado de una radio antigua y, de vez en cuando, el eco lejano de voces que subían desde la calle. Iván no apartó los ojos de él.

—¿Qué están moviendo? —volvió a preguntar.

Yusef jugueteó con la cucharilla dentro del vaso.

—Hace un mes empezaron a llegar hombres nuevos. No son de aquí, ni tampoco del norte.

—¿Gente de Europa del Este? —preguntó Fran.

—Puede —dejó caer Yusef mientras levantaba una ceja—.

—Eso no es una respuesta —dijo Fran.

—Es todo lo que puedo decir.

Iván dejó el vaso de té sobre la mesa sin apenas haber bebido.

—¿Dónde están ahora?

—No en la ciudad —respondió Yusef—. Aquí sería demasiado evidente.

—Entonces, ¿dónde? —cuestionó Fran levantando un poco la voz, cada vez más impaciente.

—En la costa —Yusef miró un instante hacia la puerta cerrada, como si estuviera calculando cuánto debía decir—.

—¿Qué costa? —preguntó Iván.

—Entre Martil y Oued Laou. Hay muchas calas pequeñas por esa zona. Lugares donde nadie hace preguntas.

—¿Y qué descargan allí? —Fran exhaló, reclinándose hacia atrás y cruzando los brazos.

—Cajas de madera alargadas.

—¿Cajas? —cuestionó Fran sorprendido, notando cómo algo se tensaba dentro de su cabeza

Yusef asintió despacio, reafirmandose en su respuesta sin añadir palabra.

—Perfecto, cajas —Fran soltó el aire por la nariz— ¿Cajas de qué?

El silencio volvió a instalarse durante unos segundos. Iván pensó en el mapa del Estrecho, en la distancia mínima entre la costa marroquí y la española, en las rutas de las narcolanchas que había estudiado tantas veces.

—¿Y quién paga por esas cajas? —preguntó.

—Eso ya lo sabéis vosotros mejor que yo —respondió Yusef encogiéndose ligeramente de hombros—. Un saudí que vive entre Europa y aquí, con mucho dinero y muchos amigos.

—Ben Farraj —murmuró Fran mirando a Iván, que le devolvió con la mirada la confirmación de que estaban pensando en la misma persona.

Yusef no dijo nada, pero la forma en que sostuvo la mirada lo confirmó.

—¿Cuántas cajas? —preguntó Iván dando con la mano un golpe seco sobre la mesa.

—No las he contado —respondió Yusef haciendo un gesto vago —pero más de las que se necesitan para asustar a alguien.

—Genial —Fran dejó escapar un suspiro corto que demostraba el sarcasmo con el que intentaba desviar su incertidumbre.

Iván permaneció en silencio un momento, analizando toda esa información.

—¿Cuándo salen? —añadió finalmente.

—Pronto —reiteró Yusef—.

—¿Cuándo es pronto? —interrumpió Fran con evidente hartazgo.

—Cuando el mar esté tranquilo —respondió Yusef inclinando la cabeza.

Iván sabía exactamente lo que significaba aquello. Las narcolanchas siempre elegían noches concretas: poco viento, buena visibilidad, rutas conocidas.

—¿Y a dónde van? —preguntó Iván, consciente de que la reunión se estaba alargando demasiado y Yusef no hacía más que marear la perdiz.

—Eso sí que no lo sé, pero sí sé una cosa —respondió Yusef susurrando e inclinándose un poco hacia delante—. Esto no es negocio, los que vienen no se comportan como traficantes —respondió tras una breve pausa—. No están aquí por dinero.

El aire del patio pareció volverse más denso. Iván notó cómo todas las piezas que llevaba días intentando encajar empezaban a colocarse en su sitio de una forma que no le gustaba nada. Todo cuadraba demasiado bien, y eso era precisamente lo que más le inquietaba

—¿Yihadismo? —preguntó Fran.

Yusef se limitó a mirarlo sin responder, mientras que Iván se recostó ligeramente en la silla.

—¿Podrías describirlos? —se interesó Iván.

—Jóvenes —dijo Yusef—. Demasiado tranquilos para estar en un negocio de este tipo. Como si no tuvieran miedo.

Iván intercambió una mirada con Fran. El patio quedó otra vez en silencio. Iván observó el vaso de té que tenía delante. El líquido había dejado de humear hacía rato.

—¿Quién los coordina?

—Un hombre que no habla mucho —respondió Yusef—. No sé su nombre.

Yusef frunció ligeramente el ceño mientras intentaba recordarlo.

—Es un paisano, alto, delgado, de piel morena, con barba corta y bien cuidada —dijo Yusef—.

—¿Puedes llevarnos hasta esa zona? —pidió Iván levantándose despacio de la silla, por si caía esa breva.

—Ni hablar —Yusef negó con la cabeza rotundamente de inmediato—. Ni siquiera acercarme.

—Algo podrás hacer para echarnos un cable hombre —añadió Fran poniéndose también en pie.

Yusef dudó unos segundos. Luego se levantó y caminó hasta una pequeña mesa junto a la pared. Abrió un cajón y sacó un papel doblado. Lo extendió sobre la mesa. Era un mapa sencillo de la costa en el que les señaló un punto entre dos curvas del litoral.

—Con esto nos basta —dijo Iván mientras doblaba el mapa y lo guardaba en el bolsillo de su chaqueta.

Ya estaba pensando en lo siguiente. El mapa, las cajas alargadas, la costa abierta hacia el Estrecho. La distancia hasta España era ridícula. Se terminaron el té, y unos minutos después tras despedirse, salieron de la casa. De nuevo en la calle, el ruido de la medina volvió a envolverlos de inmediato: vendedores gritando precios, motos pasando demasiado cerca, el murmullo constante de gente moviéndose por las calles estrechas. Fran caminaba a su lado en silencio. Cuando doblaron una esquina y quedaron momentáneamente solos, aprovechó para comentar su parecer.

—No me gusta una mierda todo esto tío, ¿Qué crees que llevan en esas cajas?

—Armas —contestó Iván tras unos segundos de reflexión—.

—Eso ya lo imaginaba —dijo Fran asintiendo—. La pregunta es otra.

—¿Cuál? —Iván lo miró.

—Para qué son esas armas —apuntó Fran deteniéndose un instante antes de responder.

Al fondo de la calle aparecía ya la plaza donde habían dejado el coche mientras el murmullo de la medina se abría delante de ellos

como un río de gente y voces. En el puesto de especias de la esquina, un hombre removía con una pala montones de cúrcuma y pimentón que parecían pequeñas dunas de colores. Más allá, un niño empujaba un carro cargado de cajas de plástico mientras gritaba. Desde el coche, el conductor levantó la cabeza cuando los vio acercarse a través del parabrisas.

—¿Todo bien?

—Llévanos hacia la costa —pidió Iván a la vez que abría la puerta trasera.

El hombre no hizo más preguntas. Arrancó el motor y se incorporó al tráfico con la misma calma con la que había conducido previamente. Durante unos minutos nadie habló. La ciudad volvió a quedarse atrás poco a poco. Las calles se hicieron más anchas y luego desaparecieron casi de golpe, sustituidas por una carretera estrecha que serpenteaba entre campos y pequeñas casas de cemento. Iván sacó el mapa doblado de su bolsillo y lo extendió sobre sus rodillas.

—Martil... —murmuró Iván mirando el mapa—. Y luego la carretera hacia Oued Laou.

—La costa ahí está llena de entradas pequeñas perfectas para descargar sin llamar la atención —puntualizó Fran—.

El coche tomó un desvío y empezó a descender hacia una zona donde el paisaje cambiaba. El verde irregular de las colinas daba paso a algunos caminos de tierra que se abrían hacia el mar. Al cabo de unos minutos apareció el Mediterráneo. Una franja azul brillante entre las rocas. Fran bajó un poco la ventanilla. El aire que entró olía a sal y a gasóleo. En días claros como aquel, desde algunos puntos de la costa española se podía distinguir perfectamente esa misma línea de montañas.

—Aquí hay muchas calas —dijo el conductor reduciendo la velocidad y señalando la costa—. Pescadores... y otras cosas.

—Sí, otras cosas—. Fran sonrió.

Iván observaba cada curva del litoral. Algunas playas eran apenas una lengua de arena entre rocas. Otras desaparecían directamente bajo acantilados bajos donde el mar golpeaba con fuerza.

—Para una lancha rápida cualquiera de estas entradas sirve, especialmente de noche —comentó Iván en voz baja para que sólo escuchara Fran.

El coche siguió avanzando hasta que se detuvieron en un pequeño mirador improvisado junto a la carretera.

—Más adelante la carretera es peor —explicó el conductor—. Pero podéis ver bien desde aquí.

Iván salió del coche. El viento que venía del mar era más fuerte en aquella altura. Movía la hierba seca que crecía entre las piedras y levantaba pequeñas ráfagas de polvo. Fran se colocó a su lado. Desde allí se veía una parte amplia de la costa. Una sucesión de pequeñas bahías y promontorios rocosos que se adentraban en el agua.

—Demasiados sitios —dijo Fran.

—Sí —reconoció Iván con preocupación, llevándose la mano a la barbilla mientras observaba el horizonte—. Pero sólo necesitan uno. ¿Crees que ya han pasado?

—Lo dudo mucho —aseguró Fran señalando al mar—. Mira el viento.

Iván miró las olas. No eran grandes, pero el viento de levante hacía que el agua se moviese lo suficiente como para hacer incómoda la navegación de una lancha cargada.

—Cierto —dedujo Iván—. Esperarán una noche más tranquila, o eso haría yo.

El sonido de un motor llegó desde la carretera. Una furgoneta vieja pasó despacio detrás de ellos y siguió su camino sin detenerse. Fran miró el mapa señalando un punto.

—Si descargan aquí, en menos de media hora pueden estar en la carretera principal —dijo—. Y de ahí al norte.

Iván no respondió, pero esas palabras quedaron suspendidas entre los dos.

—¿Queréis bajar a la playa? —Preguntó el conductor apoyándose en el coche.

—No todavía —respondió Iván negando con la cabeza.

—Si están moviendo armas desde aquí hacia España, el siguiente paso está clarísimo. Algeciras —explicó Fran mientras doblaba el mapa—.

Iván volvió a mirar el mar. Por un momento pensó en la otra orilla. En las luces de los puertos, en las narcolanchas que cruzaban cada noche como sombras sobre el agua, en cuántas patrulleras tendrá operativas el Servicio Marítimo de la Guardia Civil.

—¿Y después qué? —preguntó Iván frunciendo ligeramente el ceño—.

—Habrá que intentar frenar la distribución —respondió Fran, consciente de la dificultad que entrañaba llevar a cabo lo que acababa de decir—. Volvemos a Tetuán.

—¿Vamos a ir a por ellos? —preguntó Iván con cierta sorpresa.

—No, vamos a vigilar a Yusef —contestó Fran con determinación.

—¿Por qué? —Iván no entendía por qué debían volver sobre sus pasos en lugar de avanzar.

—Porque creo que ese cabrón juega a dos bandas, o que nos dice lo justo —añadió Fran, con la frustración de quien ve que una fuente deja de ser fiable—. Si esas cajas cruzan el Estrecho... Estamos todos jodidos.

Iván no respondió, pero mientras el coche arrancaba de nuevo y se alejaban de la costa, una idea empezaba a tomar forma con demasiada claridad en su cabeza. Si Ben Farraj estaba detrás de

todo aquello, no se trataba sólo de dinero. Y si no era dinero, entonces el problema era mucho mayor de lo que habían pensado. El coche volvió a incorporarse a la carretera con un leve chirrido de grava bajo las ruedas. Durante los primeros minutos ninguno de los dos habló. El paisaje que se abría delante de ellos era una sucesión de colinas bajas, campos irregulares y pequeños pueblos dispersos que parecían mantenerse al margen del tiempo. Fran había vuelto a sacar el mapa entre sus manos.

—Hay algo que no me cuadra —dijo Fran finalmente.

—Ojalá fuese sólo una cosa —respondió Iván en tono burlón.

—¡No te pongas gracioso! —dijo Fran volviendo la cabeza y golpeando con el dedo sobre el mapa—. Si esto fuera sólo tráfico de armas, el circuito sería más sencillo. Montenegro, algún puerto del Adriático, contenedor, barco y para España.

—Pero no lo están haciendo así —interrumpió Iván—. Están usando rutas de narcotráfico.

—Que son las únicas que funcionan de verdad —Fran dejó escapar una pequeña risa sin humor—.

El coche tomó una curva larga y durante unos segundos el mar volvió a aparecer a la derecha, brillante bajo el sol. Iván lo miró de reojo.

—Las narcolanchas cruzan el Estrecho todas las noches —añadió Iván—. Y la mayoría llevan hachís.

—Si alguien quiere mover armas sin levantar sospechas, ese es el camino—. Explicó Fran mientras sacaba el brazo por la ventanilla y doblaba el mapa con cuidado.

—Lo que significa que cuando crucen, nadie sabrá exactamente qué están transportando —. Puntualizó Iván.

El conductor encendió un cigarrillo y bajó un poco la ventanilla. El humo salió arrastrado por el viento.

—¿España? —preguntó dando por hecho.

—No, Tetuán. Vamos de vuelta —el hombre volvió a concentrarse en la carretera—.

—¿Crees que ya tienen a gente esperándolos al otro lado? - Preguntó Iván, intentando descifrar los pensamientos de Fran.

—Probablemente, así que tenemos un problema y nos estamos quedando sin tiempo —Fran se quedó pensativo—. Algeciras es grande.

Iván lo sabía bien. El puerto, los polígonos industriales, los kilómetros de costa donde una lancha podía desaparecer en cuestión de minutos.

—Y si las armas entran allí —continuó Fran — pueden esparcirse en cualquier dirección.

—Hacia Sevilla, Málaga, Madrid... —Iván asintió—. O quedarse allí mismo.

Durante unos segundos el único sonido fue el motor del coche y el viento que entraba por la ventanilla. Fran se recostó en el asiento.

—No me gusta nada esto —dijo suspirando—.

—¿Cómo lo vamos a hacer con tu fuente? -preguntó Iván interesándose por Yusef.

—Le haremos un seguimiento, además, le puse vigilancia antes de venir. Vamos a ver de dónde saca la información, quiero llegar a la raíz —explicó Fran.

Iván no dijo nada, pero su silencio era más que suficiente. Estaba totalmente de acuerdo con Fran, Yusef no le causaba buena espina. El coche volvió a entrar en las primeras calles de Tetuán. El tráfico era ahora más denso y la luz de la tarde empezaba a volverse más suave sobre las fachadas blancas de la ciudad. El conductor redujo la velocidad.

—¿Al hotel? —preguntó.

—No —Fran negó con la cabeza—.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Iván dubitativo—.

—Quiero ver una cosa en el puerto —dijo Fran pasándose la mano por la nuca—.

—¿Y eso? —Iván estaba visiblemente sorprendido por el cambio de criterio de su compañero.

—La vigilancia que le puse a Yusef ha dado sus frutos —suspiraba Fran con orgullo—. Acabo de recibir aviso de que ha ido al puerto.

—Pues nada, vamos a echar un ojo. —contestó Iván, en cierto modo contento de que Yusef no fuese trigo limpio—.

El coche descendió por una avenida que conducía hacia la zona industrial. A medida que se acercaban, el paisaje urbano cambiaba: almacenes, talleres, depósitos de combustible. Cuando llegaron al pequeño muelle, Iván pidió al conductor que se detuviera y bajaron del coche. El agua del puerto estaba casi inmóvil, con pequeñas embarcaciones de pesca balanceándose suavemente contra el muelle. Algunos hombres arreglaban redes bajo la sombra de un cobertizo. Iván caminó hasta el borde y observó el horizonte.

—Si las armas cruzan tendremos muy poco margen.

Fran asintió.

—Entonces más vale que estemos al otro lado cuando lo hagan.

Iván cerró la puerta y se quedó unos segundos mirando el agua antes de decir nada. El puerto parecía en calma, demasiado en calma para lo que llevaban días rastreando. Las pequeñas embarcaciones se balanceaban con suavidad contra el muelle y, de fondo, el sonido metálico de una cadena golpeando de forma irregular contra un casco marcaba un ritmo que se mezclaba con las voces lejanas de los pescadores. A simple vista no había nada fuera de lugar, pero esa ausencia de tensión era precisamente lo que le inquietaba.

—No me cuadra —dijo Iván en voz baja, sin apartar la vista del agua, con el ceño ligeramente fruncido.

Fran apoyó el hombro contra la puerta del coche y siguió la dirección de su mirada.

—¿El qué no te cuadra? —preguntó Fran con tono contenido, como si midiera cada palabra.

Iván tardó un instante en responder. Se pasó la lengua por el interior del labio inferior, pensativo .

—Todo —contestó finalmente—. Esto no es contrabando al uso. Falta ruido, falta tensión... Aquí nadie está pendiente de quién mira o deja de mirar.

Iván dejó escapar el aire por la nariz y desvió la vista hacia un grupo de hombres que descargaban cajas de una furgoneta vieja unos metros más allá. No había prisa en sus movimientos. Ninguno parecía nervioso.

—Puede que estemos buscando donde no es —apuntó Iván con cierta duda.

—No. Estamos donde tenemos que estar. Lo que pasa es que aún no sabemos qué estamos viendo —respondió Fran mientras avanzaba un par de pasos hacia el muelle, con la mirada fija en la zona de carga.

El viento levantó una ligera brisa que arrastró el olor a sal y a gasóleo. Iván entrecerró los ojos. Fue entonces cuando algo le llamó la atención. No fue un gesto brusco ni un movimiento evidente. Más bien una forma de estar. Un hombre que no encajaba.

—Mira a la derecha, junto a la furgoneta —murmuró Iván pasándole los prismáticos a Fran.

Fran siguió las indicaciones hasta localizar finalmente al hombre al que se refería.

—¿El de la camisa clara? —preguntó Fran, ajustando ligeramente la postura para enfocar mejor y sacarle algunas fotografías.

—Ese mismo —confirmó Iván.

El hombre destacaba sin necesidad de moverse. Llevaba ropa limpia, bien ajustada, zapatos que no tenían nada que ver con el polvo del puerto. No levantaba la voz, pero los otros lo escuchaban. No discutían, asentían. Se quedaron observando en silencio. El hombre habló durante unos segundos con dos de los que descargaban. No gesticulaba apenas. Señaló algo hacia el mar con un gesto corto, preciso. Uno de los trabajadores reaccionó de inmediato y se alejó hacia una de las embarcaciones.

—Está dando órdenes, parece que es quien dirige aquí el tema —añadió Iván, bajando un poco la voz.

El hombre terminó la conversación, sacó el móvil y se apartó unos metros. Habló poco, apenas unos segundos, y luego se quedó quieto, mirando el mar. No había prisa en su postura. Tampoco relajación. Era una calma distinta, calculada. Iván dio un paso atrás y volvió hacia el coche.

—Vamos a seguirlo —dijo en voz baja mientras abría la puerta trasera.

Fran lo miró un instante, evaluando la situación. El hombre de la camisa clara terminó la llamada, guardó el móvil con un gesto preciso y se dirigió hacia un todoterreno negro aparcado un poco más atrás. Iván y Fran sacaron rápidamente sus teléfonos y tomaron varias fotos del hombre y del vehículo antes de que repentinamente apareciera Yousef en la escena, subiéndose al todoterreno junto a aquel individuo en la parte de atrás.

—Envía las fotos ya —murmuró Fran—. Quiero saber quién coño es ese tipo.

Iván seleccionó las mejores imágenes y las mandó por el canal seguro al equipo de analistas en Madrid, con un mensaje breve: 'Identificación urgente. Contacto reciente con Yusef. Puerto de Tetuán.' Iván y Fran permanecieron en silencio dentro del coche, aparcados a una distancia prudencial. Pasaron casi cuarenta minutos antes de que el teléfono de Iván vibrara con una respuesta.

Abrió el mensaje y leyó en voz baja:

— «El sujeto ha sido identificado mediante reconocimiento facial. Se trata del Enseigne de vaisseau de 1re classe Khalid Benarouf, oficial de la Marina Real Marroquí. Aparece en varias fotografías oficiales de maniobras navales conjuntas entre Marruecos y Estados Unidos realizadas el año pasado en el Atlántico, cerca de las Islas Canarias.»

Fran soltó una risa corta y amarga, negando con la cabeza.

—Un oficial de la Marina Real Marroquí reuniéndose con Yusef... Esto ya no es simple contrabando.

Iván guardó el teléfono lentamente, con la mirada fija en la puerta cerrada.

—Significa que alguien dentro de la Armada está facilitando el paso —dijo con voz grave—. Si un oficial está metido, es mucho más fácil que hagan la vista gorda cuando lleguen esas cajas de madera que mencionó Yusef... Sea lo que sea que contengan.

Fran se pasó la mano por la cara, visiblemente preocupado.

—Ben Farraj no está moviendo mercancía solo con narcos. Tiene alguien que puede mirar hacia otro lado.

Iván miró el reloj y luego hacia la carretera que salía de Tetuán.

—Tenemos que movernos ya. Desde aquí, coger el ferry desde Tánger nos llevaría más tiempo. Ceuta está más cerca. Si salimos ahora, podemos llegar a tiempo para uno de los ferries rápidos a Algeciras.

—Ceuta entonces —Fran asintió sin dudar—. Es la opción más rápida. Avisemos a Madrid de camino y que preparen todo en Algeciras.

—Conductor, nos vamos, volvemos a España —dijo Iván en voz alta—.

—¿Por Ceuta? —El conductor miró por el retrovisor buscando confirmación.

—Sí —respondió Fran—. Y pisa un poco, el tiempo se nos está acabando.

Mientras el coche se ponía en marcha de nuevo y se alejaban del puerto, Iván volvió a mirar hacia aquel todoterreno donde se estaba produciendo aquella singular reunión. El sol se ponía sobre Tetuán tiñendo las fachadas blancas de un naranja apagado. La distancia entre dos mundos seguía siendo absurdamente pequeña... y cada vez más peligrosa.

Halloween

El día estaba siendo más oscuro de lo habitual. A finales de octubre el sol parecía durar poco en Córdoba, y cuando Sofía salió del colegio el cielo tenía ya ese color gris oscuro que, junto con un creciente viento, anunciaban una tormenta no tardaría mucho en llegar. A Sofía le gustaba Halloween, pero aquel año no tenía muy claro lo que se iba a hacer en casa para celebrarlo. En la puerta había más ruido que de costumbre. Algunos niños llevaban pequeñas capas negras, otros sombreros puntiagudos o máscaras que se quitaban y se ponían con nerviosismo. Las mochilas colgaban abiertas y en el suelo rodaban calabazas de plástico que servían para guardar caramelos. Había demasiadas caras cubiertas. Durante un instante pensó que cualquiera podía ser cualquiera.

—¡Esta noche vamos a pedir chuches por todo el barrio! —decía un niño con un disfraz de esqueleto.

—Mi padre ha comprado un montón de bolsas —respondía otro.

Sofía escuchaba aquellas conversaciones mientras caminaba junto a Emilia hacia el coche. Miró un momento hacia atrás, como si alguien la hubiera llamado. Pero no había nadie mirándola.

—¿Tú te vas a disfrazar? —preguntó Sofía con una voz más baja de lo normal, como si ya supiera la respuesta que iba a recibir—. Hoy es Halloween.

Emilia estaba mirando el móvil, con los hombros ligeramente caídos por el cansancio acumulado de todo el día.

—Bueno —contestó guardando el teléfono en el bolso—. Si quieres luego apañamos algo.

—Vale —la respuesta no sonó especialmente convencida, pero Sofía decidió quedarse con la parte buena—.

El coche arrancó y se incorporó al tráfico de la avenida. En algunas tiendas ya habían colocado telarañas de plástico en los escaparates y pequeñas calabazas de cartón pegadas a los cristales. Cuando llegaron a casa, el viento ya estaba doblando algunas ramas de los árboles. Sofía dejó la mochila en su cuarto y salió al salón.

—Mamá.

—¿Qué?

—¿Entonces me disfrazo?

Emilia estaba sentada en el sofá con el portátil abierto y el móvil en la mano al mismo tiempo.

—Mira en el armario. Me parece que hay algo de años anteriores.

Sofía fue corriendo al dormitorio. Abrió el armario y empezó a apartar ropa hasta encontrar una pequeña bolsa de tela en el fondo. Dentro había un disfraz de bruja. El vestido era negro y un poco corto ya para su altura, y aunque el sombrero estaba algo aplastado, pensó que podría servir. Sofía se lo puso frente al espejo y giró sobre sí misma para verlo mejor. No estaba perfecto, pero era suficiente. Volvió al salón casi corriendo.

—¡Mira mamá! —dijo con ilusión.

—Muy bien. —Emilia levantó la vista del portátil.

—¿Salimos luego?

—¿Salir?

—A pedir caramelos.

—Ya veremos —Emilia tardó un segundo en responder.

Sofía se quedó quieta en medio del salón, con el sombrero ligeramente torcido.

—Laura va a salir con su madre.

—Pues muy bien por Laura.

El tono no era exactamente enfadado, pero tampoco era el que Sofía esperaba. En ese momento se abrió la puerta del piso. Manuel entró quitándose la chaqueta.

—Buenas.

—Hola —dijo Emilia sin apartar la vista de la pantalla.

Manuel dejó las llaves sobre la mesa y miró a Sofía.

—¿Y ese disfraz?

—Es Halloween.

—Ah, pareces una bruja —la observó un momento más de lo normal.

—Es que soy una bruja —dijo Sofía sonriendo con orgullo.

—¿Y ahora qué toca? —Manuel se dejó caer en el sofá junto a Emilia y miró un instante el móvil antes de guardarlo en el bolsillo.

—Pedir caramelos —respondió Sofía.

—¿Vamos a salir a eso? —Manuel miró a Emilia con desgana.

—Yo no —Emilia cerró el portátil con un pequeño suspiro.

—Entonces tampoco yo.

La respuesta cayó en el salón con una naturalidad a la que Sofía ya estaba acostumbrada.

—Pero...

—Si quieres luego te doy algunos caramelos de los que tengo en la cocina —añadió Emilia mientras comenzaba a liarse un cigarro.

No era lo mismo. Sofía lo sabía, aunque no supiera explicarlo. Sin embargo, no dijo nada. Se quedó mirando el suelo unos segundos, sin saber muy bien qué hacer con el sombrero que empezaba a molestarle en la cabeza. Desde la calle empezó a escucharse el ruido de los primeros niños pasando disfrazados por el portal. Risas, voces y puertas que se abrían en el portal.

—¡Truco o trato! —gritó alguien en el rellano de abajo.

Sofía caminó hasta la ventana y miró hacia la calle. Un grupo de niños, a pesar del viento y del mal tiempo, cruzaba la acera con bolsas llenas de gominolas. Uno llevaba una máscara de vampiro que reflejaba la luz del atardecer.

—¿Quieres caramelos? —preguntó Emilia desde el sofá.

—No —Sofía negó con la cabeza sin girarse—.

El reflejo de la calle iluminaba el cristal de la ventana. En el salón, la televisión empezó a sonar cuando Manuel la encendió con el mando.

—Pon lo que quieras —dijo Emilia—. Yo en un rato me iré a arreglarme.

—¿Arreglarte? —Sofía se giró extrañada.

—He quedado con unas amigas.

—¿Hoy?

—Sí, ¿Qué pasa? —dijo mientras se levantaba del sofá y caminaba hacia el dormitorio —Por cierto, cari, volveré tarde.

—Perfecto —Manuel subió el volumen de la televisión.

Sofía se quedó en medio del salón con el sombrero de bruja en la mano. Desde la calle seguían llegando voces de niños que corrían de portal en portal. Por un momento pensó en bajar sola, pero sabía que no podía, así que se sentó en el suelo frente al televisor. Manuel cambiaba de canal sin demasiado interés. Manejaba el mando con desgana, deteniéndose apenas unos segundos en cada imagen antes de pasar a la siguiente.

—¿No ibas a pedir caramelos? —preguntó él al cabo de un rato.

—No —Sofía negó con la cabeza—.

—Mejor. Luego siempre sobran.

Por primera vez, Sofía empezó a darse cuenta de que algunas cosas que parecían normales en otras familias no lo eran tanto en la

suya. En el pasillo se veía que Emilia había encendido la luz del dormitorio. Desde allí llegaban sonidos de cajones abriéndose, el roce de perchas, el ruido del agua de la ducha cayendo contra la bañera. Sofía se quitó el sombrero de bruja y lo dejó sobre la mesa baja del salón. Durante un rato intentó alisar el ala del sombrero, pero no recuperaba su consistencia. El cartón interior estaba algo doblado por los años y no terminaba de recuperar la forma.

—Ese sombrero no se arregla —dijo Manuel sin apartar la vista de la televisión.

—¿Por qué? —Sofía levantó la mirada.

—Porque es de cartón malo —dijo sin inmutarse, mientras volvía a cambiar de canal—. Las cosas malas no se arreglan.

Manuel sonrió, pero fue una sonrisa breve, de esas que desaparecen antes de llegar a los ojos. Sofía no entendió del todo qué quería decir, pero la frase se le quedó dando vueltas. Se limitó a dejar el sombrero sobre la mesa y cruzó las piernas en el suelo. La puerta del dormitorio se abrió. Emilia apareció en el salón con un vestido oscuro y el pelo recogido con más cuidado que antes. Se había maquillado y llevaba unos pendientes largos que brillaban cuando pasaba bajo la luz.

—¿Qué tal estoy?

—Bien —Manuel levantó la vista apenas un segundo—.

—¿Sólo bien?

—Muy bien.

Emilia se acercó al espejo del recibidor y giró ligeramente la cabeza para verse de perfil.

—Tampoco hace falta que te esfuerces tanto.

—No me estoy esforzando —respondió Manuel.

—¿Dónde vas? —preguntó Sofía mientras los miraba desde el suelo.

—Al centro —explicó Emilia girándose hacia ella.

Se acercó a la mesa, cogió el sombrero de bruja y se lo puso a Sofía sobre la cabeza.

—Venga, sonríe —dijo mientras sacaba el móvil y tomaba una foto rápida—. Es para mandarla al grupo de WhatsApp de la familia.

Sofía intentó sonreír. El flash iluminó el salón durante un segundo.

—Muy bien —dijo Emilia mirando la pantalla—. Estás muy guapa, portaos bien —dijo dejando el sombrero sobre la mesa otra vez y cogiendo el bolso.

—Sí, sí. —Manuel levantó una mano sin entusiasmo.

La puerta se cerró unos segundos después. El sonido del ascensor bajando resonó en el pasillo. Sofía se quedó mirando la puerta cerrada durante un momento. Manuel continuó haciendo zapping buscando algo interesante en la televisión. En la pantalla apareció una película antigua. Un grupo de personas corría por un bosque oscuro mientras sonaba música de suspense. Sofía apoyó la espalda contra el sofá y miró hacia la ventana. Desde allí se veían las luces de la calle y las sombras de los niños disfrazados que pasaban de un portal a otro. Una niña vestida de fantasma cruzó corriendo la acera con una bolsa llena de dulces que golpeaba contra su pierna. Sofía la siguió con la mirada hasta que desapareció en la esquina.

—¿Ninguna amiga del cole te ha invitado a quedarte a dormir en su casa hoy por ser Halloween? —preguntó de pronto Manuel, molesto por tener que quedarse a cargo de ella.

—No. No me han dicho nada de eso. —la pregunta le sorprendió.

—Vaya. Bueno, ya nos quedamos nosotros en casa mientras todo el mundo sale —dijo Manuel encogiéndose de hombros con cierto sarcasmo—.

El televisor seguía emitiendo la película. Las sombras del bosque llenaban la pantalla. Sofía volvió a mirar el sombrero de bruja sobre

la mesa. Durante unos segundos pensó en ponérselo otra vez. Pero al final no lo hizo. Se quedó sentada en el sofá mientras las voces de los niños seguían escuchándose de fondo en la calle. Poco a poco el ruido fue disminuyendo. Las puertas dejaron de abrirse. Los pasos en la escalera desaparecieron. Cuando la noche estuvo completamente instalada, el barrio recuperó su silencio habitual. En el salón sólo quedaban la luz azulada del televisor y el sonido constante de la película. Sofía se recostó contra el sofá. El cansancio empezó a cerrarle los ojos sin que se diera cuenta. La última imagen que vio antes de dormirse fue el sombrero de bruja inclinado sobre la mesa, como si alguien lo hubiera dejado allí olvidado. Sofía se levantó despacio.

—Te estás quedando frita, vete a la cama —dijo Manuel sin moverse del sofá.

—Vale, pero aún no he cenado.

—Hazte un vaso de leche.

Después de tomarse la leche con galletas, no las suficientes para calmar su hambre, caminó hasta su cuarto con pasos silenciosos. La casa parecía más grande cuando estaba tan callada. En el pasillo, la puerta del dormitorio de Emilia seguía abierta y la cama sin hacer. La luz del baño estaba apagada. Sofía entró en su habitación. Se cambió despacio, doblando el disfraz de bruja antes de guardarlo otra vez en la bolsa de tela. Lo dejó en el fondo del armario, donde probablemente volvería a pasar otro año entero. Cuando se metió en la cama, el silencio era casi completo. Sólo llegaba el sonido lejano del televisor del salón. Se quedó mirando el techo un rato. Pensó en Laura y en los niños que habían corrido por la calle con bolsas llenas de caramelos. Pensó también en la foto que Emilia le había hecho con el móvil. Quizá la enviaría a alguien, o quizá la subiría a algún sitio. Pero aquella foto no se parecía demasiado a lo que había sido realmente la noche. Sofía pensó en todo lo que había pasado durante el día. Se giró hacia la pared. En el estante junto a la cama había algunos libros del colegio, un vaso con lápices de colores y un pequeño peluche artesanal al que

llamaba Juno y que llevaba años con ella. Lo abrazó y no tardó mucho en quedarse dormida. Horas después, Yako, que se había subido al sofá junto a Manuel sin llamar la atención, saltó nervioso en dirección a la puerta de la casa, que se abrió con cuidado. Emilia entró intentando no hacer demasiado ruido. Llevaba los zapatos en la mano y caminó por el pasillo con pasos inseguros, como si el suelo se moviera un poco bajo sus pies. En el salón, Manuel seguía medio dormido en el sofá.

—¿Qué hora es? —murmuró sin abrir los ojos.

—Tarde.

—¿Y la niña? —Emilia dejó los zapatos junto a la puerta y se dejó caer en el sillón.

—Dormida.

—Menos mal —comentó Emilia lanzando un suspiro—.

—¿Qué tal la fiesta? —Manuel abrió un ojo.

—Bien.

—Bueno pues a ver si la próxima no me tengo que quedar de niñera y puedo salir yo también —dijo Manuel en tono de reproche—.

—¿Y con quien la dejo?

Se hizo un silencio breve, luego Manuel se levantó para ir al baño dejando a Emilia sola en el salón con la palabra en la boca. Ella miró la mesa baja. El sombrero de bruja seguía allí. Lo cogió y lo observó unos segundos con expresión distraída. Después lo dejó otra vez en el mismo sitio. En el pasillo, la puerta del baño se cerró. Emilia se levantó despacio y caminó hacia su habitación. En su cuarto, Sofía dormía profundamente, ajena a todo lo que había ocurrido después. Yako, al ver que el salón se quedaba vacío, se fue a dormir con Sofía subiéndose lentamente a su cama, sin despertarla.

El Día de Todos los Santos

El primero de noviembre amaneció con un cielo limpio y un aire más cálido que parecía anunciar que el temporal de los días anteriores había terminado definitivamente. En Córdoba, el Día de Todos los Santos tenía siempre algo de ritual repetido año tras año. Desde primera hora de la mañana, las floristerías abrían antes de lo habitual y las calles cercanas a los cementerios se llenaban de coches y de gente que caminaba con ramos en la mano. Sofía se despertó más tarde de lo normal. No había colegio y la casa estaba en silencio. Durante unos segundos permaneció tumbada mirando el techo, escuchando los sonidos lejanos que llegaban desde la calle. Se levantó y caminó descalza hasta la cocina. Emilia estaba allí, de pie junto a la encimera, fumando un cigarrillo mientras tomaba café. Tenía el pelo recogido y llevaba una chaqueta ligera sobre la camiseta.

—Buenos días —dijo Sofía.

—Buenos días —respondió Emilia levantando la mirada.

—Hoy que no hay cole, podríamos ver alguna peli.

—No, hoy tenemos otros planes.

—¿Qué planes? —preguntó Sofía mientras se sentaba a la mesa

—Hoy es el Día de Todos los Santos.

Sofía tardó un segundo en recordar qué significaba eso.

—¿El día de ir al cementerio?

—Algo así —Emilia sonrió ligeramente dejando el móvil sobre la mesa—. Vamos a ir luego.

Sofía no respondió enseguida. No recordaba haber ido nunca. En su cabeza, los cementerios eran lugares que sólo existían en las películas o en los cuentos que había leído en el colegio.

—¿Por qué? —Emilia se encogió de hombros.

—Porque hoy se hace eso.

—¿A dónde vais? —en ese momento apareció Manuel en la puerta de la cocina.

—Al cementerio —respondió Emilia.

—Pues id vosotras —Manuel frunció ligeramente el ceño, abrió la nevera y sacó una botella de agua—. Yo paso.

Emilia no insistió. Sofía desayunó en silencio mientras su madre revisaba algunos mensajes en el móvil. Después de un rato, Emilia se levantó.

—Venga, vístete.

—¿Tengo que ir arreglada?

—No hace falta.

Media hora más tarde salieron a la calle. Algunas personas caminaban con ramos de flores envueltos en papel transparente y otras llevaban pequeñas macetas con crisantemos blancos o amarillos.

Sofía observaba todo aquello con curiosidad.

—¿Todos los que se mueren acaban enterrados? —preguntó.

—No todos.

—¿Qué pasa con los que no? —preguntó Sofía con curiosidad.

—Los queman y se convierten en cenizas.

—¡Vaya!

Caminaron hasta el coche y Emilia arrancó sin prisa. El tráfico era más denso en las avenidas cercanas al cementerio, y en las aceras se veían familias enteras avanzando hacia la entrada principal. Cuando aparcaron, Sofía miró hacia delante. La puerta del cementerio era más grande de lo que había imaginado. Un arco de piedra daba paso a un camino ancho flanqueado por cipreses altos que parecían tocar el cielo.

—¿Vamos? —dijo Emilia.

Sofía asintió. El ambiente tenía algo distinto, no solo por la fecha, sino por esa sensación difícil de explicar que hacía que todo pareciera más pesado de lo normal. No era triste exactamente, pero tampoco se parecía a ningún otro lugar que conociera. Había muchas personas caminando entre las filas de nichos y lápidas, algunas hablando en voz baja, otras limpiando el mármol con un trapo o colocando flores nuevas. El olor de los crisantemos se mezclaba con el de la tierra húmeda.

—Cuidado por dónde pisas —dijo Emilia mientras avanzaban por uno de los caminos.

Sofía caminaba despacio, mirando los nombres grabados en las lápidas. Había fechas muy antiguas, otras eran recientes. Algunas tenían fotografías pequeñas de las personas enterradas allí.

—¿Conocías a alguien de aquí? —preguntó Sofía.

—Sí, a mi padre.

—¿Está aquí?

—Por allí —Emilia señaló una fila de nichos a la derecha—.

Se detuvieron frente a uno de ellos. Emilia dejó el pequeño ramo que llevaba en la mano y se quedó unos segundos en silencio. Sofía observó la foto ovalada pegada al mármol. Un hombre mayor con traje y expresión seria.

—¿Este es tu padre? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo era? ¿Se portaba bien contigo?

—Supongo —Emilia tardó un momento en responder—.

Sofía sentía que todo a su alrededor iba un poco más lento, como si algo estuviera a punto de pasar. Había otras familias cerca. Un niño más pequeño que ella preguntaba cosas a su padre mientras señalaba una lápida. El hombre le explicaba algo con paciencia. Sofía volvió a mirar la fotografía del nicho, luego miró a Emilia.

—Mamá.

—¿Qué?

—¿Mi padre también está muerto?

La pregunta salió con una naturalidad que sorprendió incluso a la propia Sofía. Emilia se quedó quieta. Durante un instante pareció no saber qué decir.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque no recuerdo haberle visto nunca, así que debe estar muerto.

—No lo sé —Emilia apartó la vista hacia el camino—.

—¿Cómo que no lo sabes? —Sofía esperó.

—Hace mucho que no sabemos nada de él —Emilia suspiró—.

—¿Pero podría estar muerto?

—Podría —Emilia se encogió de hombros—.

—¿Tú le echas de menos? —Sofía miró otra vez las lápidas alrededor.

La pregunta quedó flotando en el aire. Emilia la miró por primera vez con atención. Luego habló, con una frialdad que no intentó ocultar.

—Mira, Sofía —dijo al cabo de un segundo—. tu padre no era buena persona. Hay gente que no merece la pena y a veces es mejor que no esté.

La frase salió sin énfasis, como si no quisiera detenerse en ella. Se inclinó ligeramente hacia el nicho para recolocar el ramo.

—Venga, ya está. Vamos.

Sofía no respondió. Se quedó mirando el suelo de grava durante unos segundos. El ruido de las personas caminando entre los nichos continuaba alrededor de ellas como si nada hubiera ocurrido. En algún lugar cercano alguien hablaba en voz baja. Más allá, una

mujer colocaba flores nuevas en una tumba. Emilia dio un paso atrás.

—Venga.

—¿Ya nos vamos?

—Sí.

Sofía miró una vez más la fotografía del hombre del nicho. Luego siguió a su madre por el camino. Mientras salían del cementerio, volvió a pensar en la pregunta que había hecho y en la respuesta que había recibido. No estaba segura de entender completamente lo que quería decir su madre. Pero sí sabía una cosa: que aquella respuesta no se parecía en nada a lo que imaginaba que debería decir su madre cuando hablaba de su padre. El camino de regreso al coche lo hicieron en silencio. Sofía caminaba medio paso por detrás de Emilia, como hacía muchas veces cuando salían juntas. Las pequeñas piedras del sendero crujían bajo sus zapatillas y el aire del cementerio tenía ese olor mezclado de flores frescas, tierra húmeda y algo más difícil de describir que hacía que la gente hablara más bajo de lo normal. Antes de llegar a la puerta, Sofía volvió la cabeza una última vez. Desde allí los nichos parecían filas interminables de pequeñas ventanas blancas, cada una con su nombre, sus flores y sus fechas. Algunas tenían velas encendidas. Otras, fotografías de personas que parecían mirar desde otro tiempo. Se preguntó cuántas historias habría detrás de todos aquellos nombres.

—¿Qué miras? —preguntó Emilia al darse cuenta de que se había quedado atrás.

—Nada.

Sofía se apresuró a alcanzarla. Salieron del cementerio y el ruido de la ciudad volvió a rodearlas de inmediato. Los coches pasaban despacio buscando sitio para aparcar, la gente hablaba más alto y el olor de los puestos de flores se mezclaba ahora con el de los puestos de churros que alguien había instalado cerca de la entrada. Emilia sacó las llaves del bolso.

—Venga, que tengo hambre.

Subieron al coche y durante unos minutos sólo se escuchó el motor y el sonido de los intermitentes al incorporarse al tráfico.

Sofía miraba por la ventanilla. Las calles estaban llenas de gente que volvía del cementerio, ya sin los ramos. Algunos con las manos en los bolsillos, otros caminando en familia, otros solos.

—¿Tu padre era alto? —preguntó de pronto.

—¿A qué viene eso ahora? —Emilia tardó un segundo en reaccionar.

—No sé —Sofía seguía mirando por la ventana—. He visto su foto allí.

—Sí, era alto —Emilia suspiró—.

—¿Y tenía barba?

—A veces.

—Sofía... —Emilia frunció ligeramente el ceño mientras conducía—. —.

—¿Qué?

—No empieces otra vez con eso.

—Vale —Sofía bajó la mirada hacia sus manos—.

El coche siguió avanzando entre el tráfico del mediodía. Después de unos minutos, Emilia habló de nuevo, aunque con un tono distinto.

—Mira, hay cosas que los niños no tienen que entender todavía.

Sofía no respondió.

—Cuando seas mayor —continuó Emilia— ya sabrás lo que tengas que saber.

El silencio volvió a llenar el coche. Al llegar al barrio, las calles estaban mucho más tranquilas. Las persianas de los comercios estaban cerradas y el sol caía de lleno sobre las fachadas de los edificios. Aparcaron cerca del portal.

—Sube —dijo Emilia—.

Sofía obedeció. En el ascensor, el espejo las reflejaba a las dos. Emilia parecía cansada y tenía el gesto un poco más duro que por la mañana. Sofía observó su propio reflejo durante unos segundos.

—Mamá.

—¿Qué?

—Si mi padre estuviera muerto...

—No lo sé, Sofía —Emilia cerró los ojos un momento, como si aquella conversación empezara a cansarla—.

—Has dicho que no era buena persona.

—Lo dije sin pensar —Emilia la miró—.

—Ah.

La puerta del ascensor se abrió. Caminaron por el pasillo hasta el piso. Cuando entraron, Yako estaba tras la puerta esperando recibirlas y Manuel estaba en el sofá con la televisión encendida. Un partido de fútbol ocupaba toda su atención.

—¿Qué tal el paseo por el cementerio? —preguntó sin apartar la vista del partido.

—Bien, ya te contaré —respondió Emilia dejando el bolso sobre la mesa.

Sofía dejó la chaqueta en su cuarto y volvió al salón. Manuel seguía mirando la televisión con una concentración absoluta.

—¿Has visto algún fantasma? —preguntó de pronto con una media sonrisa.

—No —Sofía negó con la cabeza—.

—Mejor.

El comentarista del partido gritó algo cuando uno de los jugadores remató a portería. Sofía se sentó en el sofá. Apoyó la barbilla en las rodillas. En el televisor, los jugadores corrían de un

lado a otro del campo mientras el público gritaba en las gradas. Pero Sofía apenas veía la pantalla. Por primera vez en mucho tiempo, empezó a preguntarse seriamente si la historia que siempre le habían contado sobre su padre era realmente la verdad. Y aunque todavía no sabía qué significaba exactamente aquella duda, sí notaba algo nuevo dentro de ella. Una curiosidad pequeña, persistente, como una puerta que alguien había dejado entreabierta sin darse cuenta. El partido terminó poco después. Manuel apagó la televisión con el mando y se levantó del sofá estirando la espalda.

—Voy a la nevera a por algo de picar.

Caminó hacia la cocina sin esperar respuesta. Sofía siguió sentada unos segundos más. El salón parecía más silencioso sin el ruido del estadio que había llenado la habitación durante toda la tarde. Emilia estaba apoyada en la encimera de la cocina, gestionando unos pedidos en el móvil.

—¿Tienes deberes? —preguntó sin levantar la vista.

—No.

—Pues aprovecha y ordena tu cuarto.

Sofía se levantó despacio y caminó hacia el pasillo. En su habitación la luz entraba por la ventana con un tono más suave que por la mañana. El sol empezaba a bajar detrás de los edificios y el cielo se había vuelto de un azul más pálido. Se sentó en la cama. En la estantería tenía algunos cuadernos del colegio, un par de cuentos y su peluche favorito. Lo cogió entre las manos.

—Juno, ¿Tú dónde crees que estará? —murmuró en voz baja.

Juno no respondió, claro. Sofía apoyó la espalda contra la pared. Intentó imaginar la cara de su padre, pero no podía. No había ninguna imagen clara en su cabeza. Sólo una especie de sombra borrosa que aparecía cuando pensaba en él. En el salón, Manuel abrió la nevera y el sonido de las botellas chocando entre sí llegó hasta el pasillo. Sofía, que ya había acabado de organizar un poco su cuarto, volvió al salón. Manuel estaba sentado otra vez en el sofá, con un sándwich en la mano y una cerveza en la otra.

—¿Vosotras no queréis nada? —preguntó.

—Yo me haré otro sándwich —contestó Sofía—.

—No. Yo voy a echarme un rato —dijo Emilia pasando por el salón en dirección al dormitorio.

—¿Tan temprano? —respondió Manuel, sin obtener respuesta.

La puerta se cerró unos segundos después. El piso volvió a quedarse tranquilo. Sofía se sentó en el sofá otra vez, pero esta vez sin mirar la televisión. Tenía la vista perdida en la mesa baja del salón.

—¿Por qué preguntas tanto por tu padre últimamente? —dijo Manuel de pronto.

—No sé —la pregunta la sorprendió—.

—Los niños preguntan cuando algo les da vueltas en la cabeza —Manuel la observó durante unos segundos—.

—Es que nadie habla de él —Sofía bajó la mirada—.

—A veces es mejor no hablar de ciertas personas —Manuel dio un pequeño encogimiento de hombros—.

—¿Por qué?

—Porque hay gente que no merece que se le recuerde —Manuel dejó el plato sobre la mesa—.

—¿Mi padre hizo algo malo? —Sofía frunció ligeramente el ceño.

—Eso deberías preguntárselo a tu madre —Manuel se quedó en silencio un momento—.

Sofía no insistió. Manuel volvió a coger el mando de la televisión y puso otro canal. El ruido llenó de nuevo el salón. Sofía apoyó la cabeza en el sofá. Durante un rato se quedó mirando como Yako también comía de su comedero, con un poco de ansia, y fijo ahí la vista. Pensó en el cementerio, en las lápidas con nombres, en las fotos ovaladas pegadas al mármol. Pensó también en la forma en que Emilia había respondido a su pregunta. *'Tu padre no era buena persona'*. Cuanto más lo pensaba, más le entristecía esa imagen de

su padre. Esa noche cenó pronto y se acostó antes de lo habitual. Cuando apagó la luz de su cuarto, el silencio volvió a llenar la casa paulatinamente. En el salón, la televisión seguía encendida. Sofía se acurrucó bajo la manta. Antes de quedarse dormida, volvió a pensar en el cementerio y en la pregunta que había hecho. Y aunque no tenía ninguna respuesta clara, sabía que algo había cambiado dentro de ella. Por primera vez, el misterio de su padre ya no era sólo una historia que le habían contado. Ahora era una pregunta que quería entender. El sueño tardó un poco más en llegar aquella noche. Sofía permaneció despierta mirando la oscuridad de su habitación mientras los sonidos de la casa se iban apagando poco a poco. Primero dejó de escucharse la televisión del salón. Después el ruido del grifo en el baño. Finalmente, sólo quedó el silencio y el murmullo lejano de algún coche pasando por la calle. Se giró hacia la pared e intentó imaginar otra vez cómo sería su padre. Algunas veces había pensado que tal vez se parecería un poco a Manuel, porque era el único hombre adulto que veía todos los días. Pero esa idea nunca le convencía del todo. Manuel tenía algo duro en la cara, una forma de mirar que parecía siempre un poco molesta con todo. No lograba imaginar que alguien así pudiera ser su padre, aunque si tan mala persona era, quizás sería peor. Cerró los ojos y recordó la respuesta de Emilia. La frase seguía sonándole rara. Los padres de otros niños no hablaban así de nadie. Pensó en Laura. En el recreo le había contado que su padre trabajaba en un taller y que a veces llegaba a casa con olor a aceite de motor. Sofía se preguntó qué olor tendría su padre. La idea le resultó extraña. Se quedó dormida poco después. A la mañana siguiente la casa volvió a despertar con los mismos sonidos de siempre. El despertador de Emilia sonó desde el dormitorio. Unos minutos después se escuchó el ruido de la cafetera en la cocina. Sofía abrió los ojos. Durante unos segundos tardó en recordar qué día era. Luego todo volvió a su sitio. Se levantó y salió al pasillo. Emilia estaba en la cocina con una taza de café en la mano.

—Buenos días —dijo Sofía.

—Buenos días —Sofía se sentó en la mesa somnolienta—.

—Mamá, ¿Mi padre sabía que yo nací?

—Claro que lo sabía —Emilia levantó la vista del café. La pregunta parecía haberla sorprendido—.

—¿Y por qué no viene a verme?

—Porque no quiere —Emilia dejó la taza en la mesa con un pequeño golpe seco—.

La respuesta fue rápida, casi automática. Sofía se quedó callada.

—Hay gente que desaparece —continuó Emilia con un tono más frío—. Y cuando desaparece es mejor no perder el tiempo pensando en ella.

—Vale —Sofía bajó la mirada hacia el plato—.

—Termina el desayuno —Emilia volvió a coger la taza de café—.

La conversación se dio por terminada. Pero mientras Sofía se levantaba para ir a vestirse, una sensación nueva se instaló en su cabeza. Una mezcla de curiosidad y desconfianza. Porque cuanto más hablaban de su padre, más le parecía que todo su entorno se molestaba. Y aunque todavía no sabía cómo explicarlo, empezaba a tener la sensación de que alguien estaba dejando partes importantes fuera del relato. Partes que, algún día, quizá descubriría por sí misma.

Navidad

La ciudad empezó a llenarse de luces a principios de diciembre. Primero aparecieron las luces cruzando las calles del centro, todavía apagadas durante el día. Después llegaron los altavoces en algunas plazas, los escaparates con nieve artificial y las primeras canciones navideñas sonando en las tiendas. Para Sofía, la Navidad siempre empezaba cuando montaban el árbol en el colegio. Aquella mañana la profesora había sacado una caja grande llena de adornos de colores y les había pedido que cada uno colgara uno. Había bolas doradas, estrellas de papel, pequeños lazos rojos y una figura de cartón que parecía un ángel. A Sofía siempre le había parecido un día importante. Le llamaba la atención que todo el mundo pareciera más contento de lo normal. Las calles estaban llenas de luces, de gente sonriendo, de familias que caminaban juntas cargadas de bolsas.

—Todos vamos a poner algo —dijo la maestra—. Así será el árbol de toda la clase.

Sofía eligió una estrella pequeña de purpurina plateada. Cuando la colocó en una de las ramas más bajas, pensó que le habría gustado enseñársela a alguien al salir del colegio. Laura estaba emocionada.

—En mi casa vamos a poner un árbol enorme —decía—. Y mi padre va a colgar luces por todo el balcón.

—¿De verdad?

—Sí. Y mi madre hará galletas.

Sofía escuchaba mientras caminaban hacia la puerta del colegio.

—¿Y en tu casa? —preguntó Laura.

—Todavía no lo sé —Sofía dudó un momento—.

Más tarde, cuando Emilia llegó a recogerla, la calle estaba llena de padres y niños que hablaban de vacaciones, regalos y cenas

familiares.

—Mamá —dijo Sofía mientras subía al coche—. En el colegio hemos puesto un árbol.

—Qué bien —Emilia conducía con una mano en el volante y la otra sacudiendo la ceniza de un cigarrillo por la ventanilla mientras hablaba en manos libres—. Sí, luego te llamo —decía—. Ahora voy conduciendo. ¿Qué decías, Sofía?

—Lo del árbol.

—Ah, sí.

El coche avanzó unos metros entre el tráfico de la tarde.

—¿Vamos a poner uno? —preguntó Sofía, con una esperanza que ya empezaba a apagarse antes de recibir la respuesta.

Emilia tardó unos segundos en responder, con un suspiro que delataba el peso de su propio cansancio y la culpa que a veces le invadía por dentro.

—Si quieres, aunque el del año pasado estaba roto.

—Laura tiene uno muy grande.

—Pues mejor para Laura.

Al llegar a casa, después de comer, Sofía fue a su cuarto a hacer algunas tareas, dejando fuera a Yako, para no distraerse. En un momento de descanso, miró por su ventana. Las luces de Navidad empezaban a encenderse en algunas calles. Pequeñas estrellas blancas colgaban entre los edificios y brillaban cuando el cielo empezaba a oscurecer. En los balcones colgaban algunas luces que habían quedado encendidas desde la noche anterior, y en la calle se escuchaban villancicos lejanos mezclados con el ruido de los coches. Aunque todo estaba decorado y parecía perfecto, había una sensación extraña, como si esa felicidad no terminara de ser del todo real. Sin embargo, en su casa, todo estaba como siempre: la televisión encendida, Manuel en el sofá y una botella de litro de cerveza abierta sobre la mesa. Emilia estaba acabando de calentar la cena en el microondas.

—¡A cenar! —gritó Emilia llamando a la mesa.

—¡Vale! —dijo Manuel sin apartar la vista de la pantalla.

Sofía dejó las cosas tal y como estaban en su habitación y fue al salón. Para cuando llegó, Emilia ya estaba terminando de poner la mesa.

—Ve a por el agua y las servilletas —ordenó Emilia—.

Una vez sentados en la mesa, Sofía entusiasmada, quiso compartir su día de colegio con ellos.

—En el colegio hemos puesto un árbol —dijo.

—Muy bien —dijo Manuel masticando sin apartar la vista del televisor.

—Y una estrella.

—Genial.

—¿Cuándo vamos a montar el nuestro? —insistió Sofía.

—Ni idea, tu madre sabrá —Manuel cambió de canal—.

—¿Qué pasa? —dijo Emilia tratando de abrir una botella de vino.

—Lo del árbol —dijo Manuel con evidente desgana—.

—Bueno... podemos comprar uno pequeño —contestó Emilia con la copa en la mano—.

—¿Cuándo? —se impacientó Sofía.

—No lo sé, hija, ya veremos.

Sofía asintió. Aquella respuesta le sonaba familiar. '*Ya veremos*' Era una frase que en su casa podía significar muchas cosas. A veces quería decir '*sí*', pero la mayoría de las veces quería decir '*no ahora*'. Y '*no ahora*' casi siempre terminaba siendo '*nunca*'. Esa noche cenaron frente a la televisión. La conversación giraba alrededor de cosas que Sofía no entendía del todo y le aburrían bastante: dinero, trabajo, alguien que había cancelado un pedido, una amiga de Emilia que organizaba una cena.

—¿En Nochebuena qué hacemos? —preguntó Manuel de pronto.

—No lo sé —Emilia bebió un sorbo de vino.

—¿No lo sabes a estas alturas?

—No tengo ganas de ir a casa de mi madre.

—Ni yo —añadió Manuel con hastío.

Se hizo un silencio breve mientras todos miraban su comida y masticaban.

—Mis amigas van a salir —añadió Emilia de pronto—.

—¿Y tú te vas a ir con ellas? —Manuel levantó una ceja.

—Pues sí, ¿Por qué no?

—Pues vete, ya me quedo yo con la niña, otra vez —dijo Manuel haciendo énfasis en la última parte con cierto rencor.

—¿Salir? — Sofía levantó la cabeza.

—A tomar algo —Emilia se encogió de hombros—.

—Pero es Nochebuena, ese día tendríamos que estar juntos ¿No?

—Hay muchos días para estar juntos en Navidad —Emilia sonrió de forma distraída—.

Sofía no dijo nada más. En la televisión empezaron a emitir un anuncio lleno de nieve y música alegre. Un grupo de personas brindaba alrededor de una mesa enorme llena de comida. Sofía observó la escena en silencio. Durante un momento pensó que quizá en su casa también sería así. Luego recordó la forma en que Emilia había dicho '*mis amigas van a salir*'. Y algo dentro de ella le dijo que probablemente no. Sofía empezó a notar que el ambiente en casa cambiaba a medida que se acercaba la Navidad. No era un cambio claro, como el de las luces que aparecían en las calles o los villancicos que sonaban en algunas tiendas. Era algo más difuso, como si en la casa hubiera una expectativa que nunca terminaba de concretarse. En el colegio, en cambio, todo parecía girar alrededor de esas fechas. La profesora había colocado un pequeño calendario en la pizarra con los días que faltaban para las vacaciones. Cada

mañana alguien salía a borrar un número y los demás contaban en voz alta cuánto quedaba.

—Diez días —dijo Laura una mañana.

—Nueve —respondió otro niño al día siguiente.

Cuando llegó el momento de hablar de la cena de Nochebuena, casi todos tenían algo que contar.

—En mi casa viene toda la familia —decía uno.

—Nosotros vamos a casa de mis abuelos —decía otro.

—Mi padre va a cocinar un cochinillo enorme —Laura hablaba sin parar—.

—¿Un cochinillo? —preguntó Sofía mientras escuchaba con atención.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Laura.

—No lo sé todavía —Sofía dudó un segundo—.

—¿No lo sabes? —Laura pareció sorprenderse.

—No.

—Pues pregúntalo.

Sofía asintió. Aquella tarde, mientras paseaban a Yako, la calle estaba ya iluminada por las luces de Navidad. Las estrellas blancas colgaban entre los edificios y parpadeaban suavemente cuando empezaba a caer la noche. Cuando Yako se detuvo para hacer sus necesidades, Sofía aprovechó la ocasión para hacer la pregunta.

—Mamá, ¿Al final en Nochebuena qué vamos a hacer? ¿Cenamos aquí?

—Puede ser —Emilia confirmaba un pedido en el móvil mientras Yako terminaba—.

—¿Y va a venir alguien a cenar con nosotros?

—No creo.

—¿Ni la abuela?

—No —Emilia suspiró—.

—¿Por qué?

—Porque no —Emilia no quiso dar más explicaciones, pero la cena del año anterior había generado conflictos que aún permanecían abiertos.

Cuando Emilia terminó de recoger las deposiciones de Yako, continuaron el paseo. Sofía miró las luces que colgaban sobre la calle.

—Laura dice que a su casa va toda su familia.

—Pues muy bien por Laura.

La respuesta fue casi idéntica a otras que había escuchado antes. Al llegar a casa, Manuel estaba en el baño.

—¿Qué tal? —preguntó cerrando la puerta de repente.

—Bien —respondió Emilia.

—Manu, ¿En Nochebuena vamos a hacer algo?

—¿Algo como qué? —Manuel entró en el salón sorbiendo por la nariz repetidamente y limpiándose con una mano.

—Una cena, con cochinillo, turrón y dulces.

—¿Cochinillo? —Manuel miró a Emilia —Pregúntale a tu madre.

—Yo no sé hacer cochinillo y además es muy caro —dijo Emilia desde el otro extremo del sofá—. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Me lo ha contado Laura.

—Ya está bien de que se te antoje todo lo que oyes por ahí, cada familia es distinta —Manuel se encogió de hombros—.

—¿Entonces nosotros qué haremos? —Sofía los observaba con una mezcla de desilusión y enfado.

—Lo que el presupuesto y el tiempo nos permita —Emilia tardó un segundo en responder—.

La conversación terminó allí. Sofía no dijo nada más. En la televisión empezaron a emitir un anuncio de juguetes. Un grupo de niños abría regalos alrededor de un árbol enorme mientras una voz alegre hablaba de la magia de la Navidad. Sofía se recostó en el sofá. No estaba segura de qué esperaba exactamente de aquellas fechas. Pero empezaba a tener la sensación de que, en su casa ese año, la Navidad iba a ser muy distinta de la que todos los demás parecían estar esperando. Los días pasaron deprisa después de aquella conversación. En el colegio ya no hablaban de otra cosa que de las vacaciones. Cada mañana seguían borrando un número del calendario de la pizarra y cada vez faltaban menos días para el final del trimestre.

—¡Uno! —dijo Laura el último jueves.

—¡Un día y vacaciones! —dijo la profesora con alegría.

El ambiente era más festivo que las semanas anteriores. Los cuadernos se abrían menos, las conversaciones se alargaban más y en algunos ratos la maestra ponía villancicos mientras los niños hacían tarjetas navideñas e intercambiaban ideas sobre sus cartas a los Reyes Magos. Sofía coloreó una de esas tarjetas navideñas con mucho cuidado. Había elegido un árbol verde muy oscuro y había pintado las bolas de colores distintos. Cuando terminó, escribió su nombre abajo con letras grandes.

—A mí me encanta la Navidad. ¿Y a ti? —preguntó Laura mientras miraba el dibujo.

—Creo que sí —Sofía se lo pensó un momento—.

—¿Cómo que lo crees?

—Porque este año no pinta muy bien.

—Pues a mi casa vendrán mis abuelos, mis tíos, mis primos... — Laura lo dijo con una naturalidad absoluta, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Tiene que ser divertido —Sofía imaginó por un momento una mesa llena de gente hablando al mismo tiempo—.

—Lo es —Laura sonrió—. Y al día siguiente abriremos los regalos.

Cuando sonó el timbre del recreo, salieron al patio junto al resto de la clase. El aire era frío y el cielo tenía ese color pálido de los días de invierno. Sofía caminaba más despacio que los demás. No estaba triste exactamente. Pero tampoco tenía la misma sensación que parecía tener Laura cuando hablaba de la Navidad. Al salir del colegio ese día, Emilia estaba esperándola en el coche.

—¡Ya empiezan las vacaciones! —dijo Sofía al subir.

—Menos mal —respondió Emilia mientras arrancaba el coche y se incorporaba al tráfico—. Porque estoy cansada.

—Pasado mañana es Nochebuena —dijo Sofía.

—Sí —contestó Emilia, con la mente en su salida nocturna—.

—¿No puedes quedarte en casa con nosotros y jugamos a algo?

—No, ya lo hemos hablado. Me iré después de cenar —Emilia miró un momento por el retrovisor—.

—¿Y cuándo volverás?

—Tarde —contestó Emilia cansada de contestar preguntas—.

Sofía asintió en silencio. La conversación terminó ahí. Cuando llegaron a casa, Manuel estaba en la cocina preparando algo de comer. El televisor del salón seguía encendido, aunque nadie lo estaba mirando.

—Pasado mañana es Nochebuena —dijo Sofía entrando.

—Lo sé —respondió Manuel.

—¿Al final qué vamos a cenar?

—Podemos pedir pizza —Manuel levantó una ceja—.

Sofía se encogió de hombros con resignación. En la televisión apareció otro anuncio navideño. Esta vez, era una familia que se abrazaba alrededor de una mesa llena de platos mientras caía nieve por la ventana. Sofía observó la escena unos segundos, luego apartó

la mirada. Aquella noche se acostó pensando en la Nochebuena. No sabía exactamente qué esperaba, pero tenía la sensación de que, de alguna manera, iba a ser una noche importante. La mañana de Nochebuena amaneció fría y clara. Desde la ventana de su habitación, Sofía veía cómo el sol empezaba a iluminar lentamente los edificios del barrio. El aire parecía más quieto que otros días, como si la ciudad estuviera esperando algo. Se levantó despacio y caminó hasta la cocina. Emilia ya estaba allí, tenía el pelo recogido de cualquier manera y llevaba una camiseta larga que parecía más de dormir que de salir.

—Buenos días, ¡Hoy es Nochebuena! —exclamó Sofía con entusiasmo por la llegada del día esperado.

—Buenos días —Emilia desvió su atención de la cafetera que estaba preparando—. Sí, hoy es.

—Mamá, al final no hemos puesto el árbol, y no puede haber Nochebuena ni Navidad sin el árbol... —Sofía se sentó frente a ella con notoria preocupación.

Emilia la miró unos segundos, como si intentara recordar algo.

—Ah... El árbol —se encogió de hombros—. Se me olvidó comprarlo.

La frase cayó en la cocina con una naturalidad que a Sofía le resultó familiar.

—Pero mamá, ¡Es importante!

—Seguro que Manuel consigue encontrar luego uno en algún bazar chino.

Sofía quedó algo más tranquila con esa respuesta. Terminó el desayuno en silencio. La mañana transcurría despacio. Manuel estuvo casi todo el tiempo en el salón, viendo programas de deportes con partidos repetidos. Emilia entraba y salía de las habitaciones, hablando por teléfono, enviando mensajes y buscando ropa en el armario.

—Manu, ¿Puedes acercarte a un chino a por un árbol y algunas bolas? —preguntó Emilia de repente.

—Joder Emilia, ¿En serio tengo que ir yo? —respondió Manuel visiblemente contrariado—. Siempre te cuido a la niña para que te vayas de fiesta y ahora tengo que ir a por un árbol cuando sabes que a mí la Navidad me la pela.

—Ya hombre, pero la niña está muy pesada con el tema, si es para que se calle ya.

—Pues nada, voy a por el puñetero árbol.

Manuel salió por la puerta dando un portazo, y lo que tenía bien claro es que no pensaba hacer esfuerzo alguno. Iría al bar aprovechando el ambiente festivo del día, a tomarse algunas cañas directamente y a probar suerte con alguna máquina, si de camino había algún bazar abierto bien, si no pues nada. A media tarde, el barrio empezó a vaciarse de movimiento. Desde la ventana del salón se veía a los últimos grupos de rezagados caminar con bolsas de comida, botellas de vino o bandejas cubiertas con papel de aluminio. Sofía miraba a la gente ir y venir durante unos segundos.

—Todos van a casa de su familia a cenar —dijo Sofía—.

—Claro —Emilia se estaba maquillando frente al espejo del recibidor—.

—¿Nosotros sólo vamos a cenar pizza?

—Sí, desde luego cochinillo no —dijo Emilia riendo irónicamente—.

De repente, Yako cruzó el pasillo hacia la puerta de entrada, por donde apareció Manuel con evidentes signos de embriaguez y las manos vacías.

—¿Y el árbol? —preguntó Sofía visiblemente preocupada.

—No he encontrado nada abierto que venda árboles de Navidad —contestó Manuel con ciertos problemas para vocalizar—.

—Manu... Ya te vale tío —Emilia estaba claramente decepcionada—.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Sofía con un nudo en la garganta y a punto de llorar.

—Tengo una idea —dijo Emilia intentando calmar el ambiente—, coge una maceta del balcón y la decoras con algún adorno hecho a mano.

—No es lo mismo —dijo Sofía yéndose a su habitación indignada pero decidida a hacer lo que Emilia había dicho, al menos para tener algo parecido a un ambiente navideño en casa.

A las ocho de la tarde ya era completamente de noche. Las luces de Navidad brillaban en las calles y algunas ventanas del edificio de enfrente dejaban ver mesas preparadas con manteles blancos y gente moviéndose alrededor. En el salón, Manuel había encendido la televisión. Un programa especial de Nochebuena mostraba a un grupo de presentadores cantando villancicos con una sonrisa exagerada. Todo parecía perfecto, sin embargo, no tenía nada que ver con lo que había en casa. Sofía ultimaba su decoración navideña improvisada cuando volvió a pensar en su padre. No en algo concreto, sino en ese hueco que a veces aparecía sin avisar. Como cuando en una foto falta alguien, pero nadie lo dice.

—¿Pedimos ya las pizzas? —preguntó Manuel.

—Sí, voy a ello —respondió Emilia desde el sofá—.

Hizo el pedido por el móvil. Media hora después llamaron al timbre. Manuel abrió la puerta y volvió con dos cajas de cartón que dejaron sobre la mesa.

—Cena de Nochebuena —dijo—.

Sofía sonrió un poco. Comieron en silencio frente a la televisión. El presentador del programa navideño hablaba de la importancia de pasar esa noche con la familia mientras en la pantalla aparecían

imágenes de mesas enormes llenas de comida. Sofía masticaba despacio. Cuando terminaron, Emilia se levantó.

—Bueno, voy a ir arreglándome.

Se fue al dormitorio y volvió unos minutos después con un vestido negro y un abrigo largo. Iba bien maquillada y peinada. Manuel y Emilia intercambiaron unas palabras breves, casi mecánicas, sin mirarse demasiado, evitando la discusión que ambos tenían motivos para iniciar.

—¿Ya te vas? —preguntó Sofía.

—Sí, ya viene una amiga a buscarme.

Se acercó a Sofía y le dio un beso rápido en la cabeza.

—Pórtate bien.

La puerta se cerró unos segundos después. El sonido del ascensor bajando resonó en el pasillo. Sofía se quedó mirando la puerta. En la televisión empezaban a cantar otro villancico. Manuel cambió de canal.

—¿Quieres ver una película? —preguntó.

—Vale.

Sofía se acomodó en el sofá sin decir nada. La televisión llenó el salón de luces y voces. Pero en la casa no cambió nada. Fuera, en las ventanas del edificio de enfrente, las familias seguían reunidas alrededor de sus mesas. Dentro del piso, la Nochebuena transcurría como cualquier otra. Manuel encontró una película en uno de los canales y dejó el mando sobre la mesa. Era una de esas comedias antiguas que repetían todos los años por las mismas fechas, con actores que Sofía no conocía. El salón estaba iluminado sólo por la luz del televisor y por una lámpara pequeña junto al sofá. Durante unos minutos Sofía intentó seguir la película, pero pronto dejó de prestar atención. Las voces de los actores se mezclaban con la música de fondo y con el ruido lejano de petardos que alguien había empezado a lanzar en la calle.

—¿Te gusta la peli? —preguntó Manuel.

—Sí.

No era exactamente verdad, pero tampoco le molestaba. Manuel abrió una nueva lata de cerveza y dio un trago largo.

—Cuando yo era pequeño —dijo—, en Navidad siempre había demasiada gente en casa.

—¿Te gustaba? —preguntó Sofía con curiosidad.

—A ratos —Manuel se encogió de hombros—.

—¿Iba toda tu familia?

—Más o menos —contestó Manuel volviendo a mirar la pantalla—. A veces es mejor que no venga nadie.

En la calle se escuchó una carcajada fuerte que subía desde algún portal cercano. Luego otra voz, y el ruido de un coche arrancando. La película seguía avanzando. En una escena, todos hablaban al mismo tiempo y alguien levantaba una copa para brindar. Sofía observaba con atención. Luego miró la mesa del salón, donde seguían las cajas de pizza, ya sólo con algunos bordes.

—Manu, ¿Crees que mi madre volverá muy tarde?

—Seguramente.

Sofía no pudo evitar que le embargara nuevamente la sensación de tristeza. Le hubiera gustado compartir esa noche tan familiar con su madre, jugando a algo, riendo, comiendo turrón... En lugar de haberse quedado con Manuel viendo cualquier cosa en la televisión, aburrida y sintiéndose tan sola. La película terminó casi sin que se diera cuenta. Manuel buscó otro canal y dejó un programa musical de fondo. El reloj del salón marcaba ya cerca de las once.

—Si tienes sueño, vete a la cama —dijo Manuel.

—Todavía no.

Sofía caminó hasta la ventana. Las luces de Navidad seguían encendidas en la calle y se escuchaba música y villancicos. Sofía apoyó la frente contra el cristal frío, sintiendo como una especie de mezcla entre envidia y pena.

—¿Qué pasa? —preguntó Manuel desde el sofá.

—Nada —Sofía no quiso compartir sus sentimientos con Manuel pues sabía que no iba a servir de mucho—.

El tiempo empezó a pasar más despacio y cuando el reloj marcaba las once y media Manuel apagó el televisor.

—Venga Sofía. A dormir —ordenó Manuel bruscamente—.

—¿Ya? —Sofía no quería irse a dormir tan pronto y que un día tan especial acabase de esa manera. Sin embargo, se levantó resignada—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Manuel, deseoso de quedarse por fin a solas y celebrar la Nochebuena a su manera sin necesidad de ocultarse.

Sofía caminó hasta su habitación seguida de Yako y cerró la puerta. En la cama, el silencio era más profundo que en el resto de la casa. Se tapó con la manta y miró el techo durante unos minutos. Pensó en Laura. En su familia reunida alrededor de la mesa, en el cochinillo del que hablaba en el colegio. Luego pensó en las pizzas. No sólo estaba triste, sino que tenía una sensación rara en su pecho que le hacía difícil respirar con normalidad. Cerró los ojos intentando calmarse, cuando de ellos empezaron a brotar algunas lágrimas hasta que logró dormirse. En algún momento de la madrugada, el sobresalto de Yako y el sonido de la puerta de casa la despertó ligeramente de su sueño. Emilia había vuelto. Escuchó pasos en el pasillo, el ruido de unos zapatos cayendo al suelo y una risa baja que desapareció enseguida entre murmullos y alguna que otra voz más alta de lo normal. Sofía no abrió los ojos. Se limitó a girarse hacia la pared y volver a dormirse. La Nochebuena terminó sin que nada más ocurriera. Al día siguiente, cuando despertó, el mundo seguía exactamente igual que antes. Esa noche, mientras miraba las luces de Navidad desde la ventana, Sofía tuvo una sensación nueva.

Por primera vez, no quería sólo saber de su padre. Empezaba a necesitar entender qué había pasado de verdad y por qué su vida era tan diferente a las de sus compañeras de colegio.

Algeciras

Al amanecer Iván y Fran salieron hacia la frontera. La carretera a Ceuta era estrecha y llena de curvas. Pasaron por pueblos pequeños con nombres imposibles de pronunciar. El tráfico se fue espesando conforme se acercaban a la frontera. Colas de coches, camiones y furgonetas esperando bajo el sol. El control marroquí de Beni Enzar era lento y minucioso: pasaportes, maleteros abiertos, preguntas en árabe y español. Un guardia los miró con desconfianza durante casi dos minutos antes de sellar los documentos, hasta que encontró los billetes de veinte euros entre las páginas centrales de sus pasaportes, lo que cambió su expresión y le ayudó a ser más diligente. Cruzaron El Tarajal y entraron en España. Desde allí tomaron la carretera hacia el Puerto. El ferry cruzó el Estrecho con una calma engañosa. Desde la cubierta, el mar parecía casi inmóvil bajo el cielo azul de la mañana. El monte marroquí llamado Monte Musa, más conocido en Ceuta como 'la Mujer Muerta' se alejaba lentamente mientras la costa española iba apareciendo poco a poco en el horizonte. Iván apoyó los antebrazos en la barandilla metálica. Siempre le ocurría lo mismo al cruzar aquel tramo de agua: la sensación de estar pasando de un mundo a otro en cuestión de minutos. Fran salió del interior del barco con dos vasos de café de máquina.

—Esto es lo mejor que he podido conseguir —dijo ofreciendo uno—.

—Gracias —Iván lo cogió sin apartar la vista del horizonte—.

Durante unos segundos permanecieron en silencio observando el mar. El viento traía olor a sal y a combustible.

—¿Has dormido algo? —preguntó Fran.

—Un poco.

—Yo nada —dijo Fran dando un sorbo al café—. Si esas cajas ya han cruzado, vamos tarde.

—Y si aún no lo han hecho, lo harán pronto —Iván era consciente de que Fran estaba en lo cierto —.

A lo lejos empezaban a distinguirse los contenedores del puerto de Algeciras. Una fila interminable de grúas metálicas rompía la silueta del cielo como un bosque de hierro.

—Ahí está, el Puerto de Algeciras —dijo Fran —.

Iván sabía bien que Algeciras no era sólo un puerto, era uno de los lugares donde medio mundo parecía cruzarse sin detenerse demasiado. Y por eso mismo, el sitio perfecto para que algo desapareciera sin dejar rastro. Cuando el ferry atracó, el movimiento fue inmediato. Camiones, coches y pasajeros comenzaron a desembarcar con la rapidez habitual de un lugar acostumbrado al tránsito constante. Iván y Fran caminaron por la terminal sin llamar la atención. Las coordenadas de la cala cerca de Algeciras coincidían con zonas conocidas de descargas de narcolanchas.

—¿Por dónde empezamos? ¿Por el puerto? —preguntó Iván.

—Vamos a echar un vistazo a las lanchas —dijo Fran con la determinación de alguien que no es la primera vez que busca una aguja en un pajar —. Es lo único que no pasa controles.

Salieron del edificio de la terminal y caminaron hacia el aparcamiento. El ruido de los motores, las sirenas de las grúas y las voces de los trabajadores formaban un sonido de fondo constante.

—El problema del Estrecho —dijo Fran mientras encendía un cigarrillo— es que hay demasiados ojos mirando en todas direcciones.

—Ya, pero cuando sabes qué dirección quieres tomar, sabes qué ojos tienes que comprar.

Fran asintió. El coche de alquiler estaba donde lo habían dejado la última vez. Fran abrió la puerta del conductor.

—¿Dónde vamos primero? —preguntó Iván pensando unos segundos.

—La Línea, Tarifa, Barbate o cualquier otro punto donde descarguen los narcos —.

—Eso son muchos kilómetros de costa.

—Sí —dijo Fran arrancando el motor—, lo sé.

—Entonces tendremos que empezar por alguien que conozca el terreno —dijo Iván mientras miraba el puerto una vez más antes de subir al coche—. Me parece que sé quién puede ayudarnos.

—¿Policía? —Fran levantó una ceja.

—Guardia Civil.

—Mejor aún —señaló Fran con una sonrisa—.

El coche salió del aparcamiento y se incorporó a la carretera que rodeaba el puerto. A la derecha, las enormes filas de contenedores se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

—Es curioso la cantidad de cosas que pasan por aquí todos los días —dijo Fran—.

—Más de lo que nadie imagina —añadió Iván mientras observaba el tráfico de camiones—.

—Y ahora tenemos que encontrar unas cuantas cajas entre todo eso.

Iván se quedó callado, porque en realidad sabía que el problema no se acabaría encontrando las cajas. La cuestión principal era confirmar su contenido y descubrir qué pensaban hacer con él cuando llegaran a su destino. El coche salió de la zona portuaria y tomó la avenida que bordeaba la bahía. A esa hora de la mañana el tráfico empezaba a ser más intenso: camiones que entraban y salían del puerto, furgonetas de reparto y algunos coches particulares que parecían ajenos al movimiento constante de mercancías. Fran condujo unos minutos en silencio.

—¿Ese contacto tuyo tiene experiencia en estos temas? —preguntó Fran al fin.

—Bastante —dijo Iván en tono tranquilizador—, estuvo en la Policía Judicial unos años.

—Entonces sabrá de qué hablamos —Fran sonrió—.

—Claro que sí.

El coche abandonó la avenida principal y empezó a subir por una calle más estrecha que atravesaba uno de los barrios cercanos al puerto. Las casas estaban pintadas de blanco y muchas tenían balcones pequeños con ropa tendida.

—¿Cómo se llama tu contacto? —preguntó Fran.

—Sergio.

—¿Y confías en él?

—Lo suficiente —Iván miró por la ventanilla—.

Iván contactó con Sergio y acordaron lugar y hora para reunirse de forma discreta lo antes posible. Sergio les citó aquella misma tarde, por lo que hasta entonces aprovecharon para comer algo y echar una cabezada en el coche. Llegada la hora de la cita, se encaminaron hacia el lugar, y después de un rato conduciendo, Fran detuvo el coche en el primer hueco libre que encontró frente a un bar pequeño en la esquina de la plaza de San Isidro.

—Ahí es —señaló Iván hacia el bar 'Pepe Troya'—.

El lugar tenía ese aspecto de bar típico andaluz que abría temprano para los marineros y trabajadores del puerto: pequeña terraza con mesas y taburetes altos de metal, algo desgastadas y un olor persistente a marisco y fritura de pescado. Dentro, varios hombres desayunaban en silencio mientras miraban las noticias en una televisión colgada en una pared repleta de fotos enmarcadas. Sergio estaba sentado al fondo. Iván lo reconoció enseguida. Tenía la misma postura relajada de siempre, apoyado contra el respaldo de la silla con una taza de café delante. Cuando los vio entrar se alegró al ver a Iván.

—¿Qué dice el tío? Cuánto tiempo.

—¿Qué pasa hombre? —Iván se acercó a la mesa.

—Pensaba que estabas en Marruecos —dijo Sergio mientras se estrechaban las manos.

—Lo estaba, el Estrecho es pequeño.

—¿Y tú eres? —Sergio observó a Fran.

—Soy Fran, el compañero de Iván.

—Encantado —Sergio asintió estrechándole la mano también a él—.

El camarero se acercó a tomarles nota y pidieron dos cafés más. Cuando se alejó, Sergio volvió a mirarlos.

—Bueno... Contadme.

—Narcolanchas —Iván no perdió tiempo—.

—Eso no es nada nuevo —Sergio apoyó los codos en la mesa—.

—Esta vez no llevan droga.

—¿Entonces qué? —Sergio frunció ligeramente el ceño.

—Armas, sospechamos —Iván lo miró directamente—.

El silencio se instaló durante un instante. En la televisión alguien hablaba sobre el estado del tráfico en la autopista, pero en la mesa nadie prestaba atención. Sergio dejó la taza sobre el plato.

—¿Estás seguro?

—Bastante.

—Cajas alargadas descargadas en la costa marroquí —Fran intervino—.

—¿Fuente fiable?

—Sí.

—Genial. —Sergio se recostó en la silla—.

El camarero se acercó nuevamente y les dejó los cafés sobre la mesa. Nadie los tocó.

—¿Cuándo cruzan? —preguntó Sergio.

—No lo sabemos, pero es inminente —comentó Iván con evidente preocupación—. Además, hay al menos un oficial de la Marina Real Marroquí implicado.

—Por algún motivo no me sorprende que haya autoridades marroquíes implicadas. El problema es que aquí cada noche cruzan cosas —lamentó Sergio suspirando—.

—Lo sabemos.

—¿Tenéis idea de dónde desembarcan?

—Sabemos que salen de algún punto entre Martil y Oued Laou —explicó Fran sacó el mapa doblado del bolsillo—.

—Eso es Marruecos —dijo Sergio observando el mapa—. Yo hablo de este lado.

—Por eso estamos aquí —Iván apoyó la taza en la mesa—, para averiguarlo.

—Si vienen en gomas... —Sergio miró el mapa otra vez—. Las rutas más rápidas son Tarifa o la zona de La Línea.

—Eso pensamos —asintió Fran.

—Pero también pueden entrar por cualquier playa entre aquí y Barbate —Sergio pasó un dedo por el mapa de la costa—.

Iván tenía la sensación de que estaban más cerca de algo importante, pero también de que ese algo podía salirse de control en cualquier momento.

—Demasiados sitios donde buscar —señaló intentando no frustrarse—.

—¿Y quién paga todo esto? —Sergio levantó la mirada.

—Ben Farraj —Iván tardó un segundo en responder—.

—Claro —Sergio soltó una risa breve—.

—¿Lo conoces?

—De oídas.

—¿Y qué has oído?

—Que cuando alguien como ese mueve armas, no es para venderlas en el mercado negro —Sergio cogió la taza y bebió por primera vez—, sino para usarlas.

El ruido de una moto pasó por la calle. Iván intercambió una mirada con Fran. Sergio continuó.

—Y si esas armas ya están cruzando el Estrecho... —hizo una pausa breve— Entonces lo peor todavía no ha empezado.

Sergio se quedó unos segundos mirando el mapa como si intentara ver algo más allá de las líneas dibujadas. El bar seguía lleno de conversaciones bajas, tazas chocando contra los platos y el sonido constante de la cafetera funcionando detrás de la barra.

—¿Tenéis confirmación de cuántas armas? —preguntó finalmente.

—No exactamente —Iván negó con la cabeza—.

—¿Y una estimación?

—Más de las necesarias para un par de tipos con pistolas.

—Estupendo —Sergio se pasó la mano por la barbilla—.

—En Marruecos hablaron de cajas alargadas —Fran bebió un sorbo de café—.

—Eso puede ser cualquier cosa —respondió Sergio—. Fusiles, ametralladoras, incluso lanzagranadas si se ponen creativos.

—¿Has visto algo raro últimamente? —Iván lo observaba con atención.

—Movimientos, siempre hay —respondió Sergio pensando unos segundos—.

—¿Pero nada fuera de lo normal? —Insistió Iván.

—Aquí lo normal ya es bastante raro —Sergio miró hacia la televisión del bar, donde aparecían imágenes del puerto—.

—Piensa en cualquier detalle que nos pueda servir —Iván apoyó los codos sobre la mesa—.

—Hace dos noches hubo movimiento en la zona de Getares —explicó Sergio volviendo a mirar el mapa de la costa—.

—¿Gomas? —preguntó Fran levantando la cabeza—.

—Posiblemente.

—¿Pero intervinisteis?

—Cuando llegamos ya no había nada. —lamentó Sergio negando con la cabeza—.

—¿Y nadie vio nada? —cuestionó Iván frunciendo ligeramente el ceño.

—Siempre hay alguien que ve algo —Sergio soltó una pequeña risa—, pero nadie habla demasiado.

—¿Crees que ya han entrado? — Fran se inclinó hacia delante.

—Puede que sí —Sergio se quedó pensativo—, o puede que estén esperando.

Iván sabía que ambas opciones eran malas.

—Si ya estuvieran aquí —dijo—, seguramente alguien las estaría guardando.

—En esta zona hay muchos sitios donde esconder cosas — Sergio miró a su alrededor antes de responder—. Polígonos industriales, naves abandonadas, garajes, etc.

—Perfecto —Fran exhaló con preocupación —.

—Y si usan la red de los narcos —Sergio continuó—, entonces tienen transporte y gente.

Iván se reclinó ligeramente en la silla. En su cabeza empezaban a ordenarse varias piezas al mismo tiempo. Las armas, las lanchas, Ben Farraj, el dinero moviéndose hacia Gibraltar.

—Una cosa hay que tener clara en todo este tema —dijo de pronto—.

—¿Cuál? —Sergio levantó la mirada.

—Que esto no es narcotráfico —Iván habló despacio—, es preparación.

—¿Preparación para qué? —preguntó Sergio apoyando la espalda en la silla.

—Para algo gordo —Iván no respondió inmediatamente porque todavía no tenía una respuesta completa, pero sí una intuición cada vez más clara—.

El silencio se instaló en la mesa durante unos segundos. Sergio cogió el móvil del bolsillo y miró la pantalla.

—Voy a hacer unas llamadas.

—¿A quién? —preguntó Fran.

—A gente que sabe cuándo las lanchas se mueven antes que nosotros —dijo levantándose de la silla—. Si las cajas ya han cruzado, puede que me entere de cosas.

—Lláname en cuanto sepas algo —Iván asintió—.

—Claro que sí, me he alegrado mucho de verte después de tanto tiempo —dijo Sergio ya en dirección a la puerta—. Una cosa más —dijo girándose mientras miraba a Iván y a Fran—, si esas armas están aquí, tenemos que encontrarlas rápido o la cosa se puede poner muy fea.

Luego salió del bar mientras comenzaba a buscar contactos en su móvil y hacía varias llamadas.

—Cada vez me gusta menos esto —comentó Fran con la mirada perdida en la taza de café mientras Iván pedía la cuenta—.

Iván también lo sabía, pero lo que más le preocupaba no era el número de armas, ni siquiera la facilidad con la que podían haber cruzado el Estrecho. Lo que realmente le inquietaba era otra cosa. Que alguien estuviera preparando algo lo bastante importante como para mover todo aquello sin preocuparse demasiado por el dinero ni por el riesgo. Y en su experiencia, cuando alguien hacía algo así, el

objetivo nunca era pequeño. Fran dejó caer unas monedas sobre la mesa a modo de propina y se levantó.

—Vamos, tenemos tarea.

Iván se puso en pie sin terminar el café. El bar había vuelto a su ritmo habitual, como si aquella conversación no hubiera significado nada especial. Al salir a la calle, el aire era más fresco que dentro. La plaza estaba llena de movimiento: un camión descargando cajas de cerveza frente a una tienda, un hombre barriendo la acera y dos turistas mirando un mapa con cara de no entender muy bien dónde estaban. Fran encendió un cigarrillo.

—Entonces... —dijo mientras caminaban hacia el coche— Tenemos armas entrando en España, una red de narcos ayudando y un tipo como Ben Farraj pagando todo.

—Exactamente Iván mientras abría la puerta del coche—.

—Esto huele mal —dijo Fran sentándose al volante—.

Iván miró por la ventanilla mientras el coche arrancaba. Fran condujo unos metros en silencio.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Iván tras pensar unos segundos.

—Investigaremos almacenes.

—¿Los del puerto?

—No —respondió Fran negando con la cabeza—. Ahí hay demasiada vigilancia.

—Entonces en los polígonos —asintió Iván—.

—Sí, hay seis por esta zona —explicó Fran girando el volante en una rotonda—. Empezaremos por los que sabemos que usan los narcos.

—Eso reduce un poco la lista —puntualizó Iván mientras contemplaba el tráfico—.

—Un poco.

La carretera los llevó hacia una zona industrial al sur de la ciudad. Grandes naves metálicas se alineaban a ambos lados, muchas con puertas cerradas y carteles descoloridos en las fachadas. El lugar tenía ese aspecto de actividad suspendida que tienen algunos polígonos a mitad de mañana: camiones aparcados, algún operario fumando junto a una puerta, perros ladrando detrás de una verja. Pasaron frente a una nave especialmente grande con la puerta medio abierta. Dentro se veía la sombra de un camión.

—¿Paramos en ésta? —preguntó Iván.

—No, es demasiado visible —Fran siguió conduciendo—.

—Entonces ¿qué buscamos exactamente?

—Movimiento —Fran tardó un momento en responder—. Gente entrando y saliendo sin motivo claro, camiones a horas raras, puertas abiertas cuando no deberían.

El coche avanzó despacio por una calle lateral del polígono. En una esquina, un grupo de hombres hablaba junto a una furgoneta blanca. En otra nave, un trabajador descargaba cajas de un camión. Nada parecía especialmente fuera de lugar. Pero Iván sabía que ese era precisamente el problema, que cuando algo se hace bien, no llama la atención.

—¿Y si ya han movido las armas de aquí? —preguntó Iván.

—Es una posibilidad.

—Entonces podríamos estar buscando en el sitio equivocado —dijo Iván mirando el cielo gris sobre las naves—.

—No lo creo, alguien tendrá que recogerlas —dijo Fran mirando de reojo—.

El coche llegó al final de la calle sin que hubieran visto nada sospechoso, así que Fran redujo la velocidad para dar media vuelta. Iván prefería descubrir cualquier actividad de manera flagrante a tener meros indicios, pues sabía que esperar la autorización judicial podía hacer que desaparezca cualquier prueba o rastro. Era una lección que tenía bien aprendida y que le despertó algunos

recuerdos. De repente, le vinieron a la mente imágenes que pasaban muy rápido como para detenerse en ellas. Una comisaría, un juzgado, un piso con una mudanza a medio hacer, un peluche...

—¡Eh! ¡Espabila! —gritó Fran— Ya te estás quedando absorto otra vez.

—Si tío, perdona, me he puesto a divagar en mis pensamientos.

Iván miró una última vez las naves del polígono mientras el coche giraba para volver hacia la carretera principal. Y en ese momento, por primera vez desde que habían salido de Marruecos, tuvo la incómoda certeza de que las armas no estaban en Algeciras para quedarse allí mucho tiempo, sino que estaban de paso camino de algún lugar donde alguien pensaba utilizarlas muy pronto. Fran salió del polígono y tomó la carretera que volvía hacia la bahía. Durante unos minutos condujo sin hablar, concentrado en el tráfico. A esa hora los camiones empezaban a acumularse en los accesos al puerto. Iván miraba por la ventanilla. En su cabeza seguía dando vueltas la misma idea.

—Si yo tuviera que mover algo así —dijo de pronto— no lo guardaría aquí más de una noche.

—Demasiado cerca del puerto, demasiada policía y demasiados ojos —añadió Fran respaldando la afirmación de su compañero—.

El coche entró en la autovía. A lo lejos se veía la silueta del Peñón de Gibraltar en contraste con el cielo. Iván lo señaló con el dedo.

—¿Crees que el dinero que va a Gibraltar tiene que ver con esto?

—Estoy casi seguro.

—¿Para pagar las armas?

—Las armas ya están pagadas —Fran negó con la cabeza lentamente—.

—Entonces, ¿Para qué? —Iván tardó unos segundos en responder.

—Pues para logística, transporte, papeles, etc.

—El paquete completo —resumió Iván sin apartar la vista del retrovisor derecho—.

—Cuando alguien prepara algo grande, el dinero empieza a moverse antes que las armas. —explicó Fran mientras ponía el intermitente para realizar un cambio de carril—.

—Entonces hay que encontrar quién las espera —asintió Iván—.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Iván.

Fran miró el paisaje que pasaba a ambos lados de la carretera: polígonos, gasolineras, camiones, etc.

—Si yo estuviera organizando algo así, necesitaría un lugar tranquilo.

—¿Una nave? —preguntó Iván.

—No necesariamente.

—Explícate.

—Una nave llama mucho la atención si entra gente armada.

—Eso es verdad.

En ese momento el móvil de Iván vibró. Miró la pantalla y era Sergio, así que contestó.

—Dime.

Del otro lado llegó la voz del guardia civil, más seria que antes.

—Creo que he encontrado algo.

Iván intercambió una mirada rápida con Fran.

—Cuéntame.

—Una finca.

—¿Dónde? — continuó Iván.

Hubo un segundo de silencio antes de la respuesta.

—Cerca de Los Barrios.

—Eso está a diez minutos comentó —Fran girando ligeramente el volante—.

—¿Qué información tienes? —Iván habló de nuevo al teléfono.

—En mi unidad han registrado estos días algunos movimientos raros. Una furgoneta que no pertenece a la zona, dos coches entrando de madrugada y nadie del pueblo sabe quién está allí.

Iván sintió esa sensación familiar que aparecía cuando algo empezaba a encajar.

—¿Puedes mandarnos la ubicación?

—Ahora mismo.

El móvil vibró de nuevo e Iván abrió la ubicación enviada por Sergio. Un punto azul apareció en el mapa. Iván se lo enseñó a Fran.

—Es ahí.

—De puta madre —contestó Fran tras mirar la pantalla. Puso el intermitente y tomó la salida de la autovía —. Vamos a ver si alguien está guardando un arsenal para Navidad.

—Así que una finca... —reflexionó Iván en voz alta mientras seguía mirando la carretera—.

—Sí —contestó Fran con una ligera sonrisa—. Campo, caminos de tierra, vecinos lejos. Y esta zona está llena de fincas.

—Pero las gomas suelen descargar cerca de rutas rápidas —Iván lo entendió enseguida—. Claro, la autovía.

—Exacto, para salir rápido hacia el interior.

Fran bajó la velocidad e Iván aprovechó para volver a mirar el mapa, estaban ya muy cerca de la ubicación que habían recibido. Si Sergio tenía razón, las armas ya no estaban cruzando el Estrecho, estaban en España y alguien las estaba preparando para el siguiente paso. El problema era que todavía no sabían cuál era ese paso. Pero

cada minuto que pasaba aumentaba la sensación de que el tiempo empezaba a acabarse. Apagaron las luces del coche y se aproximaron a muy baja velocidad. En cuanto se detuvieron en una zona con alcance visual sobre la finca, Iván mantuvo los prismáticos pegados a los ojos. Dos hombres descargaban unas cajas de madera alargadas de la furgoneta con movimientos tranquilos, como si no tuvieran ninguna prisa y las llevaban a un cobertizo a escasos metros. Abrieron una de ellas sobre una mesa metálica que había dentro del cobertizo. Incluso desde la distancia se distinguía la forma de los fusiles.

—Son AK 74, o similares —murmuró Iván.

—¿Seguro? —Fran se inclinó un poco más.

—Confirmado.

El acero de los fusiles tenía ese tono gris típico de los AK y el color de los guardamanos de madera anaranjada casi rojo oscuro, contrastaba con el interior claro de la caja. El hombre volvió a cerrarla y la llevó al fondo del cobertizo. Fran observaba en silencio.

—Resulta que Sergio estaba en lo cierto —murmuró Iván—.

—Eso parece —admitió Fran—.

—No son pocas Aks —Iván siguió mirando e identificó otra caja dentro de la furgoneta—.

—¿Cuántas calculas?

—Unas cinco o seis Aks por caja serán unas diez, quizá doce Aks —dijo Iván haciendo un cálculo rápido—.

—Eso es demasiado para dos o tres personas.

Un tercer hombre apareció en la puerta del cobertizo hablando por teléfono. Iván lo observó con atención.

—¿Qué pasa? —preguntó Fran.

—Ha aparecido un tercer tío. No está descargando, está coordinando.

El hombre terminó la llamada y señaló algo hacia el interior de la finca. Los otros dos asintieron y siguieron descargando. Iván volvió a levantar los prismáticos y en ese momento vio algo más. Uno de los hombres sacaba una mochila negra de la parte trasera de la furgoneta. No parecía especialmente pesada. La colocó sobre la mesa y abrió la cremallera con cuidado. Iván ajustó el enfoque y capturó varias imágenes. No podía ver el contenido con claridad, pero sí alcanzó a distinguir cableado, una pequeña batería y lo que parecía un teléfono móvil sujeto con cinta. Iván le pasó a Fran los prismáticos para que observara lo que el acababa de ver, y Fran después de hacerlo y sacar fotografías, los bajó despacio.

—Eso no parece droga —dijo Fran sorprendido—.

—No —contestó Iván realizando una negación con la cabeza—.

En la mesa, la segunda caja seguía abierta. Dentro descansaban varios fusiles AK 74 perfectamente alineados. Pero ninguno de los hombres parecía especialmente interesado en ellos en ese momento. Toda la atención estaba puesta en la mochila.

—Explosivo plástico —dijo Fran.

En ese momento, Iván comprendió algo importante. Las armas del cargamento no eran el verdadero problema, eran sólo la punta del iceberg, la parte visible. Lo que realmente importaba estaba dentro de aquella mochila y si alguien se llevaba esa mochila de la finca... Un atentado sería la hipótesis más factible, y ya no sería solamente una posibilidad futura sino meramente una cuestión de tiempo. Fran volvió a mirar por los prismáticos.

—¡Qué cojones querrán hacer estos cabrones con AKs y explosivo plástico y dónde, joder!

Iván no apartaba la mirada de aquel cobertizo. Dentro, uno de los hombres había sacado ahora dos fusiles de la caja abierta y los apoyaba contra la mesa. No parecía que estuviera revisando el cargamento completo. Sólo seleccionaba algunas piezas. El hombre cogió uno de los fusiles que estaban apoyados sobre la mesa, comprobó el cierre y lo volvió a dejar apoyado de nuevo. Después

hizo lo mismo con el otro. Aunque la caja todavía tenía varios fusiles dentro, no tocó ninguno más. El tercer hombre —el que había estado hablando por teléfono— apareció otra vez en la puerta del cobertizo. Miró el interior, dijo algo que Iván no pudo escuchar y señaló hacia la furgoneta. El que estaba con la mochila asintió. Sacó el teléfono que había dentro y comprobó la pantalla durante un segundo. Luego volvió a guardarlo con el cableado. Iván sintió una presión incómoda en el pecho. Dentro del cobertizo, los dos hombres terminaron de preparar el equipo. Uno de ellos cerró la mochila y la dejó en el suelo. Después cogió uno de los fusiles y lo introdujo en una bolsa deportiva larga. El otro hizo lo mismo con el segundo. El resto de las armas permanecieron dentro de las cajas. Uno de estos hombres cerró la puerta trasera de la furgoneta. El coordinador volvió a hablar por teléfono.

—¿Qué hacemos? —dijo Iván bajando los prismáticos.

Fran no respondió inmediatamente. La respuesta obvia era intervenir, aunque si lo hacían ahora sólo detendrían a tres hombres y confiscarían el material, pero perderían algo mucho más importante.

—Vamos a seguirles —dijo al fin Fran—.

—¿Seguro? Si nos ve se va todo al carajo.

—Pues entonces que no nos vean.

El hombre que llevaba la mochila salió del cobertizo y caminó hacia el todoterreno. Abrió el maletero y la dejó dentro. Los otros dos terminaron de cerrar las cajas dentro del cobertizo.

—Se mueven —dijo Fran—, prepárate.

Iván guardó los prismáticos. El motor del BMW arrancó. Desde la distancia vieron cómo los tres hombres se subían al vehículo, que abandonaba la finca y tomaba el camino de tierra que conectaba con la carretera. Fran esperó unos segundos antes de arrancar el motor y salir tras ellos dejando una prudencial distancia. El coche avanzó lentamente. Cuando llegaron al cruce, el todoterreno ya estaba unos doscientos metros por delante.

—No te pongas demasiado cerca —dijo Iván—.

—Lo sé.

La carretera conducía de nuevo hacia la autovía. Fran observó el vehículo que seguían, identificando marca, modelo y matrícula. Se trataba de un BMW X5 negro, con matrícula 3803 LVN. El todoterreno puso el intermitente y tomó la incorporación a la autovía. Fran frunció el ceño. Iván miró las señales. «Jerez de la Fra — Sevilla». El todoterreno aceleró significativamente.

—¿A dónde van? —preguntó Fran.

Iván observó el tráfico, y durante unos segundos no dijo nada. Hasta que el coche delante de ellos tomó otro desvío. Un cartel azul apareció a la derecha de la carretera. Iván lo leyó en voz alta. «A— 381 — Jerez de la Fra / Sevilla».

—Por ahora parece que van en dirección a Sevilla.

Iván sintió cómo todas las piezas empezaban a colocarse de golpe: las armas, la mochila, los detonadores y el destino.

—Entonces ya sabemos dónde —dijo Iván observando como el todoterreno se mezclaba entre el tráfico.

—No está claro si es su destino final o si seguirán dirección Madrid —dijo Fran haciendo una breve pausa—. Por ahora lo que está claro es que tenemos que llegar antes que ellos.

Fran mantuvo la distancia mientras el todoterreno se incorporaba a la «A—381». El tráfico era moderado a esa hora de la noche: camiones que venían del puerto, algunos turismos y varias furgonetas de reparto. Fran dejó que un camión se interpusiera entre ellos y el todoterreno. Desde allí podían tenerlo controlado sin llamar la atención.

—¿Informamos a Madrid? —preguntó Iván mirando el coche delante de ellos.

—Todavía no —Fran frunció el ceño—. Si damos el aviso ahora, los paran en un control y perdemos al resto.

—Supongo que te refieres al resto de la célula —dijo Iván entendiéndolo a lo que Fran se quería referir—.

El todoterreno seguía avanzando con una velocidad constante, sin hacer movimientos bruscos. El conductor parecía cómodo en la carretera, como si el trayecto estuviera perfectamente planificado.

—No van nerviosos —observó Iván.

—Eso es bueno, significa que creen que nadie les sigue.

Durante varios kilómetros el trayecto transcurrió sin cambios. La autovía serpenteaba entre las colinas del Parque Natural de Los Alcornocales, con grandes masas de bosque a ambos lados. El paisaje era tranquilo, demasiado tranquilo para lo que sabían que llevaba el coche de delante.

—De momento, el destino más probable parece una ciudad andaluza —dijo Fran—. Tú que has vivido allí, ¿Cuáles podrían ser sus objetivos?

—En Andalucía hay muchos sitios con gran afluencia de gente, y más en esta época —Iván pensó unos segundos, pero no logró concluir nada—.

La autovía comenzó a abrirse hacia una zona más amplia. El todoterreno redujo ligeramente la velocidad.

—Van a coger una salida —dijo Fran.

El vehículo delante de ellos puso el intermitente. A la derecha apareció un nuevo cartel. «Área de servicio — 500 m».

—Parece que van a hacer una parada aquí —murmuró Iván—. Qué raro que hagan una parada en una gasolinera llevando armas y explosivos.

—Yo seguiré de largo por el camino de servicio a baja velocidad.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo—. Si se detienen nos dará ventaja.

El BMW salió de la autovía y se dirigió hacia la gasolinera, pero Fran redujo la velocidad y continuó por el camino de servicio como

había indicado. Iván miró por el retrovisor lateral mientras les sobrepasaban. El todoterreno se detenía junto a la máquina de aire a presión, y el conductor se bajó a revisar la rueda trasera derecha primero, y luego el resto.

—Están revisando las ruedas —dijo Fran sorprendido —, parece que han tenido alguna complicación—.

—Donde sea que vayan está a más de dos horas —asintió Iván. Luego se quedó pensando un momento, llegando a una conclusión—. Llegaríamos de madrugada, así que seguramente el atentado no será hoy.

—Puede ser mañana, pasado, o incluso dentro de una semana —respondió Fran sopesando las posibilidades—.

—Exacto, entonces ¿Cuándo crees que será? —se cuestionó Iván volviendo a mirar la carretera.

—Ni idea, pero cuando alguien mueve explosivos y armas al mismo tiempo... Normalmente significa que el plan ya está en marcha —explicó Fran acelerando ligeramente—.

—Pues tendremos que descubrirlo antes de que lo ejecuten.

Iván observó la autovía extendiéndose hacia el norte. Tras unos minutos de incertidumbre en el que se solventó la incidencia, el BMW volvió a verse por el retrovisor y cuando lo hizo, Fran e Iván continuaron siguiéndolo. Fran mantuvo el coche a una velocidad constante mientras avanzaban por la autovía. El paisaje seguía siendo el mismo: colinas llenas de sembrados, largas rectas con alguna curva suaves y algún camión adelantando con parsimonia. El vehículo volvió a situarse varios cientos de metros delante de ellos. Durante unos minutos ninguno habló.

—Voy a llamar a Sergio —dijo Iván finalmente mientras buscaba el contacto en la agenda—.

—Dime —Sergio respondió al segundo tono—.

—Tenemos movimiento.

—¿Habéis localizado las armas?

—Una parte de ellas.

—¿Qué tenéis?

—Tres individuos de momento, en dirección Sevilla, Córdoba o Madrid con dos fusiles tipo AK y lo que creemos que son explosivos con detonadores a distancia.

Hubo un breve silencio al otro lado del teléfono.

—Esto no me gusta nada —dijo Sergio.

—A mí tampoco.

—¿Los estáis siguiendo?

—Sí, los tenemos justo delante. BMW X5 negro, con placa tres, ocho, cero, tres, Lima, Víctor, November.

—Voy a mover a la gente.

—No todavía. Si montáis controles ahora, desaparecen.

—Te mando apoyo discreto de todas formas.

—Gracias, te mantengo informado —Iván colgó—.

La carretera continuó ascendiendo ligeramente. El todoterreno seguía delante, manteniendo una velocidad constante. Pasaron junto a otro cartel, «Sevilla — Cádiz — Córdoba». El BMW siguió recto, y el coche que Fran e Iván tenían delante de ellos cambió de carril para adelantar a un camión. Fran hizo lo mismo varios segundos después, manteniendo siempre la distancia. Iván volvió a mirar el todoterreno, que puso el intermitente y tomó una salida secundaria de la autovía. No era una ciudad grande ni una población especialmente conocida. Apenas un enlace con una carretera comarcal que se internaba hacia el interior. Iván miró el cartel mientras pasaban. Fran dejó que dos coches se interpusieran entre ellos antes de tomar la misma salida. La carretera se volvió más estrecha y oscura y a ambos lados aparecieron campos abiertos, algunos olivares y pequeñas casas aisladas. El BMW mantenía la velocidad y después de unos kilómetros más, volvió a poner el intermitente y giró hacia un camino de tierra. Fran redujo la velocidad y apagó las luces. El

todoterreno avanzó unos cien metros por el camino antes de desaparecer detrás de una arboleda. Fran detuvo el coche en el arcén.

—A partir de aquí, iremos a pata.

Iván asintió y acto seguido Fran apagó el motor. El silencio del campo era profundo, sólo se escuchaba el viento moviendo las ramas de los árboles, algún perro ladrando a lo lejos y el sonido de los grillos. Caminaron despacio por el borde del camino. Después de unos minutos, las luces del todoterreno se divisaron entre unos árboles. Se habían detenido frente a una casa rural grande, con un pequeño almacén agrícola al lado.

—Otra finca —susurró Fran—.

—Sí —confirmó Iván—, voy a pasar ubicación a Madrid y a Sergio, a ver qué saben de ella.

Desde su posición podían ver perfectamente el patio delantero. El conductor del BMW salió del coche. Era un hombre de unos cincuenta años, con aspecto algo desaliñado. Cuando los otros dos hombres bajaron del coche, la puerta de la casa se abrió y dos hombres más salieron al patio, se acercaron al vehículo y comenzaron a hablar con ellos. El conductor miró alrededor con gesto cansado y abrió el maletero.

—Ahí está el resto de la célula —señaló Iván mirando de nuevo a través de los prismáticos y capturando imágenes—.

—¿Cuántos son? —preguntó Fran

—Solamente veo a dos nuevos, así que cinco en total.

Uno de los hombres habló brevemente con el conductor y le dio algo que parecía un sobre, mientras el resto cambiaba las dos bolsas deportivas y la mochila a otro coche, un Land Rover Defender de color verde oliva del que no se distinguía la matrícula a tanta distancia.

—Parece que le están dando un sobre al conductor —murmuró Fran.

—Sí, ya veo, podría ser un pago.

El conductor ni siquiera miró dentro del maletero. Cerró la puerta del vehículo, guardó el sobre en el bolsillo y volvió a subir al coche. El BMW arrancó y salió por el mismo camino por el que había llegado. Ahora sólo quedaban cuatro hombres en el patio. Dos volvieron a entrar en la casa, uno de ellos abrió el maletero del coche que había quedado allí y el otro sacó la mochila negra.

—Ahí está el paquete —susurró Fran—.

Iván ajustó los prismáticos. El hombre dejó la mochila en el suelo y abrió la cremallera. No tardó mucho en comprobar el contenido y volver a cerrarla. Después sacó las dos bolsas deportivas largas. Las abrió lo justo para comprobar que dentro estaban los fusiles.

—Confirmado —dijo Iván.

Los dos hombres cargaron el material en el maletero del Land Rover y lo cerraron con movimientos rápidos. Sin hablar demasiado, sin perder tiempo.

—Este es el equipo final —dijo Iván.

—Dos fusiles, explosivos y dos tipos —Fran tragó saliva—.

El hombre que parecía ser el líder sacó el teléfono del bolsillo y marcó un número. Habló durante unos segundos, aunque Iván no podía escuchar lo que decían. Cuando colgó, miró al otro hombre y diciéndole una sola palabra, se fue a avisar a los que habían entrado en la casa. Los cuatro subieron al Land Rover. El motor del vehículo arrancó y las luces iluminaron el camino de tierra.

—Ahora sí que sí —Fran miró a Iván con gesto serio—.

—Se empieza a poner interesante —ironizó Iván—.

Ahora ya no se trataba de seguir investigando nada, sino de detener un atentado antes de que llegara a culminarse. El Land Rover avanzó lentamente por el camino de tierra hasta incorporarse a la carretera comarcal. Iván y Fran esperaron unos segundos agazapados detrás de unos matorrales hasta que las luces traseras

del coche desaparecieron tras una curva. Entonces corrieron de vuelta hasta su vehículo.

—Vale —Fran respiró hondo mientras arrancaba el motor rápidamente—. Ahora sí avisamos a todo el mundo.

—Sí —Iván sacó el móvil y marcó el número de Sergio—, estoy en ello.

—Dime —respondió el guardia civil casi al instante—.

—Han cambiado de vehículo, ahora van en un Land Rover Defender verde oliva y son cuatro.

—¿Tenéis matrícula?

—No hemos podido pillarla, estamos en ello, nos han cogido ventaja.

Al otro lado de la línea hubo un silencio breve.

—Mierda. ¿Cuánto os llevan?

—Unos dos minutos —Iván miraba la carretera buscando el Land Rover mientras Fran aceleraba—.

—Vale, estoy movilizándolo todo lo que puedo.

—Pero nosotros necesitamos discreción —le recordó Iván—.

—Ya no hay tiempo para eso.

—¿Vais a montar controles? —Iván entendió lo que quería decir—. Si montáis controles ahora...

—Lo sé —Sergio hizo una pausa—. Pero tenemos que elegir.

—Todavía no —Iván vio las luces del coche que seguían a lo lejos—. Si se sienten acorralados pueden detonarlo antes.

—Entonces ¿qué propones? —Sergio no respondió inmediatamente.

—Seguirlos hasta el objetivo —dijo Iván con convencimiento—.

—Eso es arriesgado —murmuró Fran mirándole de reojo—, pero si sabemos dónde van exactamente...

—Sí —Iván asintió—. Podremos evacuar y detenerlos antes de que actúen.

—Vale —exhaló Sergio al otro lado del teléfono—. Te doy una hora, luego inundo la A4 de controles.

Iván colgó el teléfono, mientras El Land Rover seguía avanzando por la carretera en la oscuridad de la noche manteniendo una velocidad constante.

—Tenemos una hora —dijo Fran—.

—Sí, puede que incluso menos.

—No es mucho tiempo —Iván observaba cada movimiento del Land Rover—.

—Esperemos que el suficiente.

En la autovía A4 se divisó un nuevo cartel. «Córdoba — 78 km». El todoterreno aceleró ligeramente. Iván utilizó los prismáticos para intentar ver la matrícula, y con un poco de paciencia ya que la conducción dificultaba la labor, pudo divisar dígito a dígito y letra a letra la matrícula del Land Rover Defender, 5616 JFH. En cuanto lo tuvo claro, envió el mensaje tanto a Madrid como a Sergio. Fran se quedó un rato en silencio. Era consciente de que en situaciones así, con tantas variables, cualquiera de ellas podía torcerse. Ahora estaban siguiendo a cuatro hombres armados con fusiles de asalto y explosivos que se dirigían hacia alguna ciudad llena de gente. El margen de error era mínimo y el tiempo empezaba a acabarse. La carretera se volvió más recta a medida que avanzaban hacia el norte. A esa hora el tráfico era más escaso. Prácticamente solo había camiones, algún que otro coche adelantando de vez en cuando y largas franjas de asfalto iluminadas por los faros. El Land Rover seguía delante, siempre a la misma distancia, a la misma velocidad. Pasaron junto a otra señal, «Córdoba — 62 km». Durante unos minutos ninguno habló. El silencio del coche sólo se rompía con el sonido constante del motor y el rumor del viento golpeando la carrocería.

—He estado pensando —dijo Fran finalmente—. Si yo fuera ellos, no iría directo al objetivo. Primero buscaría un sitio para preparar el equipo, municionar los cargadores, comprobar el detonador, esperar el momento. Así que probablemente pararán antes de llegar a su objetivo.

—Tiene sentido —respondió Iván tras pensarlo unos segundos—. Un piso franco, un garaje o una casa.

El Land Rover puso el intermitente y tomó una salida secundaria. El último cartel decía «Córdoba Oeste».

—Allá vamos, parece que eligen Córdoba —dijo Fran dubitativo—, aunque es demasiado pronto para cualquier cosa, es de madrugada.

La carretera descendió hacia una zona más urbana. Aparecieron polígonos industriales, gasolineras y algunos hoteles de carretera. El Land Rover giró hacia una calle lateral poco iluminada. Iván observaba cada movimiento. La calle conducía hacia una zona de naves industriales y almacenes. Muchas estaban cerradas, aunque algunas estaban iluminadas en su interior. El vehículo redujo la velocidad.

—Están buscando algún sitio —dijo Fran—.

El Land Rover pasó frente a varias naves, luego se giró hacia un aparcamiento trasero entre dos edificios industriales. Fran apagó las luces y frenó para darles mucha más distancia antes de detener el coche por completo y aparcarlo disimuladamente en una de las aceras.

—Si entramos ahora nos van a ver.

Se bajaron del coche. El aire nocturno de Córdoba era más frío que en la costa. Avanzaron despacio hasta asomarse por la esquina de una nave. Desde allí podían ver el aparcamiento donde el Land Rover estaba detenido. Los cuatro hombres habían salido del coche y uno abrió el maletero.

—Ahí están —susurró Fran—.

Sacaron primero las bolsas de deporte, luego la mochila negra.

—Están montando el equipo —dijo Iván—.

Uno de ellos abrió una de las bolsas y sacó el fusil. Incluso desde la distancia se veía el movimiento rápido de sus manos comprobando el arma. El otro revisaba el contenido de la mochila. Fran pudo ver que tenían varios cargadores municionados, listos para utilizar. El hombre introdujo uno en el fusil con un movimiento limpio y seguro. Iván sintió esa sensación fría que aparecía siempre en ese tipo de situaciones. Pensó que, si no eran profesionales, como mínimo estaban muy entrenados. El otro hombre cerró la mochila. Luego sacó algo más del interior del coche: dos chalecos antibalas ligeros.

—No necesitan chalecos para colocar explosivos, así que no creo que se limiten a eso —dijo Fran—.

—No —. Iván sabía que aquel tipo de preparación tenía un significado muy claro—. Al parecer, esperan un tiroteo.

—Entonces el objetivo está cerca —concluyó Fran tragando saliva—.

Iván miró hacia la ciudad. Las luces del centro de Córdoba brillaban a lo lejos y en algún punto dentro de esa ciudad había un lugar que se llenaría de gente y donde aquellos hombres pensaban entrar con fusiles y explosivos. La otra hipótesis era la del robo, y aunque el Parque Joyero de Córdoba seguro que ofrecería un suculento botín, la seguridad era mucho más alta y no parecían estar enfocando la preparación a la apertura de ninguna cámara acorazada.

—Tenemos que detenerlos aquí —dijo Fran—.

Iván observó el aparcamiento. Cuatro hombres, dos fusiles, explosivos y un espacio relativamente abierto.

—Sí —respondió haciendo una breve pausa—. Pero con cuidado.

—¿Cuál es el plan? —Fran lo miró.

—Primero los separamos de la mochila —Iván respiró profundamente—.

Porque si algo salía mal... Aquella mochila era lo único que podía convertir un tiroteo en algo mucho peor. Fran observó la escena desde la esquina de la nave.

—Son cuatro —susurró—. Uno con la mochila y dos con los fusiles, del último ni idea.

—El último sigue en el coche de conductor —Iván analizaba cada movimiento. No tenían chalecos, no tenían cobertura y al menos dos de los cuatro hombres que tenían delante estaban armados—. Los chalecos no se los han puesto aún.

—Si disparamos ahora se líá —murmuró Fran—. Primero la mochila.

Si uno de ellos alcanzaba el detonador, todo podía terminar en una explosión en medio de aquel aparcamiento. Los otros dos hombres terminaron de comprobar los fusiles, introdujeron los cargadores y tiraron hacia atrás del cierre. El sonido metálico llegó hasta ellos, seco, inconfundible.

—Parece que están listos dijo —Iván respirando despacio—.

Fran miró alrededor. El aparcamiento estaba vacío. Las naves cercanas parecían cerradas. Nadie más.

—Es nuestro momento —susurró Fran—.

—Nos acercamos por el lateral derecho —asintió Iván—.

—Yo avanzo por la derecha a por el de la mochila y el fusil —explicó Iván pistola en mano mientras realizaba el chequeo previo—.

—Vale, y yo te voy dando apoyo mientras me acerco al conductor y al del otro fusil —confirmó Fran mientras cerraba el tambor de su revólver—.

Antes de separarse, Iván envió nuevamente su posición a Sergio y a Madrid, y mientras Fran iba tomando posiciones desde donde apoyar el avance de su compañero, él avanzaba pegado a la pared

de la nave, moviéndose en silencio con pasos medidos, y movimientos controlados. Uno de los hombres con fusil se había acercado al coche y comprobaba el arma con la naturalidad de alguien que llevaba años haciéndolo. Luego se echó el fusil a la espalda y le pidió un cigarro al conductor, que se lo ofreció por la ventanilla. El otro que tenía fusil acompañaba al de la mochila desde el maletero del coche hacia la puerta de la nave, charlando. Iván estaba ya a unos veinte metros de la puerta y Fran, que le daba apoyo desde el otro lado, un poco más cerca del coche. Fran levantó la mano señalando una cuenta atarás con los dedos, tres, dos, uno.

—¡Guardia Civil! ¡Al suelo! ¡Al suelo! -gritó Iván.

El grito rompió el silencio del aparcamiento. Durante una fracción de segundo los dos hombres con mochila y fusil se quedaron inmóviles. El del fusil reaccionó primero girando el arma, pero Iván disparó antes. El sonido seco de los dos tiros resonó en la noche cerrada. El hombre cayó de espaldas, soltando el fusil de entre sus manos. El segundo, que llevaba la mochila, levantó rápidamente las manos. Iván les puso unos grilletes tipo lazo que siempre llevaba consigo.

- ¡Quieto! ¡Quieto! ¡Ni te muevas! -gritó Fran simultáneamente a los dos del Land Rover. El hombre armado hizo un intento de empuñar su fusil, pero Fran que ya le estaba encarando con el revólver, no le dio tiempo y realizó el primer disparo. La bala impactó en su hombro y lo lanzó contra el todoterreno. El fusil cayó al suelo. Durante un instante sólo se escuchaba el eco de los disparos entre las naves. Fran avanzó rápido.

—¡Las manos fuera! ¡Las putas manos fuera de la ventanilla!

El conductor sacó ambas manos por la ventanilla mientras Fran llegaba hasta la puerta, alejando con el pie el fusil bajo el coche. Abrió la puerta y sacó al conductor, tirándolo al suelo junto al hombre del fusil para tenerlos a los dos controlados dentro de su campo visual.

—¿Todo bien? —gritó Fran buscando confirmación de Iván—
Aquí dos controlados.

—Sí, bien —contestó Iván—, aquí otros dos controlados también.

El primer hombre armado seguía en el suelo, consciente pero incapaz de moverse. El segundo apretaba los dientes intentando contener el dolor. El de la mochila y el conductor no habían recibido ningún disparo. A lo lejos empezaron a escucharse sirenas.

—Ahí llegan los de Sergio —dijo Fran—.

—Vaya, justo a tiempo — Iván asintió—.

Las sirenas se acercaban cada vez más. El atentado había terminado antes de empezar. Pero mientras miraba a los cuatro hombres esposados contra el suelo, Iván sabía que aquello no había terminado del todo. Porque alguien había organizado todo aquello, alguien que todavía no estaba allí, y que probablemente ya sabía que algo había salido mal. Las primeras patrullas aparecieron menos de un minuto después. Las luces azules iluminaron las paredes de las naves y el asfalto del aparcamiento con destellos intermitentes. Dos coches de la Guardia Civil frenaron con brusquedad y varios guardias bajaron con las armas desenfundadas.

—¡Está controlado! —gritó Fran levantando una el pulgar de la mano izquierda.

Sergio fue el primero en acercarse. Miró a los cuatro hombres en el suelo, luego los fusiles que habían quedado a unos metros y finalmente la mochila que Iván había apartado del terrorista al detenerlo.

—Joder, menudo panorama —dijo Sergio con un inusual asombro—.

—En la mochila seguramente hay explosivo —advirtió Iván—.

—El equipo TEDAX está ya en camino —dijo uno de los guardias detrás de ellos—.

—Que nadie toque nada —ordenó Sergio—.

Sergio mandó a dos guardias a que esposaran a los dos terroristas que controlaba Fran y por walkie pidió a la central un par de ambulancias.

—Buen trabajo —dijo finalmente Sergio.

Iván no respondió, seguía observando el Land Rover de los terroristas. Algo no le terminaba de convencer.

—¿Qué pasa? —preguntó Fran.

Iván caminó hasta el maletero del Land Rover y lo abrió. Dentro sólo quedaban las dos bolsas vacías donde habían estado los fusiles, nada más.

—Demasiado limpio —murmuró Iván.

—¿Qué esperabas? —dijo Fran mirando dentro.

—Algo más.

—¿Qué buscas? —se interesó Sergio.

—Logística, teléfonos, mapas, direcciones —listó Iván tras pensarlo unos segundos—.

—Puede que no necesiten nada de eso —Sergio negó con la cabeza—.

—O puede que ya lo hayan pasado —añadió Iván cerrando el maletero—.

—¿A quién? — preguntó Fran transmitiéndole la duda también con la mirada.

Iván se quedó pensativo. Porque esa posibilidad llevaba rondándole la cabeza desde hacía unos minutos.

—¿Crees que hay más? —preguntó Sergio.

Iván no dijo nada inmediatamente. Miró a los cuatro hombres detenidos, miró la mochila, miró las luces de la ciudad al fondo. Pero había algo en las expresiones de los terroristas que no parecía la de alguien cuyo plan acababa de fracasar. No había miedo ni rabia, sólo

una especie de calma tensa. Como si ellos supieran algo que Fran e Iván aún no sabían.

—Sergio, registra la finca otra vez —pidió Fran repentinamente—.

—¿La de Los Barrios?

—Sí, con todo, hasta el último rincón —añadió Iván tardó unos segundos en responder.

—¿Por qué? —Sergio se extrañó.

—Porque esas cajas tenían más armas —concluyó Fran—, y nosotros sólo hemos visto dos fusiles salir de allí.

—Exactamente —exclamó Iván apoyando a su compañero—.

—¿Crees que hay otra célula? —preguntó Sergio mirando a los detenidos.

Iván en ese momento sintió como una idea incómoda terminaba de tomar forma en su cabeza.

—No lo sé, pero si alguien estaba preparando algo así, lo normal sería tener un plan B.

La luz azul las sirenas seguía iluminando aquella noche. La amenaza inmediata había terminado, pero la sensación de que aquello era sólo una parte de algo más grande empezaba a hacerse cada vez más fuerte. El especialista de los TEDAX volvió a cerrar la mochila con cuidado.

—Confirmado, explosivo plástico —dijo el técnico señalando el sistema de cableado—. Este detonador tiene doble salida, está preparado para activar más de una carga.

—¿Más de una? —preguntó Sergio llevándose la mano a la frente—. Dios mío.

—Sí, otra carga, o incluso más.

El silencio se instaló unos segundos en el aparcamiento.

—El plan estaba dividido, y esto sólo era una parte —resumió Fran rápidamente—.

—¿Crees que ya están allí? —cuestionó Iván en voz alta, más para sí mismo que buscando obtener una respuesta—.

—Si el equipo principal ya está en la ciudad, no tenemos mucho margen —dijo Fran tras dilatar unos segundos su respuesta—.

—Voy a avisar a la Nacional —advirtió Sergio soltando una maldición en voz baja—.

—Yo no lo haría —recomendó Fran negando con la cabeza— No sabemos exactamente qué buscamos, vamos a tenerles a todos movilizados, pero dando palos de ciego.

—Entonces ¿Qué harías? —preguntó Sergio.

—Vamos a comprobarlo y buscar hilos de donde tirar —recomendó Fran señalando el Land Rover—.

—Vamos, poneos con el vehículo —dijo Sergio a las unidades de policía científica que estaban por la zona—.

Iván y Fran salieron del polígono un rato después. La carretera hacia Córdoba estaba casi vacía a esa hora de la noche. Iván repasaba mentalmente cada pieza del rompecabezas. Las armas, la finca, la mochila, el detonador doble... Algo faltaba, y si su intuición era correcta, ese algo ya estaba en la ciudad. No les hizo falta decir nada, pero ambos sabían que aquello no había hecho más que empezar.

Cumpleaños

A Sofía no le apetecía demasiado visitar la Mezquita justo ese día, pero se tragó la decepción y caminó en silencio, sintiendo que su cumpleaños sería uno más de esos días que se haría otra vez lo que quiere todo el mundo menos ella. Le hubiera gustado ir directamente al Burger King cercano a la plaza de Colón, donde algunos compañeros del cole acudirían a celebrar con ella aquel día, según confirmaron sus padres en el grupo de WhatsApp. Pero Emilia había decidido que, ya que estaban en el casco antiguo de Córdoba, tenían que ir a verla. Lo dijo con ese tono que usaba cuando algo se le metía en la cabeza y no pensaba discutirlo con nadie.

—Es una actividad cultural —había dicho mientras se ponía las gafas de sol—.

Manuel no parecía especialmente interesado en la cultura. Caminaba por delante de ellas con una mano en el bolsillo y la correa de Yako en la otra, mirando el móvil cada cierto tiempo. Sofía miró a su alrededor.

—¿Cuánto falta?

—¿Cuánto falta para qué? —preguntó Emilia sin mirarla.

—Para ir al Burger King.

—Primero vemos la Mezquita.

—Pero hemos quedado a las doce —dijo Sofía preocupada—.

—Nos da tiempo de sobra.

—Vale —suspiró discretamente Sofía sin parecer muy convencida, mientras apretaba con su mano derecha a Juno que, por ser su cumpleaños, había decidido que le acompañara—.

Aquel 1 de mayo los alrededores de la Mezquita estaban repletos de gente. Había grupos de turistas por todas partes. Algunos seguían a guías que levantaban paraguas de colores para que nadie se perdiera, otros se hacían fotos con el Puente Romano

como fondo. Sofía miraba a la gente pasar. Había personas hablando en idiomas que no entendía, señoras con sombreros enormes y dos niños que corrían entre los grupos mientras su madre intentaba alcanzarlos a duras penas.

—¿Vamos a estar mucho rato? —preguntó.

—Lo que tardemos en verla —dijo Emilia—.

—¿Entramos o qué? —pregunto Manuel deteniéndose unos metros más adelante y girándose hacia ellas—.

—Sí —Emilia aceleró el paso—.

Sofía volvió a echar un vistazo alrededor mientras caminaban. Un músico alto y con gafas tocaba una guitarra en el Puente Romano, y en la propia Puerta del Puente, una mujer tocaba lo que para Sofía era 'un violín tan grande que se tenía que apoyar en el suelo'. Un grupo de turistas asiáticos se estaba haciendo una foto con un palo largo que sostenía un teléfono. Tras unos minutos más de paseo en los que bordearon la Mezquita por la calle Torrijos, atravesando el Triunfo de San Rafael, el Palacio Episcopal y el Palacio de Congresos y Exposiciones, por fin llegaron a la puerta de entrada. Cuando se dispusieron a cruzar la entrada hacia el patio, una vigilante de seguridad ataviada con un traje de chaqueta negro, se dirigió en seguida a Manuel.

—Disculpe, caballero, aquí no se puede acceder con perros —dijo la vigilante haciendo referencia a Yako—.

—Ah, pero yo no voy a entrar dentro, me quedaré en el patio mientras entran ellas —dijo Manuel quitándole importancia al asunto—.

—Lo lamento señor, pero los perros no están autorizados en ninguna zona del recinto, incluido el patio —aclaró la vigilante—.

—Vale pues nada, nos vamos —dijo Manuel más contrariado por la prohibición de paso que por el propio interés que tenía en entrar—.

—¿Nos vamos ya con mis compañeros entonces? —preguntó Sofía tratando de aprovechar la situación.

—No, no pasa nada —dijo Emilia manteniendo la calma—. Manu, como tú no ibas a entrar dentro de todas formas, en vez de esperarnos en el patio, date una vuelta con Yako mientras nosotras vemos el interior.

—Bueno, va. Os espero por aquí. No tardéis mucho —aunque en realidad Manuel tenía muy claro que la espera no la iba a realizar dando una vuelta, sino aprovechando para tomarse una caña en alguna terraza cercana—.

Sofía y Emilia volvieron a la entrada, y esta vez no tuvieron ningún inconveniente. Dentro se estaba algo mejor, había sombra y el aire parecía más fresco. Los naranjos estaban alineados en filas perfectas y la gente caminaba con mucha calma entre ellos. El suelo estaba cubierto de pequeñas hojas secas y el olor de los árboles llenaba el aire. Había personas sentadas en los bancos del patio descansando, algunos turistas hacían fotos, otros escuchaban a un guía que hablaba en voz alta mientras señalaba la torre campanario. Algunos de ellos levantaban los teléfonos tratando de encuadrarla, buscando la mejor foto que subir a su perfil de Instagram.

—Antes esto era una mezquita —decía el guía—. Después, tras la toma de la ciudad por Fernando III en 1236 fue transformada en catedral.

Sofía escuchó un momento, pero enseguida dejó de prestar atención y miró a su alrededor. Un hombre alto pasó junto a ella con una mochila grande en la espalda, Sofía se apartó un poco para dejarle pasar.

—¿Cuánto se tarda en ver todo?

—Un ratillo —dijo Emilia—.

—¿Llegaremos a tiempo al cumpleaños? —dudó Sofía—.

—Claro, todavía faltan dos horas —contestó Emilia, segura de que no tardarían más de una hora en la visita y que la plaza de

Colón no estaba a más de veinte minutos andando. Caminaron despacio entre los naranjos mientras Sofía miraba con atención a la gente. Había turistas de todas partes. Escuchaba inglés, francés y otros idiomas que no sabía reconocer. A Sofía le gustaba intentar adivinar de dónde venían. Un grupo hablaba muy rápido y parecía enfadado, otro se reía todo el tiempo. Una señora llevaba un sombrero enorme y unas gafas de sol tan grandes que parecía una libélula. En una esquina del patio, un grupo de estudiantes se hacía una foto.

—¿Te gusta? —preguntó Emilia.

—Está bien —dijo Sofía encogiendo los hombros—.

—Es uno de los sitios más importantes de España.

—¿Por qué?

—Porque se construyó hace muchos siglos, y es un símbolo muy importante de la ciudad.

Sofía caminaba despacio junto a Emilia en dirección a la taquilla. Allí se pusieron a la cola para sacar sus entradas, una cola que, aunque no muy larga, les iba a robar algunos minutos más de lo previsto, algo que se vería compensado entrando gratis, al ser residentes y tener Sofía menos de diez años. Finalmente, no tardaron más de quince minutos en obtener sus entradas, y pasaron a una nueva cola, la de acceso al interior. Delimitada con unas catenarias rojas, la fila de acceso avanzaba con pasos cortos pero continuos, y antes de que la luz del exterior diese paso a la majestuosidad del interior, se apreciaba un estante donde se podían coger folletos en varios idiomas, entre los que estaban además del castellano, el inglés, el francés, el alemán y hasta el japonés.

—¡Vaya! ¡Está en muchos idiomas! —Sofía se sorprendió especialmente por el japonés, del que, al contrario del resto, no encontraba similitudes comprensibles entre alfabetos.

—Te lo he dicho, es uno de los monumentos más importantes de España, viene gente de todo el mundo a verlo.

—¿Y por qué la gente viene desde tan lejos sólo para ver un sitio? —preguntó Sofía con curiosidad.

—No vienen para ver solo un sitio, vienen porque hay varios sitios en el país que quieren conocer —Emilia intentó explicarlo de la mejor manera que pudo—. También vienen por la gente y la comida.

Sofía echó un último vistazo alrededor del Patio de los Naranjos antes de que la cola avanzase lo suficiente para perderlo de vista y sumergirse en el interior del templo. La plaza estaba llena de voces, pasos y conversaciones. Todo el mundo parecía ocupado haciendo algo, ya sean fotos, preguntas, explicaciones, etc. Un niño pequeño pasó corriendo entre los árboles mientras su padre intentaba alcanzarlo. El niño tropezó con una raíz y casi perdió el equilibrio, aunque su padre lo sujetó justo a tiempo. Un grupo de turistas japoneses se estaba haciendo una foto bajo uno de los árboles.

—Mira mamá, se hacen fotos todo el rato —dijo Sofía—.

—Claro, querrán tener recuerdos cuando vuelvan a sus países.

—Nosotras también podríamos sacarnos alguna foto —comentó Sofía, ya que, aunque no entendía mucho de cosas antiguas, le parecía bonito todo lo que estaba viendo—.

—Sí, pero dentro. Las de fuera para cuando acabemos la visita, que ya estamos en la cola para entrar.

Avanzaron unos pasos en la fila. Del interior llegaba un aire más fresco que el del patio, mezclado con el murmullo de voces y pasos sobre el suelo de piedra. Sofía cruzó la puerta junto a Emilia y el cambio de luz fue inmediato. Las columnas se extendían en filas largas que parecían no terminar nunca. Algunas personas caminaban despacio entre ellas, otras levantaban el móvil para hacer fotos hacia el techo.

—Mira —dijo Emilia en voz baja—. ¿Ves todos esos arcos?

—¡Son muchísimos! —exclamó Sofía sorprendida levantando la cabeza.

—Pues se construyeron y se decoraron a mano.

—¿Quién lo hizo?

—Los hicieron los musulmanes hace muchísimo tiempo —Emilia no recordaba con exactitud el año en que comenzó la construcción de la mezquita, pero sabía que al menos tenía más de mil años—.

—¿Quiénes eran los musulmanes? —preguntó Sofía dejando a Emilia un poco descolocada.

—Un pueblo que estuvo muchos siglos en España.

—¿Y ya no están?

—No, porque los cristianos les ganaron en la guerra y los echaron.

—¿Y por qué estaban en guerra?

—Pues porque creían en dioses diferentes y cada uno quería que los demás creyeran en el suyo.

Emilia hizo lo que pudo, pero con lo poco que recordaba de una ESO inacabada, no tenía los conocimientos históricos ni teológicos suficientes como para entender conceptos como que ambas religiones creían en el mismo Dios de diferente manera, comprender con claridad las diferencias entre etnia, nacionalidad y religión o cómo las excusas, mayormente religiosas, para la guerra de los reinos antiguos evolucionaron a las excusas modernas para la guerra de los estados-nación. Y por supuesto, mucho menos para explicárselo a Sofía.

—Si ganaron la guerra, ¿Por qué no rompieron este sitio cuando les echaron?

—Pues porque vieron que era muy bonito y decidieron solamente cambiarlo un poco para poder rezar a su Dios.

—Si todos los pueblos tienen un Dios ¿Cuál es el verdadero?

—Eso es algo que tiene que decidir cada uno. Por ejemplo, yo ni siquiera creo que exista.

Tras esa breve reflexión, continuaron con la visita, leyendo las inscripciones de los diferentes enterramientos que había en el suelo.

Luego pasaron por la zona de las capillas, los arcos y el Mihrab, decorado con mosaicos bizantinos y ataurique, y finalmente entraron a otra sala. En ella se podía admirar, tras los cristales, la impresionante Custodia del Corpus Christi de Córdoba, fabricada por Enrique de Arfe, también creador de otra obra maestra: la custodia de Toledo. Después de un rato admirando los detalles de la obra, pasaron a la zona donde se encontraba el coro, flanqueado a ambos lados por un impresionante órgano. Y para finalizar, frente al coro se alzaba el Altar Mayor, un impresionante retablo barroco y renacentista que incluía varios lienzos de la Asunción y de algunos mártires cordobeses. Manuel no se encontraba lejos. Había doblado la primera esquina de la calle Cardenal Herrero y allí encontró el Bar Santos, un bar de tapas en el que pudo dejar a Yako con la correa amarrada en la reja y pasar a tomarse un par de cañas con toda la tranquilidad que el bullicio y el gentío le permitían. Echando un vistazo a su reloj, se percató de que Emilia y Sofía ya estarían a punto de finalizar su visita, así que pagó la cuenta y salió a por Yako. Nada más cruzar la puerta, se chocó con alguien.

—¡Pero hombre, mira por dónde vas! —gritó Manuel visiblemente enfadado mientras Yako no dejaba de ladrar al extraño.

—Perdón, amigo —dijo aquel hombre con marcado acento árabe cuando ya le hubo sobrepasado—.

—¡Ni perdón ni amigo! ¡Más cuidado! —Manuel apenas le vio ya perdiéndose entre la multitud, ataviado con un chándal completo de color celeste, la capucha puesta y una bolsa deportiva negra colgada al hombro.

Después del incidente, Manuel terminó de soltar el nudo de la correa de Yako, y lentamente se pusieron en marcha hacia la puerta de la Mezquita donde anteriormente le habían negado la entrada, para esperar la salida de Emilia y Sofía. En el interior, aunque a Sofía finalmente le había resultado interesante la visita, ya empezaba a pensar en su menú del Burger King y en si sus compañeros ya estarían empezando a llegar. Estaba a punto de preguntarlo otra vez cuando un sonido seco resonó en algún punto cercano del edificio.

No era fuerte, pero tampoco se parecía a ninguno de los ruidos que había escuchado allí dentro hasta ese momento. Varias personas levantaron la cabeza al mismo tiempo. Durante un segundo, el murmullo de voces pareció detenerse.

—Mamá, ¿Qué ha sido eso? —preguntó Sofía mirando a Emilia.

—No lo sé —dijo Emilia extrañada—.

A su alrededor varias personas también miraban hacia la misma dirección, intentando averiguar de dónde había venido el sonido. Durante un instante nadie dijo nada. Luego el murmullo de voces empezó otra vez.

—Se habrá caído algo —dijo Emilia—.

Sofía asintió, aunque no estaba del todo convencida. Un hombre pasó junto a ellas mirando hacia atrás, como si también intentara localizar el origen del ruido.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Sofía.

—Un segundo más —Emilia miró hacia el interior—.

Sofía miró hacia uno de los pasillos entre las columnas y advirtió que varias personas también estaban mirando hacia allí. Entonces alguien gritó.

—¡Disparos!

Durante un segundo nadie se movió, como si el cerebro necesitara un momento para entender lo que estaba pasando. Luego el ruido volvió, más rápido, más fuerte. El eco rebotó entre las columnas y la reacción fue inmediata. La gente comenzó a correr en estampida presa del pánico, dando gritos y alaridos, buscando desesperadamente una salida, chocando entre sí y tropezando con aquellos que caían al suelo. Un hombre empujó a su familia hacia detrás de una columna, otros trataban de ocultarse entre los bancos que había en la zona del Altar Mayor, la tromba de gente intentando salir tiró la línea de catenarias que cayeron al suelo con un gran estruendo metálico y que provocó más tropiezos y un caos mayor. El sonido de los disparos que se oía lejano en el exterior, ahora

retumbaba con eco entre las columnas, y la gente que había quedado rezagada o que se estaba levantando de algún tropiezo, comenzaba a ser alcanzada por los disparos. Emilia agarró el brazo de Sofía con fuerza, intentando tirar de ella hacia la salida al patio. Pero la gente corría en todas direcciones y acabaron tropezando con alguien que corría en sentido contrario.

—¡No te sueltes! —gritó Emilia mientras la sujetaba con fuerza —.

El ruido volvió a sonar, más cerca. Un grupo de turistas pasó corriendo entre ellas empujando a todo el mundo, Sofía perdió el equilibrio y cayó de rodillas, separándose de Emilia.

—¡Mamá!

—¡Sofía!

Sofía levantó la cabeza y vio que Emilia estaba a unos metros, intentando abrirse paso entre la gente.

—¡Aquí! ¡Ven!

Sofía intentó levantarse, pero otra oleada de personas pasó corriendo entre ellas sin verlas y pisándole las manos. Durante un segundo Sofía perdió de vista a Emilia. Intentaba avanzar gateando entre gente inmóvil en el suelo. Entre los cuerpos pudo reconocer por el traje oscuro a la vigilante que unas horas antes no dejó pasar a Manuel. Ahora yacía tumbada en el suelo sobre un charco de sangre que comenzaba en los agujeros de bala de su espalda. Sofía consiguió ponerse de pie y giró sobre sí misma buscando a Emilia entre la multitud. Entonces, un estruendo brutal sacudió el aire. Una explosión en el Patio de los Naranjos, tan fuerte que Sofía sintió cómo el suelo vibraba bajo sus pies. Un golpe seco que llenó el patio de polvo y humo. Varias personas cayeron al suelo por la onda expansiva. Aquellos que comenzaban a levantarse, se caían de nuevo fruto del vértigo, al haberse dañado sus tímpanos. La mayoría ya sólo escuchaba un fuerte acúfeno interno. Sofía se quedó paralizada, no veía a Emilia, solo gente corriendo y gritando.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

En medio de todo el caos no conseguía obtener respuesta a sus llamadas. En el suelo pudo reconocer a Juno, al que en algún momento de todo el caos había soltado, y que aprovechó para recuperar. Otro empujón desde atrás la obligó a moverse con la multitud que huía hacia la salida. En cuestión de segundos, el pánico de la gente la arrastró entre la marea de cuerpos que intentaban escapar.

La capital de Al-Ándalus

El primer disparo le sonó a Iván como un petardo, un segundo después llegó el eco desde el interior de las paredes del Patio de los Naranjos y supo que no lo era.

—¿Lo has oído? —dijo Fran—.

No hizo falta que respondiese, el ruido volvió a sonar. Eran ráfagas cortas y automáticas. Iván ya estaba corriendo en dirección al sonido.

—¡Es dentro de la Mezquita!

Atravesaron la entrada del Patio de los Naranjos casi al mismo tiempo que las primeras personas salían huyendo. Un hombre tropezó con ellos y cayó al suelo.

—¡Disparos! ¡Disparos! —repetía aterrorizado.

El Patio de los Naranjos era un caos. Gente corriendo entre los árboles, tirándose al suelo, gritando y sollozando. El eco de los disparos rebotaba entre los muros.

—¡Allí está! —gritó Fran señalando al fondo del patio, entrando justo por la puerta de salida donde se supone que acaba la visita al interior de la Mezquita—.

Iván lo vio inmediatamente. Un hombre avanzaba desde el patio hacia el interior con un fusil tipo AK, disparando a la gente que intentaba escapar saliendo en sentido inverso. Iván se desplazó entre los árboles intentando suplir su poca cobertura con movimientos rápidos, pero la gente que salía no le permitía apenas avanzar. Fran estaba algo más adelantado y ya estaba levantando su revólver, pero el terrorista atravesó la puerta y se le escapó de la línea de tiro. Dentro, continuó disparando contra la gente. Fran se aproximó al objetivo, entrando también en el interior de la Mezquita, y tomando posición detrás de una columna con buen ángulo para evitar daños colaterales, no lo dudó. Realizó dos disparos seguidos

contra el terrorista que impactaron en su espalda y un tercero que impactó en la cabeza. El hombre armado se detuvo en seco, cayendo el fusil al suelo y desplomándose después su cuerpo entre las columnas.

—¡Abatido! —gritó Fran.

Pero el caos no se detuvo. La gente seguía corriendo.

—¡Ayuda! ¡Sacadnos de aquí! —gritaba alguien—.

Entonces llegó la explosión. El ruido sacudió todo el patio con un golpe brutal. Una onda expansiva levantó polvo y hojas secas entre los árboles. Todo el que estaba en el patio cayó al suelo. Iván se cubrió instintivamente la cabeza.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! —exclamó incrédulo cuando pudo incorporarse.

Al levantar la mirada, el patio estaba lleno de humo y polvo en suspensión que dificultaba la visibilidad. Había gente intentando levantarse que tenía serias dificultades para mantener el equilibrio, y a algunos les sangraban los oídos.

—¡Una bomba! ¡Dios mío! —gritó alguien.

Iván buscó a Fran con la mirada por todo el patio sin éxito. Lo último que sabía es que se le había adelantado en la caza del terrorista entrando por la puerta de salida, que le quedaba un poco lejos pues todavía estaba cerca de la taquilla. Cuando estaba a punto de avanzar hacia la puerta donde había entrado Fran, éste apareció haciendo una señal con la mano en alto y el pulgar arriba. Iván entendió que por allí estaba todo controlado, así que comenzó a moverse hacia la salida de la Mezquita por el patio. Si su intuición era correcta, aún podían faltar entre uno y tres atacantes más, y estarían donde el pánico fuese mayor. Esto era fuera, en las calles aledañas. Iván salió del patio empujando a varias personas que intentaban pasar en sentido contrario.

—¡Fuera! ¡Salid de aquí! —gritaba intentando que la gente se dispersara rápido.

La calle Torrijos era un infierno. Gente corriendo en todas direcciones, algunos salían del Patio de los Naranjos gritando, otros se acercaban sin entender todavía qué estaba pasando y mientras, el eco de la explosión seguía resonando entre las paredes.

—¡Atrás! ¡Aléjense de la zona! —gritó Iván.

Una mujer agarraba a su hijo y corría hacia el Puente Romano, un grupo de turistas intentaba orientarse mirando alrededor con expresión perdida. Entonces lo vio, el segundo hombre estaba a unos treinta metros, cerca de la estatua de San Rafael. Chándal celeste, encapuchado y con el AK levantado apuntando hacia la gente que huía de la Mezquita por la calle Torrijos en dirección al puente. Iván se movió instintivamente hacia un lado para buscar cobertura detrás de un banco.

—¡Guardia Civil! ¡Tira el arma! —gritó con toda la fuerza que le quedaba en los pulmones mientras le encañonaba.

El hombre giró ligeramente el arma y una ráfaga atravesó la calle. Varias personas cayeron al suelo. Iván apuntó su pistola, respiró hondo y disparó dos veces. El primer disparo falló por centímetros, el segundo golpeó al hombre en el pecho. El terrorista retrocedió un paso, disparando otra ráfaga descontrolada. Iván recordó los chalecos y apuntó algo más arriba, lanzando hasta cuatro disparos. Alguno de ellos debió impactar en la cabeza del terrorista, ya que su cuerpo se desplomó junto al pedestal de la estatua de San Rafael, soltando el AK. Durante un segundo Iván no se movió. Permaneció atento por si el terrorista se movía, mientras escuchaba los gritos, los pasos, la gente que seguía corriendo hacia todas partes. Después miró a su alrededor intentando buscar nuevas amenazas y vio a otras dos personas que huían hacia el puente. Una mujer con la cara ensangrentada corría con una niña de la mano que a duras penas podía seguirle. Iván la miró apenas un segundo. Algo en ella le resultó familiar, llevaba un peluche único, que Iván conocía muy bien. Un peluche con forma de oso panda, blanco y negro, con un gorrito azul, que le había pertenecido a él desde que su madre Mercedes se lo hiciera a mano cuando tenía tres años, y que ella

misma rescató del baúl de los recuerdos para su nieta en su primer cumpleaños. Iván se quedó congelado, con el corazón detenido. La niña levantó la cabeza mientras corría y sus ojos se cruzaron. Iván la reconoció de forma casi instantánea.

—Sofía... —murmuró Iván, sintiendo un frío que le subía por la espalda.

La niña siguió corriendo de la mano de su madre hasta que se perdieron pasada la Puerta del Puente. No lo había oído, no lo había reconocido. Tras el shock, Iván dio un paso hacia delante, con las piernas temblando, intentando salir tras ellas. Y en ese momento la segunda bomba explosionó. La explosión llegó como un golpe brutal. Un estallido seco que sacudió la plaza y lanzó fragmentos de piedra y metal en todas direcciones. Iván sintió primero el ruido, luego el impacto del aire contra el pecho, después el suelo desapareció bajo sus pies. El mundo se volvió blanco durante un instante. Cuando recuperó el sentido del equilibrio estaba en el suelo. El oído le zumbaba con un pitido agudo que lo cubría todo. Intentó incorporarse, pero no lo consiguió a la primera. De nuevo el ambiente se llenó de polvo en suspensión, humo y cascotes. Iván apoyó una mano en el suelo y logró sentarse contra un murete. La estatua de San Rafael estaba envuelta en humo, fragmentos de piedra habían salido despedidos por toda la calle. Durante unos segundos no entendió qué le pasaba, luego miró su pierna izquierda y vio como la sangre, oscura y abundante, le empapaba el pantalón. Iván intentó presionar con la mano como pudo. El dolor llegó entonces, como un golpe profundo que subía desde el muslo hasta el estómago.

—¡Joder! —susurró con los dientes apretados—.

Intentó levantarse, pero las piernas no respondieron y el pitido en los oídos seguía allí. Gritos, sirenas lejanas, personas corriendo hacia el puente. Iván levantó la cabeza y buscó entre la multitud. Durante un segundo creyó verla otra vez. Una niña alejándose entre la gente que huía, pero ya no estaba seguro. El polvo seguía cayendo lentamente. Iván volvió a mirar la sangre que se extendía

bajo su pierna. Sabía lo que significaba, había visto heridas así demasiadas veces. Intentó apretar más fuerte con la mano, pero las fuerzas empezaban a abandonarle. Escuchó un ruido de pasos que se aproximaban corriendo desde su izquierda.

—¡Iván! ¡Iván! —gritó Fran, con la voz rota por el miedo.

—Aquí... —respondió débilmente levantando la cabeza con esfuerzo—.

Fran llegó hasta él y se arrodilló a su lado, miró la herida y su expresión cambió de inmediato.

—¡Mierda! ¡Tranquilo eh, que ya estoy aquí! ¡Que te saquemos de ésta!

—El segundo... Está abatido —dijo Iván respirando hondo, sintiendo el mundo girar a su alrededor—.

Fran ni siquiera miró hacia la estatua. Tenía las manos ya presionando la herida.

—¡Aguanta! —gritó Fran, desesperado mientras la sangre seguía escapando de entre sus dedos— ¡Necesito un torniquete!

Iván apoyó la cabeza contra la piedra del suelo. El cielo de Córdoba se veía entre el humo que empezaba a disiparse, aunque el pitido en los oídos seguía allí, cada vez más molesto.

—Fran... —murmuró con dificultad.

—No hables —dijo Fran—.

—La niña... —dijo Iván casi sin voz volviendo a mirar hacia el lugar por donde había corrido la multitud.

—Luego lo hablamos —Fran apretó más fuerte la herida—.

Iván intentó decir algo más, pero las palabras ya no salieron.

—¡Torniquete! —volvió a gritar Fran—.

—¡Aquí! —un policía nacional que acababa de llegar corriendo le pasó a Fran un torniquete.

—Sujeta la pierna —Fran cogió el torniquete sin levantar la vista —.

El policía obedeció mientras Fran le colocaba a Iván el torniquete en la ingle, por encima de la herida y lo apretó con rapidez girando el molinillo. Iván apenas sentía ya el dolor. Todo le parecía lejano, las voces, las sirenas, la gente moviéndose alrededor. El cielo seguía allí, azul entre las nubes de polvo que todavía flotaban sobre la plaza.

—¡Mírame! —dijo Fran— ¡Quédate conmigo!

Iván giró la cabeza e intentó asentir. Fran estaba inclinado sobre él con la cara cubierta de polvo.

—Estoy...

No terminó la frase, el pitido en los oídos era cada vez más fuerte, como si alguien hubiera subido el volumen de un televisor invisible. Fran apretó más el torniquete.

—¡Ambulancia! —gritó con desesperación.

—¡Está llegando! —respondió el policía.

Iván cerró los ojos un segundo, cuando los abrió otra vez, el mundo parecía más oscuro. Intentó respirar hondo, pero el aire le quemó en el pecho.

—Fran...

—Aquí estoy tío.

—La niña...

—¡Dime! ¿Qué pasa con la niña? —Fran apretó los dientes—

—La vi, estaba aquí... —murmuró.

Fran seguía presionando la herida. La sangre había empapado completamente el pantalón. Iván volvió a mirar el cielo, recordando su cara, sus ojos.

—Era ella...

—Vale, bien, la vamos a encontrar, lo vamos a hacer juntos... —
murmuró Fran tragando saliva.

El sonido de la ambulancia llegó hasta la plaza. Iván intentó girar la cabeza, pero el mundo empezó a alejarse lentamente, las voces se hicieron más débiles, el cielo más oscuro.

—Fran...

—Aquí estoy.

—Dile...

Pero la frase se quedó a medio camino. El pitido desapareció y la plaza quedó en silencio para él.

—¡Iván! —el grito de Fran llegó como un golpe seco en el aire.

Pero Iván ya no respondía. Fran mantuvo la presión sobre el torniquete durante unos segundos más, como si pudiera obligar a la sangre a detenerse sólo con la fuerza de sus manos.

—¡Iván!

Nada. El ruido alrededor seguía creciendo. Sirenas, gente corriendo, voces que gritaban órdenes.

—¡Apartaos!

Dos sanitarios llegaron corriendo con una camilla. Uno de ellos se arrodilló junto a Fran.

—Déjame ver.

Fran se apartó apenas unos centímetros. El sanitario comprobó el pulso, luego miró la herida, después volvió a buscar el pulso un segundo más negando con la cabeza. El gesto fue casi imperceptible, pero Fran lo entendió. El sanitario se quedó inmóvil unos segundos, después apoyó la mano sobre el hombro de Fran.

—Lo siento.

Fran seguía arrodillado a su lado, mirando el rostro de su amigo y compañero. El polvo seguía cayendo lentamente en la plaza. A unos metros, el cuerpo del terrorista permanecía inmóvil junto al

pedestal de la estatua destrozada. Los policías acordonaban la zona, los sanitarios atendían a los heridos y la ciudad entera parecía haberse detenido en aquel punto. Fran levantó la vista hacia el puente. La multitud se había dispersado. Ambulancias, policía, gente llorando, pero la niña ya no estaba allí. Fran volvió a mirar a Iván. Su rostro estaba tranquilo, como si se hubiera quedado dormido en mitad de todo aquel caos. Fran se pasó una mano por la cara. El polvo y la sangre se mezclaron entre sus dedos. Luego se levantó lentamente. A su alrededor las inmediaciones seguían sumidas en el caos más absoluto, pero para él, en ese momento, todo había quedado en silencio.

—¡Oiga!

La voz llegó desde detrás. Un policía nacional corrió hacia él entre los sanitarios y los vehículos que empezaban a llenar la plaza.

—¿Está...?

No hizo falta acabar la pregunta. El policía miró un segundo hacia el suelo, vio el cuerpo de Iván, y lo entendió todo. Se quitó la gorra instintivamente.

—Mierda... Lo siento.

Fran seguía mirando hacia el puente, pensando en lo que le había dicho Iván antes de morir.

—El segundo está ahí —dijo finalmente, señalando hacia la estatua destrozada—. Hay un fusil a su lado.

—Ya lo hemos visto, lo tenemos controlado ya —confirmó el policía—.

Varios policías acordonaban la zona alrededor del cadáver del terrorista mientras otros ayudaban a evacuar a los heridos. Una mujer lloraba sentada en el suelo con un evidente ataque de ansiedad mientras un sanitario intentaba tranquilizarla. El aire seguía lleno de polvo.

—¿Cuántos eran? ¿Ha huido alguno? —preguntó el policía.

—Eran dos —Fran negó con la cabeza—. Uno dentro y ese.

—¿Las bombas?

—La segunda explotó ahí —Fran miró hacia el pedestal roto de la estatua—. La primera en el Patio de los Naranjos.

La base estaba abierta y cubierta de fragmentos de piedra. Un cráter negro marcaba el lugar de la explosión.

—Los TEDAX están en camino.

—Caballero...

—¿Sí? —Fran volvió a la realidad.

—Tenemos que asegurar la zona.

Fran asintió lentamente. Luego miró una última vez hacia el suelo. Iván seguía allí, cubierto ya por una manta térmica que alguien había colocado sobre el cuerpo. Fran apretó los dientes, después giró y empezó a caminar hacia el cordón policial. Detrás de él, las sirenas seguían llegando a la plaza; ambulancias, coches de policía, vehículos de bomberos. Comenzaban a amontonarse los grupos de curiosos que sacaban fotos y llegaban los primeros corresponsales de prensa. La ciudad entera se estaba concentrando alrededor de la Mezquita. Fran avanzó unos metros entre los sanitarios y los agentes que acordonaban la plaza. El ruido era constante. Sirenas, radios, gente hablando a la vez. '¡Apartaos de la zona! ¡Por aquí, rápido! ¡Tenemos otro herido aquí!' Eran las frases que más se repitieron en los últimos diez minutos.

Fran se detuvo un momento y miró alrededor. La estatua de San Rafael estaba parcialmente destruida. Fragmentos de piedra cubrían el suelo alrededor del pedestal. Un policía daba indicaciones a los TEDAX que acababan de llegar.

—No toquéis nada hasta que lo revisen.

Fran volvió a mirar hacia el puente. El flujo de gente que huía se había convertido ahora en un movimiento más lento. Algunos regresaban buscando a familiares o amigos. Otros estaban sentados en el suelo, atendidos por sanitarios.

—¡Fran! —gritó desde lejos Sergio, que llegaba corriendo con más guardias civiles detrás— ¿Dónde está Iván?

Fran se limitó a señalar hacia atrás. Sergio siguió la dirección de su mano y vio la manta térmica. Se quedó quieto y durante unos segundos nadie dijo nada. Luego Sergio bajó la cabeza y un silencio breve se instaló entre ellos. A su alrededor el dispositivo seguía creciendo. Más patrullas, más ambulancias, más agentes acordonando calles.

—Fran —la voz de Sergio lo devolvió al presente—. Policía Nacional ya está cerrando accesos. Van a asegurar todo esto antes de que llegue más prensa.

—Sí —Fran asintió, volviéndose hacia la estatua una vez más—.

Los TEDAX trabajaban ya alrededor del pedestal destruido, examinando los restos de explosivo y los fragmentos del artefacto.

—¿Qué pasó dentro exactamente? —preguntó Sergio.

—El primero empezó a disparar desde el Patio de los Naranjos y luego entró por la puerta de salida. Me metí entre las columnas y lo abatí. Después llegó la primera explosión en el patio.

—Continúa —dijo Sergio con la voz entrecortada—.

—Y fuera estaba el otro, esperando a la gente que huía. Iván lo vio primero y lo abatió, pero había otro artefacto en la estatua.

El ruido de una camilla pasando cerca los hizo girarse. Dos sanitarios empujaban a un herido hacia una ambulancia cerrando las puertas de golpe. Al momento la sirena se encendió y el vehículo se marchó.

—Tengo que informar a Madrid —dijo Fran casi para sí mismo, volviendo a mirar hacia la manta térmica—.

Durante un momento pensó en repetir las palabras que Iván había dicho antes de morir, pero finalmente no lo hizo, porque en medio de todo aquel caos todavía no sabía lo que significaban realmente.

Fin de Curso

El patio del colegio estaba lleno de sillas de plástico. Los padres hablaban entre ellos en pequeños grupos mientras los profesores organizaban a los niños por clases. Hacía calor, el sol de junio caía sobre el cemento y hacía que el aire pareciera más pesado de lo normal. Sofía estaba sentada junto a sus compañeras de clase. Algunas niñas se reían, otras corrían de un lado a otro mientras las profesoras intentaban que se quedaran quietas.

—Sofía —dijo Laura—, luego vamos a ir a por helado.

—¿A dónde? —preguntó Sofía con interés.

—A la plaza.

—Pues yo si mi madre me deja, me apunto.

Las niñas siguieron hablando entre ellas. Sofía miró hacia la verja del colegio. Los padres estaban allí esperando el momento de ver a sus hijos. Emilia hablaba con otras madres mientras fumaba un cigarrillo. Manuel, sin embargo, no había venido. Sofía volvió a mirar hacia el pequeño escenario que habían colocado al fondo del patio. La directora hablaba por un micrófono que hacía ruido cada vez que lo movía.

—Queridas familias...

Sofía apenas escuchaba. Desde donde estaba podía ver un trozo del cielo azul entre los edificios del colegio. Cerró los ojos un momento intentando evadirse. A veces todavía escuchaba el estruendo de la explosión, los gritos, el eco de los disparos dentro del Patio de los Naranjos en la Mezquita. Cuando volvió a abrir los ojos, todo estaba tranquilo otra vez, el patio del colegio, las sillas, los profesores.

—Sofía —dijo Laura—, ¿Estás escuchando?

—Si, claro que estoy escuchando —dijo Sofía sonriendo ligeramente—.

—Pues no parece.

—[...]Ha sido un curso complicado para todos [...] —La directora seguía hablando por el micrófono—.

Algunos padres asentían con la cabeza, otros miraban el móvil. Sofía miró sus manos. Todavía recordaba perfectamente aquel momento, la gente corriendo, el humo, las explosiones...

—¡Sofía! —alzó la voz su profesora—. Tu turno.

Las niñas de su clase empezaron a levantarse de las sillas para subir al pequeño escenario. Sofía se puso de pie y caminó junto a las demás hacia el escenario mientras los padres empezaban a aplaudir. Desde allí arriba volvió a ver a Emilia entre la gente. Las niñas se colocaron en fila y la profesora caminó delante de ellas ajustando posiciones.

—Un poco más a la derecha... Sofía, aquí.

Sofía dio un paso al frente y se quedó quieta. Desde allí veía todo el patio del colegio. Algunos padres estaban sentados en las sillas, otros se quedaron de pie junto a la verja, algunos sostenían con la mano los móviles dispuestos a grabar.

—Cuando suene la música empezáis —susurró la profesora—.

Las niñas asintieron con la cabeza, la directora se apartó del micrófono y durante un segundo el patio quedó en completo silencio. Luego empezó la música y varias madres comenzaron a aplaudir. Las niñas levantaron los brazos siguiendo la coreografía que habían ensayado durante las últimas semanas de curso. Sofía imitó los movimientos, uno, dos, giro, palmada. Las niñas se reían entre ellas mientras bailaban, pero Sofía seguía mirando al público buscando a Emilia. La encontró cerca de la verja. Seguía hablando con otras madres mientras miraba de vez en cuando al escenario. Sofía bajó la mirada un momento. La música seguía sonando y las niñas continuaron la actuación girando, saltando y dando palmadas. Cuando volvió a levantar la cabeza, vio a varios padres grabando con el móvil. Uno de ellos se movía entre las filas buscando mejor ángulo. Durante un segundo Sofía volvió a quedarse abstraída por

sus pensamientos. La música terminó de golpe y el patio se llenó de aplausos. Las niñas hicieron una pequeña reverencia que algunas ejecutaron mejor que otras y luego se bajaron del escenario.

—¡Ha salido perfecto! —dijo la profesora.

Las niñas empezaron a correr hacia sus padres. Laura agarró a Sofía del brazo.

—¡Vamos a por helado!

—Tengo que preguntarle a mi madre.

—Pues te espero —Laura tenía ganas de ir con Sofía así que estaba dispuesta a esperarle e incluso a intentar convencer a Emilia si fuese preciso—.

Caminaron juntas hacia Emilia, que seguía hablando con otras madres y cuando vio a Sofía acercarse apagó el cigarrillo contra el borde de la papelera.

—Lo habéis hecho muy bien —desde la distancia, Emilia había intentado seguir más o menos la función y parece ser que lo había conseguido—.

—Gracias mamá.

—¿Nos vamos ya a casa?

—Espera, Laura se va a comprar un helado, ¿Puedo comerme uno yo también?

—Espera un momento Sofía.

—Hola buenas, ¿Qué tal? —Martina, la madre de Laura, se acercó a saludar a Emilia.

—Hola, ¿Vais al centro? —Preguntó Emilia.

—Sí, a la niña se le ha antojado un helado —comentó Martina, por si se querían unir a ellas—.

—Pues vamos nosotras también un rato —dijo Emilia, con idea de no estar mucho tiempo fuera—.

—¡Vamos! —Laura sonrió.

—¡Gracias! —respondió Sofía con ilusión.

Las niñas salieron del colegio con el resto de la gente. La calle estaba llena de padres y niños que salían de los diferentes colegios, algunos ataviados con uniformes varios, otros sin ellos y con variedad de mochilas, algunas de las cuales hacían sonar sus ruedas por el suelo.

—Hace un calor horrible —dijo Martina—.

—Ya ves —añadió Emilia por mantener la conversación trivial, aunque en realidad no le apetecía hablar con nadie—.

Caminaron hacia la esquina de la calle y desde allí se veía la avenida que llevaba al centro. Sofía caminaba unos pasos por delante de los adultos junto a Laura. Levantó la cabeza mirando el cielo, que estaba completamente despejado. La heladería estaba llena. Había varias familias esperando delante del mostrador mientras un ventilador giraba lentamente en el techo sin refrescar demasiado el aire. Sofía y Laura se pusieron en la cola.

—Yo quiero de fresa —dijo Laura.

—Yo de chocolate.

—Siempre pides de chocolate.

—Porque me gusta mucho —dijo Sofía intentando justificarse—.

Emilia y Martina se quedaron hablando cerca de la puerta. Sofía miró el cartel de los sabores y había muchos más de los que recordaba.

—¿Vas a pedir cucurucho o tarrina? —preguntó Laura.

—Cucurucho.

—Yo también.

La cola avanzó un poco con el llanto de fondo de un niño pequeño que lloraba porque su helado se había caído al suelo, al que su padre intentaba consolar mientras el dependiente preparaba otro.

—¿Crees que seguiremos en la misma clase el curso que viene?
—preguntó Laura algo preocupada.

—Ojalá que sí.

—Yo no quiero que nos pongan en clases distintas.

Sofía apoyó las manos en el borde del mostrador, el frío del metal le resultaba agradable en contraste con el calor del ambiente. El dependiente empezó a preparar un helado para otra niña así que Laura siguió hablando.

—Te eché de menos aquellos días que faltaste —admitió Laura de repente.

—¿Cuándo?

—Cuando pasó lo de la Mezquita.

La conmoción por el atentado paralizó gran parte de la ciudad durante casi una semana. Se declararon días de luto oficial, se realizaron los entierros de los fallecidos, se hospitalizó a los heridos más graves, se atendió a los leves y mucha gente faltó a sus puestos de trabajo. En particular Sofía y Emilia, además de la atención médica y psicológica, habían tenido que declarar varias veces ante las diferentes autoridades e instituciones que intentaban esclarecer los hechos.

—Mi madre dijo que hubo gente mala que intentó mataros a todos —Laura lo soltó sin filtros, con la inocencia de una niña que no ha experimentado la dureza de ese tipo de trance—.

Sofía miró hacia la puerta mientras Emilia seguía hablando con Martina sobre los departamentos de su empresa y otros asuntos que no despertaban ningún interés en las niñas.

—Había muchos policías en la tele —continuó Laura—. Y ambulancias.

Sofía miró al suelo intentando controlar sus emociones.

—Sí, es verdad.

—¿Y qué pasó? Cuéntame.

—La gente empezó a correr —Sofía no quiso profundizar más—.

—Mi madre dice que hubo tiros —Laura se quedó callada unos segundos—. Y bombas.

—Sí —Sofía confirmó discretamente—.

—Qué miedo.

—¿Quién va ahora? —el dependiente buscó en el mostrador a la siguiente—.

Las dos niñas dieron un paso adelante.

—Cucurucho de chocolate, por favor —pidió Sofía adelantándose—.

—Y yo otro de fresa, por favor —dijo Laura después—.

El dependiente empezó a llenar los cucuruchos con las bolas de helado mientras Laura seguía mirando a Sofía con gran atención.

—¿Y viste a los malos? —preguntó Laura con los ojos muy abiertos, casi fascinada por el drama.

—No —Sofía negó con la cabeza, sintiendo cómo el nudo en el estómago volvía a apretar—.

El dependiente le entregó el helado a Sofía, que lo sostuvo con cuidado y a Laura el suyo, a la que casi se le cae.

—¿Entonces qué viste? —preguntó Laura.

Sofía miró el helado un momento y luego la miró a ella, dudando si contárselo o no, pero finalmente lo hizo.

—Estábamos terminando la visita dentro de la Mezquita cuando alguien malo entró con una pistola y le disparó a todo el mundo. La gente tuvo mucho miedo y salió corriendo y luego explotó una bomba. Yo perdí a mi madre de vista un rato, porque se había caído mareada, pero luego apareció otro hombre, mató al malo y entonces mi madre se levantó y pudimos huir. Pasamos por al lado de un hombre con un arma, pero creo que era de los buenos, como el que mató al malo de dentro. Se quedó mirándome un rato mientras nos íbamos y cuando llegamos al puente explotó otra bomba.

—¡Vaya! ¡Que miedo! —contestó Laura totalmente asombrada—. Yo habría llorado.

—Pues sí, lo pasamos muy mal. Hubo mucha gente que lloraba.

—¿Vamos al parque? —preguntó Laura.

—Vale.

Caminaron juntas por la acera, intentando que los helados no se derritieran demasiado rápido mientras iban charlando varios pasos por delante de sus madres. La calle estaba llena de gente, niños con mochilas, padres hablando entre ellos, etc. El final de curso siempre tenía ese ruido de verano que empezaba. Llegaron a un pequeño parque de juegos en la zona del Vial Norte, junto a la sede de Canal Sur. Varios niños jugaban en un trenecito de juguete, un balón rodó cerca de ellas y un niño llegó corriendo a recogerlo. Sofía se sentó en el borde de un banco mientras Laura terminaba de comerse su helado. Durante un momento todo parecía completamente normal. El ruido de los columpios, las voces de los niños, los adultos hablando cerca... Pero en su cabeza todavía resonaban los diferentes sonidos de aquel día.

—¡Sofía! —la voz de Emilia llegó desde la acera— Nos vamos.

Laura terminó el último trozo de su helado y se limpió las manos en una servilleta.

—¿Ya te vas?

—Pues si —respondió Sofía—. Mamá, ¿Puedo quedarme un rato más?

—Mañana si quieres volvéis a veros —Emilia miró a Martina dejando la invitación abierta—.

Sofía no insistió, simplemente se despidió de Laura con un gesto y caminaron hacia la avenida. La ciudad estaba llena de ruido de coches y gente hablando en las terrazas. El calor de la tarde parecía quedarse pegado a las paredes de los edificios. Emilia caminaba rápido y Sofía la seguía. Pasaron por un bar desde donde se veía un televisor a través de las ventanas que separaban la terraza del

interior. Varias personas se habían detenido delante al ver que en la pantalla aparecían imágenes de la Mezquita. Sofía reconoció enseguida el lugar. El pedestal de la estatua seguía rodeado de cintas de policía.

—[...]se cumple un mes del atentado yihadista que dejó varios muertos y decenas de heridos [...]

La voz de la presentadora salía baja a través del cristal. Durante unos segundos, emitieron en pantalla la foto de un hombre que le llamó la atención. Tenía una bandera detrás, y llevaba un traje de chaqueta verde, con corbata a juego y una camisa blanca, y en la cabeza tenía un extraño sombrero negro. A pesar de todos esos elementos que no le sonaban de nada, su cara le resultaba tremendamente familiar. Emilia tiró suavemente del brazo de Sofía, pero ella se quedó un segundo más mirando a la pantalla. La imagen ya había cambiado y ahora aparecían ambulancias, policías, la zona del puente abarrotada de gente y durante un instante volvió a sentir el mismo nudo en el estómago que había sentido aquel día. Sofía apartó la mirada del televisor y volvió a caminar. El ruido de la ciudad llenaba la calle otra vez. Continuaron varias calles más hasta llegar a su edificio. En su portal daba la sombra y el aire dentro olía a humedad y detergente. Emilia abrió con dificultad la cerradura del buzón y recogió varias cartas y un folleto publicitario mientras Sofía subía las escaleras por delante de ella. El edificio estaba en silencio, solo se oía un televisor en algún piso y el ruido lejano de un ventilador. Cuando llegaron al rellano, Emilia abrió la puerta del piso y al intentar pasar, Yako apenas las dejaba de la emoción cuando fue a recibirlas. El salón estaba medio a oscuras con las persianas bajadas. Manuel estaba sentado en el sofá viendo la televisión. Ni siquiera se giró cuando entraron.

—¿Ya estáis aquí? —preguntó.

—Sí —respondió Emilia—.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien, como siempre.

—¿Han vuelto a hablar de lo de la Mezquita otra vez?

—Sí, la directora en su discurso.

—Qué pesados, a ver si dejan ya pasar página.

—¿Puedo ver la tele? —preguntó Sofía dejando la mochila del colegio junto al sofá.

—Luego —dijo Emilia—. Primero lávate las manos.

Sofía fue al baño y aprovecho para lavarse también la cara, aliviándose un poco el calor con el agua fría. Cuando volvió al salón Manuel seguía viendo un concurso en la televisión y Emilia estaba en la cocina, cigarro en mano, intentando encontrar un cenicero.

—¿Qué haces? —preguntó Manuel sin apartar la vista de la pantalla.

—Nada, voy a ver la tele.

—Pues siéntate en el sofá que me tapas y no veo.

Sofía se sentó en una esquina del sofá. La televisión llenaba el salón con una luz azulada. Durante unos minutos permanecieron en silencio viendo el programa. Un concursante falló la respuesta y el público se lamentó. Sofía apoyó la cabeza en el respaldo del sofá intentando pensar en otras cosas. En el verano que empezaba, en los días sin colegio, en mantener el contacto con algunas amigas como Laura. Pero el recuerdo de aquel fatídico día volvió otra vez. La plaza, el humo, la gente huyendo, y aquel hombre que se quedó mirándole fijamente. Sofía cerró los ojos un momento, pero incluso así seguía viéndolo. El concurso terminó y empezó otro programa. Manuel seguía en el sofá, con el móvil en la mano, leyendo en un mensaje los datos de un nuevo viaje de trabajo. Emilia salió de la cocina con un vaso.

—¿Comemos ya? —preguntó—.

—En un rato, todavía no tenemos hambre —contestó Manuel por los dos—.

Sofía miró el reloj de la pared. Aún no era tarde, pero el día le parecía transcurrir muy lento.

—Me voy a mi cuarto.

—Vale, pero estate atenta que ya mismo vamos a comer —dijo Emilia—.

Sofía se levantó del sofá, cruzó el pasillo y entró en su habitación. La ventana estaba abierta y entraba el aire caliente de la tarde. Sobre la mesa había algunos cuadernos del colegio y una caja con lápices de colores. Se sentó en la silla y durante unos segundos no hizo nada, luego abrió uno de los cuadernos por la última página, cogió un lápiz y empezó a dibujar sin pensar demasiado. Primero hizo varias líneas torcidas, después un rectángulo grande, luego otro más pequeño encima. Era la estatua. No la dibujó entera, tan solo la base, la parte que recordaba. Después dibujó muchas figuras pequeñas alrededor, representando personas. Algunas corriendo, otras caídas en el suelo. El dibujo le salió desordenado, como el recuerdo. Se quedó mirando el papel, entonces dibujó otra figura un poco más lejos. Quiso dibujar a aquel hombre que la miró fijamente, pero no sabía bien cómo hacerlo, así que sólo hizo una silueta. Sofía dejó el lápiz sobre la mesa, miró el dibujo unos segundos y después cerró el cuaderno. Desde el salón seguía llegando el sonido de la televisión y una conversación difícil de entender entre Manuel y Emilia. El verano empezaba, pero el recuerdo de aquel día seguía allí. Sofía empujó el cuaderno hacia un lado de la mesa, y el lápiz rodó unos centímetros deteniéndose junto a la caja de colores. Se levantó de la silla y se acercó a la ventana, desde donde se veía la calle. Un coche pasó despacio. Más abajo, dos niños jugaban con un balón en la acera mientras una mujer hablaba por el teléfono apoyada en la puerta de un portal. Todo estaba en calma, como cualquier tarde de junio. Sofía apoyó los brazos en el alféizar, intentando pensar en cualquier cosa que no fuera aquel día, pero el recuerdo volvía siempre al mismo momento. Se preguntó si aquel hombre que clavó su mirada en ella habría conseguido salir, si habría

encontrado a la persona que buscaba, o si simplemente había desaparecido entre toda aquella gente.

—¡Sofía! —La voz de Emilia llegó desde el salón.

—¿Qué?

—Ven a comer.

Sofía se apartó de la ventana. Antes de salir del cuarto miró otra vez el cuaderno cerrado sobre la mesa pensando que tenía que añadir algunos detalles más al dibujo. Cerró la puerta de su habitación y desde el pasillo vio como Manuel ya estaba sentado en la mesa y buscaba algo en su móvil mientras Emilia colocaba los platos.

—Siéntate —le dijo—.

Sofía se sentó a la mesa, y durante unos minutos solo se escuchó el ruido de los tenedores enrollando los espaguetis contra los platos.

—¿Qué habéis hecho en el colegio? —preguntó Manuel sin mucho interés.

—El baile de fin de curso.

—¿Solamente?

—Hemos hecho uno cada clase.

—Qué bien. En mi época no se hacían estas cosas. Simplemente se acababa el colegio y ya está.

Sofía no añadió nada más, y siguió terminándose su plato de espaguetis con nata y bacon. Emilia y Manuel comenzaron una conversación sobre indemnizaciones, ayudas del Estado para víctimas, cálculos económicos y demás conceptos que se escapaban a la comprensión de Sofía. Terminaron de comer sin hablar mucho más. Manuel dejó el plato en el fregadero y fue a rellenar un poco más el comedero de Yako que, al verlo, se acercó automáticamente. La televisión siguió llenando el salón con su ruido constante mientras Emilia terminaba de recoger la mesa.

—Échame una mano a terminar de recoger —le dijo a Sofía—.

Sofía obedeció y ayudó a llevar a la cocina lo poco que quedaba en la mesa. Luego fue al baño a cepillarse los dientes. Mientras lo hacía, reparó en su reflejo en el espejo. Parecía igual que siempre, como si nada hubiera pasado. Cuando terminó, apagó la luz y caminó por el pasillo hasta su habitación. Cerró la persiana para que no entrase el sol directo de la tarde, y de esa manera no hiciera mucho calor. Se tumbó en la cama intentando echarse una siesta, pero desde el salón llegaba el sonido de la televisión con la voz de un presentador hablando demasiado alto. Sofía cerró los ojos. Durante un momento pensó en sus compañeros del colegio, en la actuación de final de curso, en lo que iba a hacer ese verano, intentando retener esos recuerdos. Pero la memoria de aquel día volvió otra vez. Sofía abrió los ojos de golpe. Desvió la mirada a Juno, alegrándose de no haberlo perdido, pero reparando en aquella pequeña mancha de sangre que no terminaba de desaparecer, y que ella sabía que estaría ahí ya para siempre. Empezó a hacerse nuevas preguntas sobre aquel hombre que se cruzaron en la huida. Se interesó por quien sería, cómo se llamaría, por qué se quedó fijamente mirándola con aquel gesto, pero no tenía forma de saberlo. Finalmente cerró los ojos de nuevo, y el verano empezó aquella tarde sin que supiera que aquel hombre que tanto le intrigaba, ya no estaba en ningún lugar de este mundo y que mientras lo abandonaba para siempre, estaba pensando en ella.

Fieles al Juramento

El despacho estaba en silencio, solamente se oían el zumbido del aire acondicionado y el ruido de las teclas del ordenador, y Fran sintió por un instante el peso de todo lo que habían vivido, el mismo peso que Iván había cargado hasta el final. Apoyó los codos en la mesa mirando a la pantalla, el informe ocupaba ya varias páginas e incluía numerosas fechas, nombres, llamadas, movimientos bancarios. Todo era como encajar de nuevo un puzzle cuya imagen final ya conocían. Al otro lado de la mesa, Sergio revisaba una carpeta llena de fotografías.

—Como sospechábamos, las armas fueron compradas en Montenegro a través de intermediarios serbios —explicó Fran mientras le cogía a Sergio una foto de la carpeta. En ella aparecían varias cajas de madera abiertas con fusiles AK 74 dentro —.

—Y financiadas con dinero del narcotráfico marroquí —añadió Sergio—, que luego también colabora para meterlas en España y moverlas.

—Ben Farraj de alguna manera recibe ese dinero y lo blanquea en sus galerías de arte —añadió Fran volviendo a mirar la pantalla—.

—Todo pasa por él —concluyó Sergio sacando de la carpeta una foto de Ben Farraj tomada meses antes, vistiendo un traje oscuro y con una sonrisa tranquila, como si no tuviera nada que ver con todo aquello—. No hay elemento de la trama que se mueva sin que él lo sepa.

—Sin embargo, no estuvo en lo de Córdoba —dijo Fran mientras se reclinaba en la silla—.

—No, nunca participa de forma directa —lamentó Sergio pensativo, mirando hacia la calle a través de la ventana del despacho—.

—Cuando lo detengamos lo negará todo, pero tenemos esto — Fran hizo girar el ratón. En la pantalla apareció el registro de

llamadas—.

—Claro —Sergio abrió otra carpeta—. Y el registro de las transferencias, y el contacto en Tetuán. ¿Pero lo tenemos localizado?

—Nuestra gente lo tiene controlado —afirmó Fran con satisfacción—. Lo último es que está en Tánger.

—Entonces ya está, se acabó —Sergio lo miró fijamente—.

—Eso parece, se acabó —Fran apoyó las manos en la mesa y se quedó unos segundos en silencio—.

Pero los dos sabían que en realidad aún quedaba una última cosa por hacer, ir a por Ben Farraj antes de que desapareciera. Esta vez no podían ir de nuevo un paso por detrás, como ya les había ocurrido con el atentado de la Mezquita. Haber desarticulado la célula que persiguieron desde Algeciras hasta Córdoba, no fue suficiente. Al volver a registrar la finca de Los Barrios, la Guardia Civil descubrió que se habían movido más armas, tanto de ese cargamento como de anteriores. Pero lo único que lograron sacar en claro era que, por la tipología yihadista del atentado tendría lugar en un sitio simbólico, y que sería en Córdoba, por ser el destino de la célula anterior.

—Interior ya ha autorizado, y tenemos respaldo judicial —dijo Sergio de repente, rompiendo el breve silencio que se había instalado—.

—¿Y los marroquíes lo saben? —Fran miró otra vez la pantalla del ordenador—.

—Si, por lo visto vamos a tener apoyo por si la cosa se complica. Están esperando a que le trinquemos para detener ellos a su marinero.

—Khalid Benarouf —especificó Fran—.

—Ese.

—Tanto aquí como allí, todos han mirado para otro lado mientras Algeciras es un coladero y las gomas se pasean por el Estrecho, pero

cuando esto acabe querrán salir en la foto como si los hubieran pillado ellos mismos —sentenció Fran con resentimiento—.

—Bueno, la foto nos la pela, esto lo hacemos por nosotros, y por Iván. Así que, vamos a por él. Salimos esta misma noche. —dijo Sergio levantándose de la silla y cogiendo la carpeta—.

—Al lío —asintió Fran poniéndose también de pie.

Estaba anocheciendo cuando el avión comenzó a despegar, un vuelo chárter privado Madrid-Tánger en el que además de Fran y Sergio, iban otros seis guardias civiles comisionados para la operación, de unidades diversas como los ECO (Equipos Contra el Crimen Organizado), el Servicio Fiscal, y el GAR (Grupo de Acción Rápida). A través de la ventanilla solo se veían las luces de la costa alejándose lentamente mientras el aparato ganaba altura sobre el Estrecho. Fran no hablaba, miraba hacia delante con los brazos cruzados mientras Sergio repasaba los documentos de la carpeta por última vez.

—Nuestros contactos dicen que no se ha movido de Tánger —dijo finalmente tras repasar las fotos y documentos—.

—El cabrón se siente seguro allí —comentó Fran sin apartar la vista—. Con las cantidades que mueve, seguro que no le han pedido muchas explicaciones mientras una parte se pierda en los puntos correctos del camino.

—Iván habría disfrutado pillándole —añadió Sergio de repente—.

—Sí —dijo Fran fugazmente—.

El avión empezó a estabilizarse en el cielo y las luces de cabina se atenuaron, el ruido constante de los motores llenaba la cabina. En la mayor parte del trayecto nadie hablaba. Sergio apoyó la cabeza contra el asiento, mirando por la ventanilla e intentando echar una cabezada. Abajo solo había oscuridad. El jet siguió rumbo a la costa marroquí, aterrizando en Tánger pasada la medianoche. El aire allí era cálido y húmedo incluso a esa hora. En la pista, las luces del aeropuerto iluminaban el asfalto con un brillo amarillento. Fran, Sergio y su equipo salieron de la terminal sin llamar demasiado la

atención, buscando la furgoneta que les habían indicado. La furgoneta era una Mercedes-Benz blanca, de líneas discretas y sin un solo distintivo. El color, ligeramente mate por el polvo acumulado de días anteriores, apagaba cualquier reflejo innecesario bajo el sol del aeropuerto. Tenía los cristales traseros tintados en un tono oscuro, suficiente para ocultar el interior sin llamar la atención. Un hombre les esperaba en el asiento del conductor mientras que otro, que estaba apoyado en la puerta del copiloto, levantó la cabeza cuando se acercaron.

—Bienvenidos a Tánger, soy el capitán Driss el Fassi, de la Gendarmería Real Marroquí, éste es mi conductor.

—Buenas, sargento 1º Sergio Salas, de la Guardia Civil, y éste es mi equipo.

Driss no vestía uniforme, pero tampoco pretendía pasar desapercibido del todo. Vestía unos vaqueros oscuros bien cortados y una camisa clara, de manga larga, remangada justo por debajo de los codos, como alguien que quiere parecer relajado sin perder autoridad. Sobre la muñeca izquierda destacaba un reloj metálico sobrio, pero de calidad, y en los pies, unos zapatos negros sin brillo excesivo, prácticos, más funcionales que elegantes.

—Encantado de conoceros, tenemos que ponernos en marcha antes de que el objetivo desaparezca —Driss compartía la prisa por detener a Ben Farraj, pero por una motivación diferente. Sin él no podía dar el siguiente paso a por Khalid, y ya estaba empezando a recibir presiones de la cúpula que quería limpiar la imagen de la Marina Real.

—Me han dicho que todo el papeleo ya está resuelto, que tenemos vía libre para actuar —añadió Sergio para confirmar que no iban a tener ningún obstáculo—.

—No está lejos, se aloja en un pequeño hotel cerca del puerto —respondió el conductor Driss—. Lleva allí dos días.

—¿Solo? —se interesó Sergio—.

—No, con dos hombres —añadió Driss—. parecen guardaespaldas—. Probablemente estén armados.

La furgoneta arrancó despacio y se incorporó al tráfico, dejando atrás las luces del aeropuerto y avanzando por una vía amplia que pronto empezó a estrecharse conforme se acercaban a la ciudad. A medida que dejaban atrás las zonas más abiertas, el entorno cambiaba: edificios más bajos, comercios pequeños, talleres con las persianas cerradas y una circulación cada vez menos densa, caótica pero extrañamente fluida. Driss daba indicaciones breves desde el asiento delantero, sin necesidad de levantar la voz. El conductor obedecía sin preguntar, girando por calles cada vez más estrechas. Dejaron atrás una avenida principal y se metieron en un entramado de calles donde la furgoneta ya no avanzaba con soltura. Los retrovisores pasaban a escasos centímetros de las paredes, y en más de una ocasión tuvieron que frenar para dejar pasar a alguien o esquivar un coche mal estacionado. Finalmente, tras un último giro cerrado, la furgoneta entró en una calle con ligera pendiente que descendía hacia el puerto y el conductor redujo la velocidad. Frente a ellos se encontraba el hotel Dar Al Bahr. El nombre aparecía en una pequeña placa metálica junto a la puerta, en letras sobrias que apenas destacaban sobre la pared blanca. No había nada que llamase la atención ni carteles visibles desde lejos, si no hubieran sabido que estaba ahí, lo habría pasado de largo. El edificio tenía tres plantas, con ventanas estrechas protegidas por contraventanas azules desgastadas. Fue Driss quien se incorporó primero en el asiento delantero, sin prisa. Abrió la puerta y bajó a la calle como si aquello no tuviera nada de excepcional. Miró a ambos lados con naturalidad y luego dio unos golpes con los nudillos en la carrocería.

La puerta corredera se abrió con un sonido seco y metálico. Los guardias civiles fueron bajando sin agolparse. Primero bajó Sergio, que pisó el suelo y se apartó lo justo para dejar espacio al siguiente con la mirada ya puesta en la entrada del hotel. Detrás, Fran y el resto del equipo, cada uno ocupando su sitio de forma casi automática, sin necesidad de mirarse entre ellos. Todos, tanto españoles como marroquíes iban ya pistola en mano y equipados con los chalecos y los distintivos «GUARDIA CIVIL» o «GENDARMERIE». El grupo se movió en bloque dejando un pequeño espacio entre cada pareja. La puerta de madera se abrió con un leve crujido y volvió a cerrarse tras el último. Dentro, el vestíbulo era pequeño, más profundo que ancho. El suelo estaba cubierto por baldosas geométricas antiguas, algunas ligeramente desalineadas. Una lámpara colgante proyectaba una luz cálida, insuficiente para eliminar del todo las sombras de las esquinas. Detrás del mostrador, un hombre mayor que ya estaba avisado no preguntó nada cuando vio al grupo entrar. Solo observó lo justo, evaluando en silencio, y luego asintió como si todo estuviera previsto.

—203, segundo piso derecha —dijo el recepcionista en árabe, con voz baja casi susurrando—.

Sergio fue el primero en avanzar hacia el pasillo, con la pistola baja pero firme, pegada al cuerpo, cubriendo el ángulo sin invadirlo más de lo necesario. A su lado, Fran mantenía el mismo ritmo, un paso por detrás, atento a cualquier movimiento en las puertas cerradas que se alineaban a ambos lados. Driss se colocó ligeramente adelantado respecto al resto, marcando el camino hacia la escalera sin necesidad de girarse. Los del GAR cerraban el grupo, compactos, vigilando retaguardia y laterales. Los de ECO se repartieron en el centro, listos para abrir o contener según hiciera

falta, mientras el del Servicio Fiscal se mantenía pegado a la pared, sin perder de vista el conjunto. Nadie hablaba. Solo el roce leve de las botas sobre las baldosas y la respiración contenida rompían el silencio. La escalera apareció al fondo, estrecha, con peldaños de piedra desgastados. Driss levantó dos dedos sin detenerse, dando a entender que estaban listos para continuar hasta la segunda planta. Subieron en una hilera, pegados a la pared interior. Sergio iba primero, Fran justo detrás, cubriéndole el hombro. Cada tramo lo ganaban despacio, limpiando el espacio antes de avanzar un escalón más. No había margen para ruido ni para errores. Al llegar al rellano, Driss se detuvo y señaló con la barbilla hacia el pasillo de la derecha. Tres puertas, la última de ellas, la 203. Sergio confirmó y avanzó hasta colocarse junto al marco, a un lado de la puerta. Fran tomó el otro lado, con el hombro pegado a la pared. Driss se posicionó ligeramente retrasado, pero con ángulo suficiente para intervenir en la entrada y dos agentes del GAR se prepararon detrás, listos para la entrada. Sergio probó el pomo muy lentamente, evitando hacer ruido o generar percepción de movimiento, pero estaba cerrado. Miró a Fran con un gesto mínimo de confirmación y comenzaron la cuenta. El golpe seco contra la puerta resonó en todo el pasillo. La madera cedió en el segundo impacto, astillándose a la altura de la cerradura y la hoja se abrió de golpe hacia dentro. Sergio y Fran irrumpieron en la habitación buscando las esquinas.

—¡Gendarmería! ¡Al suelo! —gritó Driss en árabe, identificándose.

La habitación era más grande de lo esperado. Había una cama deshecha, una mesa pequeña y, junto a la ventana estaba Ben Farraj que se giró bruscamente, sorprendido a medio movimiento. No estaba solo. Uno de los guardaespaldas reaccionó primero, llevando la mano hacia la cintura. No llegó a sacar el arma. Sergio ya lo tenía encarado.

—¡Quieto! ¡Quieto! ¡Ni se te ocurra! —gritó.

El segundo guardaespaldas dio un paso atrás, dudando, atrapado entre la pared y la cama. Fran entró en diagonal,

recortando el espacio y obligándole a bajar las manos. Ben Farraj levantó lentamente las manos y alternó la mirada entre uno y otro, calibrando una situación que ya estaba perdida. El primero en ser reducido fue el guardaespaldas más cercano. Sergio lo llevó al suelo con un movimiento limpio, rodilla en la espalda, asegurando los brazos sin brusquedad innecesaria. Fran controló al segundo, empujándolo contra la pared antes de girarlo y engrilletarlo. En menos de un minuto, los tres estaban controlados y la habitación volvió al silencio, sólo interrumpido por el sonido metálico de los grilletes cerrándose.

La tarde caía despacio sobre la Plaza de la Corredera y las fachadas rojizas devolvían una luz cálida que parecía quedarse suspendida en el aire. Las mesas de las terrazas estaban medio llenas, con ese murmullo constante de conversaciones cruzadas y vasos golpeando contra el metal. Sergio había elegido una mesa algo apartada, no por discreción exagerada, sino por costumbre. No tocó su botellín, aún frío y con el vidrio empañado hasta que Fran se sentó frente a él.

—Te he dicho que quedáramos porque hay algo que tienes que saber —empezó Sergio sin rodeos—. Y no te lo ha contado Iván porque no lo contaba nunca.

Fran apoyó los antebrazos en la mesa, sin tensión, pero atento.

—Ya me imaginaba que iban por ahí los tiros —respondió Fran—.

—Sí —dijo Sergio mientras giraba el botellín entre los dedos—. Iván no siempre fue así. Antes estaba conmigo en Policía Judicial, aquí en Córdoba. Era bueno, de los que sabían lo que hacían, de los que te podías dar la vuelta tranquilo porque sabías que lo que dejabas a su cargo no se iba a torcer.

—Eso se le notaba —murmuró Fran dando un trago, sin apartar la mirada—.

—Claro, pero eso viene de antes —continuó Sergio—. Por aquel entonces tenía una vida más o menos normal. Tenía su pareja, una hija. y durante un tiempo aquello tiraba, o al menos es lo que parecía desde fuera —hizo una pausa corta para tomar aire—. Hasta que dejó de tirar. Y no fue de golpe, ni una bronca, ni nada de eso. Fue de esas cosas que empiezan a no cuadrar poco a poco; detalles,

horarios, actitudes... Hasta que un día todo cuadró, pero para mal, y ya lo vio claro.

—Le estaba engañando —añadió Fran—.

—Sí —dijo Sergio, directo—. Y cuando Iván se dio cuenta, no perdió la cabeza ni montó un circo. Hizo lo que tenía que hacer. Empezó con los trámites de custodia, intentó hacerlo todo bien, por lo legal, pensando en la niña—. Se inclinó un poco hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Pero ahí es donde la cosa se complicó. Porque ni la exnovia ni el otro tenían nada que los atara aquí. Ni cargas familiares, ni trabajo serio, ni raíces. Y lo que normalmente es una dificultad, a ellos les dio margen para hacer lo que quisieran.

—¿Y se fueron sin más? —Fran dejó el botellín en la mesa con cuidado.

—No —negó Sergio, bajando un poco la voz—. Y es lo que realmente lo cambia todo. Iván le pilló escondido un pasaporte falso para su hija.

—¿Un pasaporte falso? —Fran se quedó quieto un instante.

—Sí. Y en ese momento ya descubrió el pastel del todo. Se fue al juzgado, habló con quien tenía que hablar, explicó la situación, pidió medidas cautelares. Algo tan básico como que la niña se quedara con él hasta que se resolviera la custodia, nada raro —Sergio hizo un gesto leve con la mano—. pero o no le hicieron caso, o no el que deberían, o no cuándo deberían, da igual. El resultado es el mismo.

—Eso es una barbaridad —Fran no salía de su asombro—.

—Sí, pero pasó —respondió Sergio, sin dramatizar—. Y entonces llegó el día. Iván volvió a casa después de trabajar y no había nadie. Ni la madre, ni la niña, ni rastro. Se habían llevado lo justo para tirar, ropa, papeles, lo necesario para desaparecer.

—Joder... —Fran se pasó la mano por la cara.

—Denunció sustracción, activó todo lo que pudo. Y cuando te digo todo, es todo. Desde fiscales hasta jueces, pasando por gente con la que había trabajado durante años. Gente que en otros casos se movía rápido —Sergio le sostuvo la mirada un segundo—. Pero ahí ya iban tarde, tú lo sabes, que con un pasaporte bien hecho, en unas horas estás fuera de España. Y cuando estás fuera, la película cambia.

—¿Y no volvió a saber nada más de ellas? —preguntó Fran, más bajo.

—Nada —negó Sergio—. Durante un tiempo intentó seguir tirando del hilo por su cuenta, pero de donde no hay, no se puede sacar. Llega un punto en el que no puedes seguir viviendo así—. Se quedó unos segundos en silencio antes de continuar—. Y entonces le salió lo vuestro y lo cogió.

—¿Para olvidarse? —Fran levantó la vista.

—No —Sergio negó despacio, con calma—. Para no quedarse parado. Y porque, a lo mejor, desde ahí tenía alguna opción más adelante. No es que se olvidase de la niña, es que entendió que donde estaba ya no podía hacer nada —el botellín sonó con fuerza al dejarlo sobre la mesa—. Iván no estaba atormentado por la cara. Estaba así porque le arrancaron lo que más le importaba y viéndolo venir, no pudo hacer nada para evitarlo.

—Nunca me había contado nada de esto —Fran se quedó mirando la plaza, sin hablar durante unos segundos—.

—Nunca —confirmó Sergio—. Y no creo que lo hubiera hecho.

Epílogo

La puerta sonó dos veces, la segunda vez más fuerte que la primera, provocando que Yako comenzase a ladrar. Sofía levantó la vista del cuaderno donde estaba dibujando, repasando y repitiendo siempre la misma situación de aquel día. Emilia salió de la cocina secándose las manos en un trapo viejo que ya tenía algunas manchas, sobre todo de café.

—¡Calla Yako! Manu, asómate a ver quién es —pidió Emilia con voz cansada.

—Es la policía —Manuel miró por la mirilla durante unos segundos antes de contestar—.

El silencio que siguió fue pesado, como si el aire del piso se hubiera vuelto más denso de repente. Emilia tiró el trapo sobre la encimera de cualquier manera.

—Abre —dijo al fin Emilia—. Vendrán a preguntar otra vez sobre el atentado.

Cuando Manuel abrió la puerta, dos agentes uniformados de la Policía Nacional esperaban en el rellano. Eran dos hombres, uno notablemente más alto que el otro, que tendría unos cuarenta años, complexión fuerte, pelo corto y algo canoso en las sienes, y con una expresión seria pero tranquila. El más bajo aparentaba unos treinta años, era más delgado y tenía el pelo completamente negro. El mayor fue quien dirigía la actuación mientras el joven estaba pendiente a los detalles.

—Buenas tardes. ¿Es usted Emilia Martín? —preguntó el policía.

—Sí, soy yo —respondió Emilia.

—¿Me enseña su DNI, por favor?

—Claro —dijo Emilia camino a buscar su cartera en el bolso—. Normalmente no me lo pedís.

—¿Es usted la madre de Sofía Castro Martín? Venimos por una diligencia relacionada con la menor.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía en voz baja desde el pasillo, asomándose con el cuaderno todavía en la mano y el lápiz apretado entre los dedos.

—Necesitamos hablar con usted —el policía miró hacia ella solo un segundo y luego volvió a fijar la vista en Emilia—.

—¿Sobre qué? —preguntó Emilia cruzándose de brazos.

—Sobre la situación de custodia de Sofía.

—Esto tiene que ser un error —Emilia soltó una risa corta y nerviosa que no sonaba nada alegre—.

—No lo es —respondió el policía con calma—. Se ha reabierto un procedimiento por sustracción de menores.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Manuel con voz ronca y mirando a Emilia con los ojos como platos y la boca entreabierta.

Emilia ni siquiera contestó. Se quedó rígida, como si el cuerpo se le hubiera quedado congelado.

—¿Mamá? ¿Qué está pasando? —preguntó otra vez Sofía, dando un paso más hacia la puerta, aunque ya empezaba a entender que algo importante estaba a punto de suceder.

—Existe una denuncia previa por parte del padre de la menor. Y tras los hechos ocurridos en la Mezquita hemos localizado a varias partes implicadas en el procedimiento —explicó el policía, con voz neutra—.

—Os estáis equivocando. Eso ya está prescrito desde hace tiempo —balbuceó Emilia—.

—No lo está —el policía más mayor negó con la cabeza, sin perder la calma—. La denuncia que presentó el padre en su momento, interrumpió el plazo de prescripción. Y en adelante, le recomiendo que no diga nada más sin la presencia de un abogado defensor.

—¿Eso qué significa, que estoy detenida? —el pulso de Emilia comenzaba a acelerarse—.

—Por ahora necesitamos que nos acompañe a dependencias judiciales —dijo el policía—. Allí le tomarán declaración y se aclarará su situación legal.

En ese momento, detrás de los agentes, apareció una mujer mayor de unos 65 años, con aspecto sereno y mirada profunda. Tenía el pelo canoso recogido en un moño bajo, ojos oscuros y expresivos y una presencia tranquila pero firme. Vestía una blusa blanca de algodón abotonada hasta el cuello, ligeramente holgada, y una chaqueta fina de punto gris perla. Unos pantalones negros rectos de vestir, cómodos pero formales con zapatos planos negros. Llevaba un bolso mediano de cuero marrón oscuro colgado del hombro y un pañuelo suave de tonos suaves alrededor del cuello.

—Soy Mercedes de la Torre, madre de Iván y abuela de Sofía, por si no me recordáis. —dijo la mujer con voz clara mientras mostraba un auto judicial—. He venido porque tengo derecho a la custodia provisional de mi nieta.

—Así es —el policía más mayor asintió—. La menor quedará bajo guarda y custodia de su abuela mientras se resuelve la tutela definitiva.

—¡Esto no puede quedar así! —dijo con rabia contenida— ¡Es mi hija!

—Puede recurrirlo —respondió el policía con tono neutro—. Ahora, por favor, despídase de su hija que se va con su abuela, póngase algo y acompañenos.

—Sofía, cariño, esto es un malentendido ¿Vale? —balbuceó Emilia, entre lágrimas, intentando convencerse más a sí misma que a su hija— Todo se va a solucionar y te veré pronto, no te preocupes.

Sofía se quedó de pie en medio del salón, abrazando el cuaderno contra su pecho. Mercedes se acercó despacio y se agachó frente a ella. No dijo nada al principio, solo la miró con unos ojos familiares que Sofía reconoció enseguida. Unos ojos como los que se clavaron en ella aquel día y de los que tenía más preguntas que respuestas.

—¿Me acompañas, guapa? —preguntó Mercedes a Sofía, al tiempo que le extendía la mano—. Me llamo Mercedes y soy tu abuela. A tu padre le hubiese encantado venir él mismo a por ti y verte por fin, pero el ya no está con nosotros... Murió intentando parar lo que pasó en la Mezquita.

—¿Puedo llevarme el cuaderno? ¿Y a Juno? ¿Y puede venir Yako? —preguntó Sofía en shock mirando a Mercedes, a los policías y a Manuel, pues todo lo que estaba teniendo que asimilar de golpe era demasiado para ella—.

—Claro que sí —contestó Mercedes—.

Manuel hizo un gesto asintiendo con la cabeza. Con todo lo que tenía que asimilar no le apetecía estar a cargo de un perro que ni siquiera era suyo. Minutos después de que Sofía y Mercedes saliesen por el portal con Yako, salió Emilia acompañada de los policías nacionales, que la subieron a un coche en dirección a la Ciudad de la Justicia de Córdoba. Ellas se subieron a un taxi que estaba esperando en la acera. Sofía abrió su cuaderno, el dibujo seguía allí. La plaza, la gente y el hombre. Se sentó y miró la figura sin rostro.

—Eras tú... —dijo en voz baja, pasando el dedo por el papel lentamente— Y no me abandonaste.

Cerró el cuaderno, se lo apoyó sobre sus rodillas y esta vez, por primera vez, empezaba a tener respuestas.

Agradecimientos

A mi esposa Rebeca, por ser mi compañera en cada victoria y en cada derrota, en ese combate constante que es la vida.

A mi hija Lucía, por ser la única decisión en mi vida de la que jamás podría arrepentirme.

A mi madre Remedios, por sacrificar toda su vida y su felicidad para que mis hermanos y yo pudiéramos vivir las nuestras.

A mis hermanos Basem y Kamel, porque estemos donde estemos, siempre seremos un equipo.

Y a todas las personas que, al pasar por mi vida, han dejado en mí una parte de sí mismas.

Sobre el autor



Nidal Ghánemi Pilar, esposo y padre, nació en Córdoba el 25 de mayo de 1990. Es el mayor de tres hermanos y ha vivido en Ceuta y en el extranjero (Túnez) antes de regresar a su ciudad natal.

Cursó el Bachillerato de Geografía e Historia en el Instituto de Educación Secundaria Trassierra e ingresó en el Ejército de Tierra con 18 años. Posteriormente obtuvo el título de Técnico en Gestión Administrativa en el Instituto de Educación Secundaria Maimónides y el de Técnico Superior en Asistencia a la Dirección en la Academia de Infantería.

Bajo la misma luna es su primera incursión en el mundo de la literatura. La novela surgió durante uno de los momentos más difíciles de su vida personal. En ella busca transmitir, a través de una ficción inspirada en realidades cercanas, la historia de un padre marcado por su pasado que lucha por cumplir con su deber, mientras una niña crece en una realidad que no termina de aceptar.
